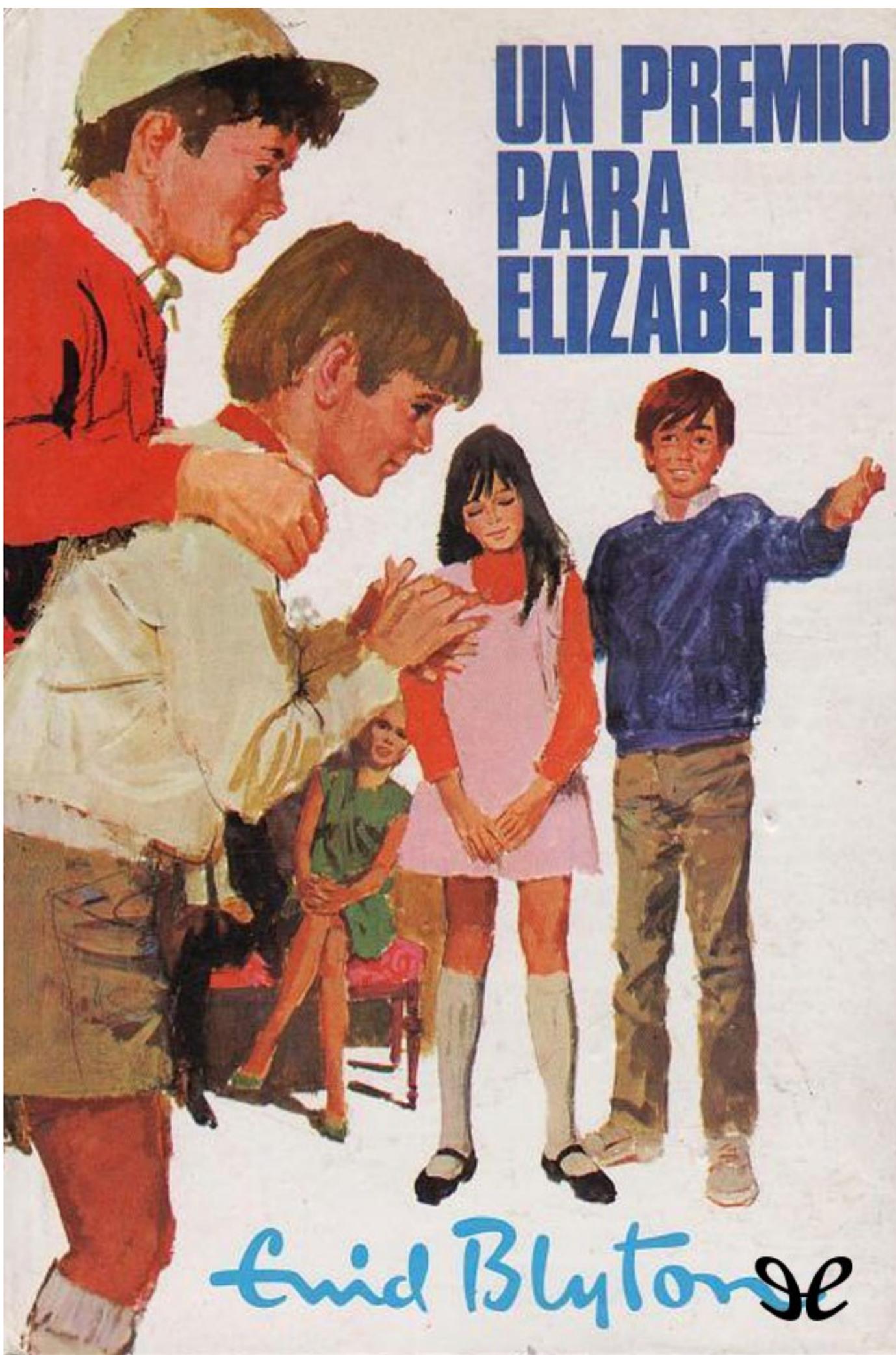


UN PREMIO PARA ELIZABETH



Enid Blyton *de*

Elizabeth estrena en este curso su cargo de monitora y una nueva compañera de clase: Arabella, una sofisticada y altanera chica con la que no se lleva muy bien. Elizabeth tendrá problemas por culpa de ésta y Julian, e incluso llegará a perder su cargo.



Enid Blyton

Un premio para Elizabeth

La traviesa Elizabeth - 3

ePub r1.1
Enhiure 24.07.14

Título original: *The naughtiest girl is a monitor*

Enid Blyton, 1945

Traducción: Miguel Giménez Saurina

Editor digital: Enhiure

Primer editor: Gand (Adición de imágenes)

ePub base r1.1



Arabella viene para quedarse

Una noche de las vacaciones de Navidad, la madre de Elizabeth le dio una sorpresa a su hija. La Navidad había pasado ya y Elizabeth había asistido al teatro, al circo y a tres fiestas.

Ahora empezaba a considerar su vuelta a la escuela. Era muy aburrido estar sola todo el día, cuando estaba acostumbrada a convivir con tantos muchachos y muchachas en el colegio Whyteleafe. Echaba de menos las risas y las conversaciones, las diversiones y los juegos que allí disfrutaban todos juntos.

—Mamá, me gusta estar en casa, pero echo de menos a Kathleen y a Belinda, a Nora, a Harry, a John y a Richard —se quejó—. Joan ha venido aquí a verme un par de veces, pero ahora hay una prima suya que pasa unos días en su casa y ya no espero que vuelva por aquí en lo que queda de vacaciones.

Y fue entonces cuando su madre le dio la sorpresa a Elizabeth.

—Bien. Ya sabía que te encontrarías muy sola, de forma que he conseguido que una personita venga a hacerte compañía durante las dos últimas semanas de vacaciones, Elizabeth.

—¿Quién, mamá? —exclamó la niña—. ¿La conozco?

—No —replicó la mamá—. Es una jovencita que irá al colegio Whyteleafe el curso próximo, una chica llamada Arabella Buckley. Estoy segura de que te gustará.

—Cuéntame algo de ella —pidió Elizabeth sorprendida—. ¿Por qué no me lo dijiste antes, mamá?

—Bueno, se me ocurrió de repente —se excusó la madre—. Ya conoces a la señora Peters, ¿verdad? Tiene una hermana que debe marcharse a América y no quiere llevarse consigo a Arabella. Su deseo es dejar a la niña en un internado durante un año o tal vez más.

—¡Y ha elegido el colegio Whyteleafe! —dijo Elizabeth—. Bueno, yo creo que es el mejor colegio del mundo.

—Eso es lo que dije a la señora Peters —asintió su mamá—. Ella se lo contó a su hermana, y la señora Buckley fue inmediatamente a ver a las directoras, la señorita Belle y la señorita Best.

—«La Bella y la Bestia» —sonrió Elizabeth.

—Acordaron que Arabella comenzaría este curso en Whyteleafe —continuó la madre—. Y como la señora Buckley tenía que partir para América inmediatamente, me ofrecí a tener aquí a Arabella, en parte para que te hiciese compañía y, en parte, para que pudieras contarle cosas de Whyteleafe.

—Mamá, espero que sea una chica estupenda. Será muy divertido pasar las vacaciones con alguien que me guste, pero sería terrible si ella no me gustase.

—He visto a Arabella —la tranquilizó su madre— y es una muchacha de modales perfectos, que va vestida de un modo muy apropiado.

—Oh —exclamó Elizabeth, que a menudo vestía concierto descuido y se mostraba poco dispuesta a demostrar buenos modales—. Mamá, no creo que me guste demasiado. Normalmente, las chicas que van demasiado emperifolladas no sirven para jugar ni para nada.

—Bien, ya veremos. Además, llegará mañana, de modo que recíbela con simpatía y cuéntale todo lo que puedas de Whyteleaf. Estoy segura de que le gustará.

Elizabeth comenzó a preocuparse por la inminente llegada de Arabella, porque temía que no acabara de gustarle. Puso unas flores en el dormitorio destinado a su nueva amiga y, en la cabecera de la cama, varios de sus libros favoritos.

—Sí, será bastante divertido contarle a una novata cosas del colegio —se dijo—. Estoy tan orgullosa de Whyteleaf. Pienso que es maravilloso. ¡Además, el próximo curso seré monitora!

Elizabeth, de temperamento nervioso, se sentía impaciente ya que había sido elegida monitora para el próximo curso. Fue una gran sorpresa que le proporcionó la mayor felicidad de su vida. A menudo, durante las vacaciones, había pensado en ello y en lo excelente, leal y prudente que sería en el desempeño de su nuevo cargo.

—Sin reñir con nadie, ni mal humor, ni estallidos tontos —se repetía una y otra vez.

Conocía sus defectos. En realidad, todos los alumnos y alumnas de Whyteleaf conocían sus propios defectos y, como parte de la educación del colegio, tenían la oportunidad de corregirse, pues ¿cómo iba nadie a corregirse sin conocer sus defectos?

Al día siguiente, Elizabeth estuvo mirando por la ventana para ver aparecer a Arabella. Por la tarde, llegó un enorme coche que se detuvo delante de la puerta de la casa. El conductor salió y abrió la puerta, y del vehículo surgió alguien que más parecía una princesa que una colegiala.

—¡Caramba! —exclamó Elizabeth, al observar su blusa escolar de color azul marino con su insignia amarilla—. ¡Caramba! ¡Nunca podré compararme a Arabella!

La recién llegada llevaba un precioso abrigo azul con un cuello de piel blanco. Lucía unos guantes blancos, también de piel, y un sombrero de la misma piel que el cuello del abrigo encima de sus rizos rubios. Tenía ojos muy azules, y oscuras y rizadas pestañas. Su expresión era bastante altanera cuando descendió del coche.

Contempló la casa de Elizabeth como si no le gustase mucho. El chófer tocó el timbre y dejó un baúl y una maleta en un peldaño.

Elizabeth había previsto bajar rápidamente y darle a la recién llegada una alegre bienvenida. Había decidido llamarla «Bella», porque Arabella era más bien un nombre estúpido, «un nombre de muñeca», pensaba. Pero ahora tampoco le complacía lo de «Bella».

«Arabella le sienta mejor —decidió—. En realidad, parece una muñeca con sus rizos rubios, sus ojos azules, el abrigo y el sombrero. Creo que no haremos buenas migas. Más bien la temo un poco».

Era extraño, porque Elizabeth casi nunca se asustaba de nadie ni de nada, pero jamás había conocido a nadie como Arabella Buckley.

«Aunque no es mucho mayor que yo, parece ya una mujer hecha y derecha, muy remilgada y

aseada, y estoy segura de que habla como una persona mayor —volvió a pensar Elizabeth—. Oh, no, no tengo ganas de bajar y hablar con ella».

Y no bajó. La doncella abrió la puerta y la señora Allen, la mamá de Elizabeth, se apresuró a recibir como era debido a su visitante. Besó a Arabella y le preguntó si había tenido un buen viaje.



—Oh, sí, gracias —contestó Arabella con voz clara y suave—. Nuestro coche es muy cómodo y tenía muchos bocadillos para comer y entretenerme. Ha sido usted tan amable, señora Allen, al admitirme en su casa. Sé que tiene usted una hija de mi edad.

—Sí —afirmó la señora Allen—. Debería haber bajado a darte la bienvenida. Dijo que lo haría. ¡Elizabeth! ¿Dónde estás, Elizabeth? ¡Ha llegado Arabella!

Elizabeth tuvo que bajar. Descendió por la escalera según su costumbre, saltando los peldaños de dos en dos, y aterrizando en el vestíbulo con un salto extraordinario. Luego, le tendió la mano a Arabella, que pareció muy sorprendida ante aquella súbita aparición.

—Baja la escalera como es debido —le increpó la señora Allen.

Era algo que le decía al menos dos veces al día, pero Elizabeth no se acordaba jamás de obedecer. La señora Allen esperaba que Arabella, con su exquisita educación, le enseñaría a Elizabeth algo de su placidez y su buena conducta.

—Hola —saludó Elizabeth, y Arabella le tendió una mano demasiado blanda para poder estrecharla con la debida fuerza.

—Buenas tardes. ¿Cómo estás?

«¡Qué graciosa! —pensó Elizabeth con sorna—. Parece la Princesa Todopoderosa yendo de visita a la cabaña de uno de sus súbditos. Dentro de un momento me ofrecerá un plato de sopa caliente o un chal para abrigarme».

Sin embargo, era posible que Arabella sólo estuviese un poco cohibida. Algunas personas se muestran envaradas y demasiado corteses cuando se hallan en esta situación. Elizabeth pensó que

era preferible dar a Arabella la oportunidad de tranquilizarse antes de pronunciarse respecto a ella.

«Al fin y al cabo, yo siempre doy por sentado que una persona es de determinada manera y luego tengo que rectificar mi opinión —razonó Elizabeth—. En los dos últimos cursos, cometí toda clase de equivocaciones en Whyteleaf. Ahora tendré más cuidado».

Sonrió a Arabella y la condujo a su dormitorio para que se lavase y poder charlar con ella.

—Supongo que no te habrá gustado despedirte de tu madre cuando se ha ido a América —comenzó a decir Elizabeth con voz meliflua—. Sí, para ti ha sido una mala suerte, pero has acertado al elegir el colegio Whyteleaf. ¡Te lo aseguro!

—Yo juzgaré si es buena suerte o no cuando esté allí —contestó Arabella—. Espero que haya chicas decentes.

—Por supuesto que sí y, si son horribles cuando llegan, pronto las hacemos cambiar —explicó Elizabeth—. Tuvimos un par de chicos espantosos, pero ahora son mis mejores amigos.

—¿Chicos? ¿Has dicho «chicos»? —se horrorizó Arabella—. ¡Creí que iba a ir a un colegio de señoritas! ¡Odio a los chicos!

—Es un colegio mixto: chicos y chicas juntos —le contó Elizabeth—. Es muy divertido. Dentro de poco ya no odiarás a los chicos. Pronto te acostumbrarás a ellos.

—Si mamá hubiese sabido que iban chicos a Whyteleaf, estoy segura de que no me habría matriculado en él —sentenció Arabella con voz firme y dura—. Oh, son unos seres sucios, de malos modales, desaseados, con unas voces chillonas y...

—Oh, bueno, a veces también las chicas se ensucian y chillan —la interrumpió Elizabeth con paciencia—. Precisamente, respecto a chillar, ¡tendrías que oírme cuando voy a ver un partido en el colegio!

—Me temo que es un colegio terrible —gimió Arabella—. Quería que mamá me enviase a Grey Towers, donde estás dos amigas mías. Oh, es un colegio maravilloso. Tienen unos dormitorios magníficos y la comida es excelente. En realidad, allí las chicas son tratadas como princesas.

—Bien, si piensas que vas a ser tratada como una princesa en Whyteleaf, pronto verás qué equivocada estás —dijo Elizabeth—. Serás tratada como lo que eres, ¡una chica igual que yo, que tiene que aprender muchas cosas! ¡Y si empiezas a quejarte por todo, pronto lo sentirás, eso sí que te lo aseguro, señorita Todopoderosa!

—Creo que te comportas con mucha rudeza conmigo, teniendo en cuenta que estoy de visita en tu casa y acabo de llegar —la recriminó Arabella, contemplándose la nariz de una forma que encolerizó aún más a Elizabeth—. Si ésta es la educación que os enseñan en Whyteleaf, estoy segura de que no asistiré a ese colegio más que un solo trimestre.

—¡Ojalá no te quedes ni una semana! —gritó Elizabeth muy enfadada.



Pero se arrepintió al instante.

«Oh, Dios mío —gimió para sí—. ¡Qué mal principio! ¡Qué mal principio! Debo tener más cuidado».

Otra vez en Whyteleafe

Arabella y Elizabeth no congeniaron en absoluto. A Elizabeth no le gustaba nada de Arabella y, por lo visto, Elizabeth encarnaba todo lo que más despreciaba y odiaba Arabella.

Por desgracia, a la madre de Elizabeth le gustó Arabella, y hay que afirmar que ciertamente la joven poseía una educación esmeradísima. Siempre se ponía en pie cuando la señora Allen entraba en la habitación, le abría y cerraba la puerta, y se comportaba con ella de una manera sumamente cortés.

Y cuanto más cortés se mostraba Arabella, más ruidosa y revoltosa era Elizabeth. Hasta que la señora Allen comenzó a decir cosas que mortificaron de veras a Elizabeth.

—¡Oh, querida, si al menos fueses tan educada como Arabella! ¡Me gustaría que entrases en una habitación con menos alboroto! ¡Y qué esperases a que yo acabara de hablar sin interrumpirme!

Al oír estas recriminaciones, Elizabeth se sulfuraba. Arabella se daba cuenta de ello y, con cortesías modales, se divertía haciendo notar las diferencias existentes entre ella y Elizabeth de forma muy palpable.

Transcurrió una semana. Por aquel entonces, todos los de la casa amaban ya a Arabella, incluso la señora Jenks, la temible cocinera.

—Sólo le gustas porque le haces la pelota —le reprochó Elizabeth a Arabella, cuando ésta salió una tarde de la cocina anunciando que la señora Jenks horneaba su pastel favorito.

—No le hago la pelota —rectificó Arabella con su usual tono de voz, quedo y cortés—. Me gustaría, Elizabeth, que no empleases unos modismos tan impropios de una señorita. «¡Le haces la pelota!» Qué feo es decir eso.

—Oh, cállate —replicó Elizabeth con rudeza.

Arabella suspiró.

—No deseo ir a Whyteleafe. Si todas las chicas de allí son como tú, sé que no me gustará en absoluto.

Elizabeth se incorporó.

—Mira, Arabella —le espetó—: Te contaré algunas cosas de mi colegio y así sabrás exactamente qué puedes esperar. A ti no te gustará, pero tampoco tú gustarás al colegio. Por tanto, no estará de más que te prepare un poco, a fin de que no te sorprendas demasiado al llegar allí.

—De acuerdo. Cuéntame —accedió Arabella, un poco asustada.

—Bien. Lo que voy a contarte, gustaría a la mayoría de los niños y niñas —continuó Elizabeth—. El ambiente es muy afectuoso, justo y grato, pero estoy segura de que una señorita

Todopoderosa como tú lo encontrará pavoroso.

—¡No me llames Todopoderosa! —se quejó Arabella.

—Vaya, vaya. En Whyteleafe tenemos un chico y una chica que son jueces. Se llaman William y Rita, y son estupendos. Además hay doce monitores.

—¿Qué es eso? —preguntó Arabella, arrugando la nariz como si los monitores tuviesen que oler mal.

—Son los chicos y chicas elegidos por todo el colegio como delegados —le explicó Elizabeth—. Los eligen porque confían en ellos y saben que son justos, leales y amables. Los monitores cuidan de que se cumplan los reglamentos, reglamentos que ellos también cumplen, y ayudan a Rita y William a decidir qué castigos y premios hay que darles a los chicos en cada asamblea semanal.

—¿Asamblea semanal? —repitió Arabella, abriendo mucho los ojos por el asombro.

—Sí, se trata de una especie de Parlamento del colegio —explicó Elizabeth, disfrutando al poder contarle estas cosas a Arabella—. En cada asamblea ponemos en la hucha el dinero que tenemos para la semana. Es el reglamento, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Poner mi dinero en una hucha escolar? —exclamó Arabella horrorizada—. Yo tengo mucho dinero. ¡Oh, no, no puedo desprenderme de él! ¡Qué idea más estúpida!

—Sí, parece estúpida al principio hasta que te acostumbras a ella. —Elizabeth se acordaba de lo que le había parecido aquel sistema dos cursos antes—. Pero, en realidad, es una idea magnífica. Oh, Arabella, no está bien que unos cuantos puedan gastar varias libras a la semana en el colegio, mientras que los demás sólo tengan unos cuantos chelines. No, eso no es justo.

—Pues yo opino que sí lo es —declaró Arabella, sabedora de que ella sería una de las ricachonas.

—Pues no lo es —insistió Elizabeth—. Nosotros ponemos todo el dinero junto y luego nos dan a cada uno dos chelines para gastarlos como queramos. De esta forma, todos tenemos lo mismo.

—¡Sólo dos chelines! —exclamó Arabella con voz patética y desconsolada.

—Bueno, si necesitas más, tienes que pedirselo a uno de los jueces y ellos deciden si tu solicitud es justa o no.

—¿Y qué más hacéis en las asambleas? —preguntó Arabella—. ¡Oh, todo esto parece espantoso! ¿No intervienen nunca las directoras?

—Sólo si se lo pedimos —aclaró Elizabeth—. Ellas nos dejan tener nuestras propias reglas, proponer nuestros castigos y dar nuestros premios. Por ejemplo, Arabella, supongamos que te mostrases demasiado altanera y orgullosa en algo, bueno, nosotros trataríamos de curarte y...

—¡Nadie tratará de curarme de nada! —se rebeló Arabella en tono seco—. A ti sí deberían curarte de un montón de defectos. No sé por qué los monitores no lo han intentado ya de una vez. Tal vez lo hagan este curso.

—A mí me han elegido como monitora —masculló Elizabeth con orgullo—. Seré uno de los doce jurados, sentada en la plataforma. Si alguien formulara una queja contra ti, yo tendré poder para juzgar y decir qué hay que hacer contigo.

Arabella se acaloró mucho.

—¡Una maleducada como tú juzgarme a mí! Si no sabes andar correctamente, no tienes educación y te ríes estrepitosamente.

—¡Oh, cállate! —ordenó Elizabeth—. No soy tan cursi ni delicada como tú, ni hago la pelota a los mayores. No me doy grandes aires ni finjo parecer una muñeca tonta y bien vestida que dice «mamá» cuando le tiran de una cuerda.

—¡Elizabeth Allen, si yo fuera como tú, ahora mismo te arrojaría algo a la cabeza por insultarme de esta forma! —exclamó Arabella pálida de ira.

—Entonces, arrójame algo —la retó Elizabeth—. Cualquier cosa será mejor que comportarte como una muñequita, como la mimada y preferida de mamá.

Arabella salió del cuarto de estampía, llegando a olvidarse de su buena educación al dar un violento portazo, cosa que jamás había hecho en su vida. Elizabeth sonrió. Luego adoptó una expresión pensativa.

«Bueno, ten cuidado, Elizabeth Allen —se dijo la niña—. Eres muy lista y sabes crearte muchos enemigos, pero de sobra sabes también que esto sólo conduce a enfrentamientos y desgracias. Arabella es una idiota, una presumida, una cabeza hueca, una tonta, una muñeca de cartón. Bien, que sea Whyteleaf quien la enseñe y la reforme, y no intentes curarla tú en un periquete. Procura hacerte amiga de ella y ayudarla».

Por tanto, Elizabeth intentó olvidar lo mucho que la desagradaba Arabella y no fijarse en sus ropas y sus modales de muñeca, y la trató de la forma más amistosa que pudo. Se sintió muy animada cuando llegó el día en que debía volver al colegio. Era espantoso no tener más compañía que la de Arabella. En Whyteleaf habría varias docenas de muchachas como ella que charlarían y reirían sin ton ni son. No volvería a dirigirle la palabra a Arabella a menos que ésta se lo pidiese.

«Es mayor que yo y tal vez la pongan en una clase más adelantada», pensó mientras se vestía entusiasmada con el uniforme del colegio. Era un uniforme muy bonito. La blusa era de color azul marino con un reborde amarillo en el cuello y los puños. El gorrito también era azul, con una cinta amarilla. El atuendo incluía medias de color castaño y zapatos con lacitos del mismo tono.

—¡Qué poco me gustan estas ropas tan oscuras! —se indignó Arabella enojada—. ¡Qué uniforme tan horroroso! En Grey Towers, el colegio al que yo quería ir, las chicas pueden llevar lo que más les gusta.

—¡Qué necedad! —protestó Elizabeth.

Miró fijamente a Arabella. Con su uniforme ordinario y sin sus ropas lujosas y caras, la niña parecía diferente. Era más una colegiala y mucho menos una muñequita de cara pintarrajeada.

—Estás mucho mejor con el uniforme —encareció Elizabeth—. Pareces más... más real.

—Elizabeth, a veces dices cosas extraordinarias —se sorprendió Arabella—. Yo soy tan real como tú.

—Oh, no lo eres —replicó Elizabeth, mirando fijamente a su compañera—. Estás como oculta entre grandes aires y fingidas gracias, entre tus buenos modales y tus frases remilgadas, y no sé si eres real. ¡No lo sé en absoluto!

—Creo que eres tonta.

—¿Chicas, estáis listas? —gritó la señora Allen—. El coche está en la puerta.

Bajaron ambas con sus bolsas de mano. Cada una se llevaba una bolsa con los objetos personales que necesitaría para la primera noche, como un pijama, cepillo de dientes y demás, ya que las maletas no las desharían hasta el día siguiente.

Llevaban los palos de jugar al hockey, aunque Arabella había manifestado que no le gustaba jugar. Odiaba toda clase de juegos.

Cogieron el tren hasta Londres y, en la enorme estación se encontraron con muchos chicos y chicas que volvían al colegio. La señorita Ranger, la antigua profesora de Elizabeth, estaba también presente y saludó a su antigua discípula.

—Le presento a Arabella Buckley —dijo Elizabeth después de los saludos.

Todos los chicos y chicas se volvieron a mirar con detenimiento a la nueva alumna. ¡Qué flamante, novata y altanera se la veía! Sin un cabello despeinado, sin arrugas en sus medias de color castaño, sin ninguna manchita en las mejillas.

—¡Hola, Elizabeth! —gritó Joan, cogiéndola del brazo.

—¡Hola, Elizabeth! ¡Hola, Elizabeth!

Una a una, todas sus amigas acudieron a saludarla sonriendo, contentas de ver a la chica que antaño había sido la más revoltosa del colegio, a la que llamaban «La Valiente Salvaje». Harry le palmeó la espalda, lo mismo que Robert.



John le preguntó si Arabella sabía algo de jardinería. Kathleen se aproximó también con las mejillas sonrojadas y con marcados hoyuelos. Richard la saludó con la mano. El joven llevaba un estuche de violín hacia el tren.

«Oh, qué agradable es volver a estar junto a todos ellos otra vez. —Pensó Elizabeth—. ¡Y este curso... este curso seré monitora! ¡Y quiero tener mucho éxito! Y haré que Arabella, esa necia de Arabella, sea como todas nosotras».

—¡Suban todos al tren inmediatamente! —ordenó la señorita Ranger—. Acorten las despedidas y suban.

El jefe de estación hizo sonar el silbato. El tren empezó a jadar. Una vez más, estaban camino de Whyteleafe.

Cuatro alumnos nuevos

Uno de los momentos más excitantes de un nuevo curso es cuando uno se pregunta: ¿Hay nuevos alumnos? ¿Cómo son? ¿En qué clase están?

Todos los antiguos buscaban afanosamente a los novatos o novatas. Por supuesto, Arabella lo era. Y había tres más: dos chicos y una chica.

Elizabeth, como monitora, tenía el deber de que los nuevos se encontrasen como en su casa. Y tan pronto como llegaron a Whyteleafe procuró que todo fuese perfecto.

—Kathleen, muéstrale a Arabella su dormitorio y enséñale el reglamento. Yo iré con los otros tres. Robert, ¿quieres echarnos también una mano? Tú puedes ocuparte de los dos novatos.

—De acuerdo —sonrió Robert.

Durante las vacaciones, había crecido y ya era muy alto y fornido. Le gustaba haber vuelto al colegio, ya que en Whyteleafe se hallaban los caballos que tanto amaba. Esperaba que le permitiesen encargarse de algunos, como había hecho durante el curso anterior.

Elizabeth se volvió hacia los recién llegados. Arabella, un poco asustada, ya se había marchado con Kathleen. Los otros tres novatos estaban juntos. Uno de los jovencitos emitía unos ruidos raros, como el cloqueo de una gallina.

—Sí, sí, exactamente como si pusiese un huevo —exclamó Elizabeth—. ¿Es que vas a poner un huevo?

El muchacho sonrió.

—Puedo imitar a casi todos los animales —explicó—. Me llamo Julian Holland. ¿Y tú?

—Elizabeth Allen —la joven contempló al chico nuevo con interés. Era la persona más desaseada que había visto. Llevaba el cabello negro muy largo, con un mechón rebelde y salvaje que le caía sobre la frente, y tenía los ojos de un verde profundo, tan brillantes como los de un gato.



«Parece muy listo —pensó Elizabeth—. Seguro que será el primero de la clase si le ponen con la señorita Ranger».

El muchacho imitó ahora a un pavo real. El señor Lewis, el profesor de música, que pasaba por allí, levantó la vista mirando a su alrededor sobresaltado. Julian, al momento, imitó el sonido de un violín al ser afinado, lo que hizo que el señor Lewis corriese hacia el aula de música, convencido de que alguien se hallaba en ella con un violín.

Elizabeth lanzó una formidable carcajada.

—¡Oh, qué listo eres! Ojalá te pongan en mi clase.

El otro muchacho, Martin, era muy distinto. Iba limpio, muy arreglado y con las ropas imaculadas. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y sus ojos eran de un tono azul celeste. Estaban bastante juntos, pero poseían una expresión plácida e inocente. A Elizabeth le gustó mucho el chico.

—Yo me llamo Martin Follett —se presentó con voz recia y agradable.

—Y yo soy Rosemary Wing —añadió la muchacha nueva, un tanto avergonzada.

Tenía una carita muy linda, con una boca que reía constantemente, y no miraba nunca a nadie directamente a la cara. Elizabeth juzgó que debía de ser muy tímida. Bien, pronto lo superaría.

—Robert, llévate a Julian y Martin al dormitorio de los chicos —ordenó—. Y yo me llevaré a Rosemary al suyo. No los abandones hasta que conozcan el camino y enseñales el comedor y otras dependencias de uso habitual.

—Bien, monitora —sonrió Robert.

Elizabeth se quedó muy hueca. Era estupendo ser monitora.

—Oh, ¿eres monitora? —preguntó Rosemary trotando detrás de Elizabeth—. Eso es algo muy especial, ¿verdad?

—Un poco —asintió Elizabeth—. Yo soy tu monitora, Rosemary. Por tanto, si alguna vez te hallas en dificultades o en apuros, tienes que confiar en mí y yo trataré de ayudarte.

—Creía que todos nuestros problemas y dificultades los exponíamos en las asambleas semanales —indicó Rosemary. Había oído hablar de ello en el tren.

—Oh, sí. Pero antes es preferible que me lo cuentes todo a mí, antes de exponerlo ante la Junta en las asambleas, porque en las asambleas semanales solamente nos permiten presentar auténticos problemas y conflictos, no tonterías. Y tú tal vez no conozcas la diferencia entre una necedad y un problema verdadero.

—Entiendo —asintió Rosemary—. Sí, es una buena idea y la seguiré.

«Es una buena niña», pensó Elizabeth, mientras le enseñaba a la nueva alumna dónde guardar sus cosas, recomendándole que dejase bien a mano el cepillo y la pasta de dientes, el cepillo del pelo, el peine y el pijama.

—A propósito, Rosemary, sólo se nos permite tener seis objetos personales sobre la mesita de noche, ni uno más. Puedes escoger lo que más necesites.

Era divertido dar reglas como ésta. Elizabeth recordaba cómo Nora, su monitora de hacía dos años, le había explicado las reglas y cómo ella las había desobedecido, poniendo once objetos sobre la mesita. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cómo se había

atrevido a hacerlo?

—Sí, Elizabeth —asintió Rosemary obediente, contando las cosas que sacaba de su bolsa.

En el dormitorio contiguo, Kathleen estaba pasando ciertos apuros con Arabella, que parecía burlarse de todos los reglamentos que le enseñaban.

—Bueno, no son muchos —replicó Kathleen—. Al fin y al cabo, somos nosotros quienes hacemos las reglas, por lo que debemos obedecerlas, Arabella. Traeré a Elizabeth aquí si quieres, ya que es la monitora y podrá enseñarte todas las reglas apropiadamente.

—No quiero ver a Elizabeth —rechazó Arabella al instante—. Ya la he visto bastante durante estas vacaciones. Sólo deseo no estar en su misma clase.

Kathleen sentía una gran admiración por Elizabeth, aunque durante un periodo del curso anterior la había odiado. La defendió al momento.

—Es mejor no hablar de esa manera de los monitores. Los escogemos nosotros porque son compañeros o compañeras que nos gustan y a los que admiramos. Además, es de mala educación hablar de ese modo de una persona de la que se ha sido huésped.

Arabella no había conocido nunca a nadie que la tildase de mal educada. Se puso pálida y no halló nada que replicar. Miró a Kathleen y decidió que no le gustaba. En realidad, no pensaba que le gustase nadie, excepto tal vez aquella muchachita llamada Rosemary, la nueva. Quizá podría ser amiga suya. Arabella estaba segura de que Rosemary se impresionaría con sus charlas sobre su fortuna, sus bellos vestidos y sus maravillosas vacaciones.

Durante los días siguientes, todos se acomodaron a la nueva existencia. Algunos sentían cierta añoranza de su hogar, pero Whyteleafe era un colegio tan acogedor y los alumnos eran tan alegres y amistosos que incluso los chicos y chicas nuevos dejaron pronto de pensar en sus casas.

Por todas partes se oían alegres charlas y grandes carcajadas.

Todos los nuevos alumnos estaban en la clase de Elizabeth. ¡Bravo! Era divertido tener compañeros nuevos. Además, siendo ya Elizabeth monitora, le gustaba poder impresionar a Julian y a los demás. Joan había pasado a la clase siguiente, de modo que Elizabeth era la única monitora de la suya.

La señorita Ranger, la profesora, estudió pronto a los recién ingresados y habló de ellos con Mademoiselle.

—Julian es perezoso. Lástima, porque estoy segura de que es muy listo. Siempre está pensando en las cosas que hará fuera de las clases. Puede hacer muchas cosas con las manos, le vi cómo enseñaba a los demás un avión que vuela maravillosamente. Siempre tiene ideas propias, ninguna es ajena. Se pasa horas cavilando cosas como ésa, pero no dedica ni un solo minuto al estudio de la geografía o la historia.

—Ah, ese Julian —exclamó Mademoiselle, con tono de gran disgusto—. No me gusta.



Siempre hace ruidos.

—¿Ruidos? —se sorprendió la señorita Ranger—. Bien, pues yo todavía no le he oído hacer ninguno, aunque seguramente no tardaré en oírlos.

—Ayer, en mi clase, se oyó un sonido como si una gatita anduviera perdida —explicó Mademoiselle—. «¡Ah, pobrecita! —exclamé—. Ha entrado en nuestra aula y se ha extraviado». Y durante diez minutos la estuve buscando. Pues bien, era Julian que imitaba los maullidos de una gatita.

—¿De veras? —se admiró la señorita Ranger mientras pensaba que Julian no ladraría, ni rebuznaría ni maullaría en sus clases—. Bien, gracias por el aviso. ¡Vigilaré los ruidos de Julian!

Luego, la conversación se centró en Arabella.

—Una muñequita tonta y vacua, de pies a cabeza —sentenció la señorita Ranger—. No sé si podremos obtener algo de ella. Debería estar en el siguiente grado, pero es bastante torpe, de modo que tendré que apretarla un poco antes de pasarla de grado. Parece tener una alta opinión de sí misma. Siempre está peinándose o alisándose el vestido. ¡O tratando de demostrar la buena educación que tiene!

—No es mala chica —opinó Mademoiselle, que se sentía muy complacida con Arabella porque la niña había estado un año en Francia y sabía hablar francés bastante bien—. En mi país, señorita Ranger, los niños tienen mejores modales que los de aquí y es grato ver a una chiquilla como Arabella, tan bien educada.

—Hum... —refunfuñó la señorita Ranger, que sabía que Mademoiselle casi nunca hablaba mal de un alumno que hablase bien francés—. ¿Qué piensa de Martin y Rosemary?

—¡Oh, esos niños son estupendos! —alabó Mademoiselle, a la que le encantaba la buena voluntad de Rosemary para complacer a sus superiores y para obedecerla a ella en todo—. El pequeño Martin es también muy bueno y procura aplicarse al máximo.

—Bien, no estoy tan segura de él —replicó la señorita Ranger—. Rosemary sí es buena chica, aunque un poco débil. Ojalá haga las amistades que necesita. Me gustaría que fuese amiga de Elizabeth Allen o de Jenny, pues le convendría mucho.

De modo que las profesoras estudiaban a sus nuevos alumnos, y lo mismo hacían sus condiscípulos y condiscípulas. Julian había obtenido un gran éxito. Era verdaderamente atrevido, con unos dones extraordinarios que usaba cuando quería. Poseía un maravilloso cerebro, inventiva y mucha inteligencia. Podía hacer toda clase de cosas y pensar muchos trucos divertidos, que estaba dispuesto a poner en práctica en clase tan pronto se hubiese acoplado del todo.

—Es una vergüenza que estés en una clase tan inferior, Julian —le recriminó un día Elizabeth, a finales de semana—. Eres tan listo. ¡Deberías estar en el grado superior!

Julian la miró con sus ojos verdes.

—Esto no me molesta —explicó con su voz aterciopelada y sonora—. ¿A quién le gusta aprender las fechas históricas? Me olvidaré de todas cuando sea mayor. ¿Quién quiere aprender cuáles son las montañas más elevadas del mundo? Jamás subiré a ellas. Por tanto, no me importa. Las lecciones son un fastidio.

Elizabeth recordó que era monitora y le habló a Julián con ardor.

—Trabaja, Julian, estudia, Trata de pasar al grado superior.

Julian se echó a reír.

—¡Me dices esto porque has recordado que eres monitora! Pero no me enredes con esas tonterías. Tendrás que pensar un nuevo motivo para que me deje embaucar por tu palabrería y que me decida a estudiar.

Elizabeth se puso colorada. No le gustaba que la llamasen embaucadora y se alejó.

Pero Julian la siguió.

—Está bien, sólo bromeaba. Escucha, Elizabeth: Joan, tu mejor amiga, está en el grado superior. ¿Por qué, pues, no podemos ser amigos? Tú tienes el mejor cerebro de la clase... ¡después del mío! Y eres muy divertida. Puedes ser amiga mía.

—De acuerdo —consintió Elizabeth, casi orgullosa de aquella petición del inteligente Julian—. De acuerdo. Seremos amigos. Será muy divertido.

¡Fue divertido, pero también trajo muchas complicaciones!

La asamblea del colegio

Arabella y los demás alumnos nuevos esperaban con gran ansiedad la primera reunión de la Junta. En ninguna otra escuela habían encontrado una especie de Parlamento escolar como aquél, regentado por los mismos alumnos. Todos se preguntaban cómo sería.

—Parece una buena idea —opinaba Martin.

—Creo lo mismo —añadió Rosemary, con su tímida vocecita. Siempre estaba de acuerdo con todo, fuese lo que fuese.

—Una idea estúpida, estoy segura —rezongó Arabella.

Tenía el prurito de tirar por los suelos todo lo de Whyteleaf en cuanto tenía ocasión, porque deseaba con todas sus fuerzas ir a la escuela a la que asistían sus amigas, y rebajaba de categoría a Whyteleaf con sus ínfulas.

Julian, inesperadamente, se mostró de acuerdo con Arabella, aunque normalmente no se llevaba bien con ella debido a los aires de grandeza que se daba la muchacha.

—Creo que no me molestaré mucho en la Junta escolar —afirmó—. No me importa lo que digan o hagan. Para mí no significa nada en absoluto. Mientras me dejen hacer lo que quiera, estoy dispuesto a decir que los demás hagan lo que se les antoje. Vive y deja vivir.



—Oh, Julian, lo dices pero no lo sientes —le reprochó Kathleen—. No te gustaría que alguien rompiese alguna de las cosas que haces o que contase chismes sobre ti. ¡Te subirías por las

paredes!

A Julian no le gustaba que le contradijesen. Echó hacia atrás su larga melena y frunció la nariz tal como hacía siempre que estaba enfadado. Estaba construyendo un barquito de un pedazo de madera. Verlo surgir de sus manos era algo mágico.

—Que digan de mí lo que quieran —insistió—. No me importa. No me importa nada de nada, mientras yo pueda hacer lo que me plazca.

—Eres un chico muy gracioso —terció Jenny—. En clase o eres terriblemente estúpido o extraordinariamente inteligente.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho para demostrar ser tan inteligente? —quiso saber Joan, que estaba escuchando. Se hallaba en el curso superior, por lo que ignoraba lo que pasaba en el de Julian.

—Teníamos aritmética mental —le explicó Jenny—. Y normalmente, en matemáticas, Julian se equivoca en todo. Bien, no sé por qué motivo, creo que porque no quiere progresar. Pero esta vez contestó a todas las preguntas de manera brillante, casi antes de que se las hiciese la señorita Ranger.

—Sí, y la señorita Ranger se quedó pasmada —intervino Belinda—. Cada vez fue preguntándole cosas más difíciles, cosas que todos habríamos tenido que meditar al menos un minuto antes de contestar, pero Julian las respondió instantáneamente. Oh, fue muy divertido.

—Pero la señorita Ranger se puso furiosa con él en la clase siguiente —continuó Kathleen—, porque Julian parecía estar dormido y no contestó bien a ninguna pregunta.

Julian sonrió. Realmente, era un chico extraordinario. Los demás tenían que quererle a su pesar. Era tan increíble. Todos le suplicaban una y otra vez que hiciera ruidos extraños en la clase de la señorita Ranger, pero él no quería.

—Los está esperando, lo sé —se disculpó Julian—. No es divertido si la gente ya sabe que soy yo quien hace las imitaciones. En cambio, sí resulta gracioso cuando la gente cree sinceramente que en el aula hay una gatita, o cualquier otro animal, como le ocurrió aquel día a Mademoiselle. Esperad. No tardaré en ofreceros una buena diversión, pero tengo que encontrar a la persona apropiada para gastarle una de mis triquiñuelas.

Elizabeth esperaba con ansia la primera Junta. Deseaba verse sentada en el estrado con los otros monitores, delante de todo el colegio. No se envanecía de ser monitora, pero sí estaba orgullosa de ello.

«Realmente, es un honor —pensaba—. Significa que todo el colegio confía en mí y cree que valgo bastante. Oh, espero que este curso transcurra bien, sin líos ni enredos».

Niños y niñas desfilaron hacia el gran salón para la primera Junta. Luego entraron los doce monitores, muy graves. Ocuparon sus asientos como un jurado muy pensativo, delante de los demás niños. Arabella miró a Elizabeth con disgusto. ¡Qué raro que aquella muchacha desaplicada, tan mal educada, fuese monitora!

Después, aparecieron Rita y William, los jueces de la Junta. Cuando entraron, todos los asistentes se pusieron en pie.

Al fondo estaban sentadas las dos directoras, señorita Belle y señorita Best, con el señor Johns, uno de los profesores. Las asambleas siempre resultaban interesantes, pero a menos que los jueces

se lo pidiesen, los profesores jamás intervenían. Se trataba del Parlamento de los muchachos, donde dictaban sus propias leyes, sus propias reglas, y donde castigaban o premiaban al alumno que lo merecía.

En la primera Junta apenas había de qué hablar. Ordenaron que cada alumno depositara su dinero en la enorme hucha escolar.

Elizabeth contempló con interés a Arabella cuando pasó la ronda con la hucha. ¿Se negaría Arabella, tal como había dicho, a entregar su dinero?

Arabella estaba sentada como si tuviera un pedazo de mantequilla sin fundir en su boca. Cuando la hucha llegó a ella, metió un billete de diez chelines y dos chelines sueltos. No miró a Elizabeth.

Por ser principio de curso, la mayoría de alumnos tenían mucho dinero para poner en la hucha. Los padres, los tíos y las tías les habían regalado chelines, medias coronas y hasta libras para su estancia en el colegio, por lo que la hucha sonaba muy alegremente cuando Elizabeth se la devolvió a Rita y William.

—Gracias —dijo éste.

Todos los niños hablaban a la vez, por lo que el juez golpeó la mesa con su pequeño martillo. Al momento se restableció el silencio, salvo un curioso murmullo, como cuando algo se fríe en una sartén. Parecía proceder de un lugar próximo a Jenny, Julian y Kathleen.

William levantó la vista asombrado. Volvió a golpear con el martillo, pero el ruido continuó, más fuerte aún.

Elizabeth comprendió al instante que se trataba de una de las imitaciones de Julian. Le miró. Estaba sentado en su sitio, con sus ojos verdes mirando por encima de las demás cabezas, con la boca y la garganta sin hacer el menor movimiento.

¿Cómo podía emitir esos ruidos?

Elizabeth sintió un repentino acceso de risa, mas lo dominó rápidamente.

«No debo reír estando aquí sentada como monitora —pensó. Oh, Dios mío, deseo que Julian se calle. Hace el mismo ruido que una sartén con aceite hirviendo, pero más fuerte».

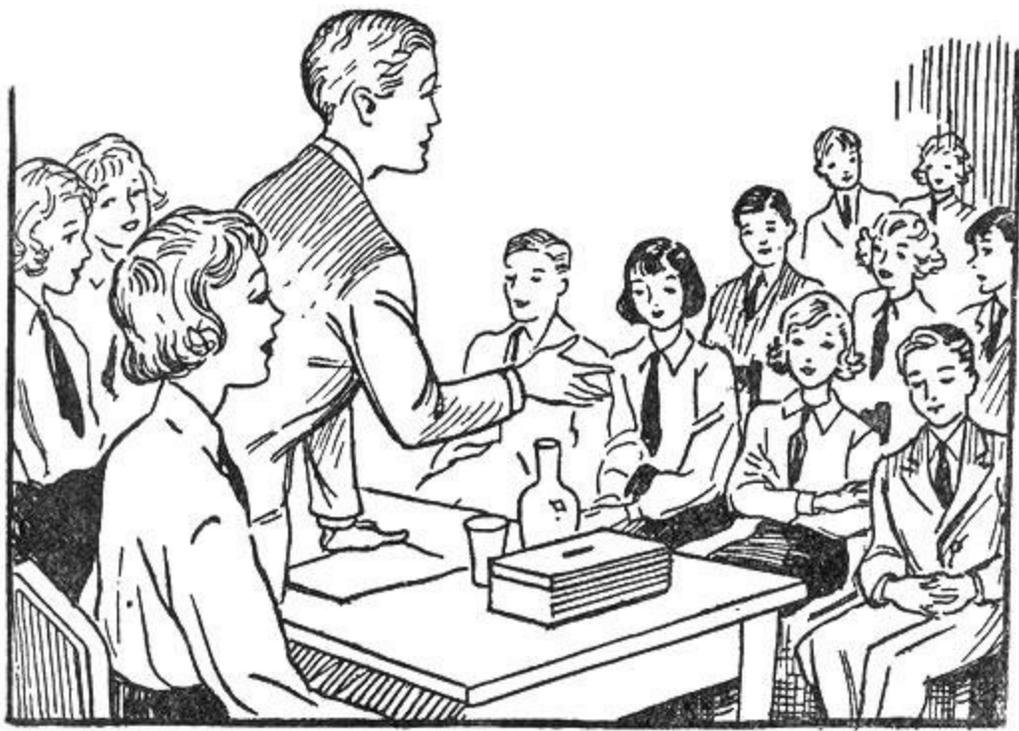
En aquel momento dos o tres alumnos estaban ya riéndose. William volvió a golpear pesadamente con el martillo. Elizabeth no sabía si debía delatar a Julian y suspender la sesión.

«Pero no puedo. Es amigo mío. Y no puedo meterle en un lio aunque yo sea monitora», pensó.

Trató de atraer la atención de Julian, éste, súbitamente, la miró. Entonces Elizabeth frunció el ceño.

Julian dejó oír unos cuantos ruiditos más y calló. William no había descubierto de dónde procedía aquel murmullo y estaba mirando a todos los presentes.

—Tal vez sería divertido suspender una vez la Junta escolar —advirtió—, pero no lo sería la segunda vez. Bien, continuemos con el reparto del dinero.



Cada alumno se levantó para coger los dos chelines que le correspondían y que los monitores iban sacando de la hucha y entregando. William tenía mucho cambio, que metió en la hucha y se quedó con algunos billetes.

Cuando cada niño tuvo en su poder los dos chelines que podía gastar, William volvió a hacer uso de la palabra.

—Los nuevos alumnos ya deben saber que, con estos dos chelines, tienen que comprar los sellos, los caramelos, las cintas para el pelo, los papeles para cartas y todo lo que necesiten. Si les hace falta algún dinero extra, pueden pedirlo. ¿Necesita alguien más dinero esta semana?

John Terry se levantó. Estaba encargado del jardín y era un trabajador concienzudo y eficiente. Junto con otros niños que le ayudaban, conseguía proporcionar al colegio buenas verduras y bellas flores. Todos los alumnos estaban orgullosos de John.

—William, necesitamos una carretilla pequeña —explicó—. Este curso hay dos o tres niños muy pequeños que me ayudan en mi trabajo y la carretilla vieja es demasiado pesada para ellos.

—Bien, ¿cuánto cuesta una carretilla pequeña? —preguntó William—. En este momento hay mucho dinero en la hucha, pero no podemos gastar demasiado.

John Terry tenía una lista de precios, que leyó en voz alta.

—Son muy caras —se quejó William—. Te aconsejo que esperes a ver si tus nuevos ayudantes son lo bastante competentes, John. Ya sabes lo que sucede a veces: empiezan muy bien y luego se cansan. Sería una pena gastar el dinero en una carretilla nueva que después no sirviera para nada.

John pareció desanimado.

—Bien, sea como tú dices, William. Pero creo que esos chicos son competentes. Peter lo es, seguro. El curso pasado trabajó duro y ahora yo no sabría pasar sin él. Y los dos niños que nos ayudan son amigos suyos.

El pequeño Peter resplandeció de placer al escuchar las palabras de John. Sus dos pequeños amiguitos también decidieron al momento que trabajarían con ahínco en el jardín y que lograrían

que John se sintiese tan orgulloso de ellos como de Peter.

—¿Tiene alguien algo que oponer a la compra de una carretilla nueva? —preguntó Rita.

Nadie habló, hasta que de pronto Julian abrió la boca, dejando oír su profunda voz.

—Sí. Los chiquillos merecen tener una carretilla nueva, pero seré yo quien se la construya.

Puedo hacerlo con facilidad.

Julian no se había levantado para hablar. Y continuó sentado con su postura indolente de costumbre.

—Levántate cuando hables —le ordenó Rita.

Julian la miró como si no estuviera dispuesto a obedecer, pero al final se puso en pie y repitió su ofrecimiento.

—Haré una carretilla pequeña. Si puedo buscar en los cobertizos, hallaré rápidamente lo que necesito. Y no es necesario gastar dinero.

Todos se sintieron interesados. Elizabeth exclamó ansiosamente:

—Deja que la haga Julian, William. ¡Es muy listo para esas cosas! ¡Sabe hacerlo todo!

—Muy bien. Gracias por tu ofrecimiento, Julian —accedió William—. Pon manos a la obra tan pronto como puedas. Y ahora, ¿hay algo más de qué tratar?

No había nada más. William levantó la sesión y los alumnos fueron saliendo.

—¡Bravo, Julian! —le alabó Elizabeth, cogiéndole del brazo—. ¡Apuesto a que construirás la mejor carretilla del mundo!

Arabella se mete en un lío

Con el paso de los días, los nuevos alumnos se acomodaron a las normas del colegio. Julian emprendió la construcción de la carretilla como un verdadero profesional. Exploró los diversos cobertizos y encontró una rueda que antes había pertenecido a un triciclo. También halló diversos trozos de madera y otros materiales, que llevó a la carpintería.

Los niños le oían silbar mientras trabajaba. Después, escucharon el crujido de una carretilla rodando arriba y abajo.

—¡Vaya! ¿Ya la has terminado? —exclamó Harry, sorprendido—. ¡Qué maravilla!

Pero no era cierto. Julian sólo estaba haciendo una de sus imitaciones. Sus ojos chispearon cuando vio a los niños atisbando por la puerta. Le gustaban las bromas.

Los chicos y las chicas le rodeaban, expresándole su admiración.

—¡Julian, será una carretilla maravillosa! ¡Oh, qué listo eres!

—No, no lo soy —reía Julian—. Fui el último de la clase esta semana, ¿no lo sabíais?

—Bueno, pues, sea como sea, la carretilla estará muy bien —afirmó Belinda—. Tan buena como una de veras.

A Julian no le hacían mella ni las alabanzas ni las burlas. No se había ofrecido a construir la carretilla porque sintiera que los pequeños no tuvieran una. Lo había dicho simplemente porque sabía que podía hacerlo y disfrutaría trabajando.

Todo el mundo apreciaba a Julian por esas cosas, a pesar de su actitud indolente. Pero nadie quería a Arabella. No hizo amistad más que con la débil y tímida Rosemary. Ésta pensaba que su amiga, con su aspecto pomposo y engreído, era una princesa. La seguía por todas partes, escuchaba ansiosamente cuanto decía y asentía a todo.

—Creo que es un colegio estúpido —había comentado muchas veces Arabella a Rosemary—. Fíjate en esas reglas tan necias. Son muy tontas porque están hechas por los alumnos, que son sólo unos chiquillos.

Hasta entonces, Rosemary había creído que la razón de que las reglas fuesen tan buenas era que habían sido decididas por los propios alumnos. Pero ahora se mostró de acuerdo con Arabella.

—Sí, son unas reglas muy tontas.

—Especialmente ésta de meter el dinero de todos los alumnos en la hucha —añadió Arabella.

Esto no le había preocupado mucho a Rosemary, que sólo disponía de dos chelines y seis peniques para meter. Sus padres no gozaban de una posición muy desahogada y nunca le daban mucho dinero. Sin embargo, se mostró completamente de acuerdo con Arabella.

—Sí, es una regla idiota. Especialmente para las chicas como tú, Arabella, que tenéis tanto

dinero. Es una vergüenza. Vi cómo metías en la hucha el billete de diez chelines y otros dos sueltos.

Arabella contempló a Rosemary y se preguntó si podía confiar en ella, ya que la niña rica tenía un secreto. ¡No había entregado todo su dinero! Se había guardado un billete de una libra, de modo que con los dos chelines que le habían entregado poseía veintidós chelines. ¡Y esto no pensaba dárselo a nadie por nada del mundo! Tenía el dinero escondido en su caja de pañuelos, debidamente doblados, formando un montoncito.

«No —decidió—. Todavía no se lo diré a Rosemary. No la conozco muy bien y, aunque sea amiga mía, a veces es un poco tontita. Guardaré mi secreto».

Y no se lo contó a nadie. Pero ella y Rosemary fueron juntas al pueblo a comprar sellos y un pasador de pelo para Rosemary.

¡Y Arabella no pudo privarse de gastar un poco de su fortuna!

—Tú ve a correos y compra los sellos. Yo iré a la pastelería a comprar caramelos —le ordenó a Rosemary. No quería que su amiguita viese cómo compraba caramelos caros, que le iban a costar tres o cuatro chelines.

De modo que, mientras Rosemary adquiría un sello de dos peniques y medio, Arabella entró en la pastelería y compró una libra de caramelos de menta, que eran los que más le gustaban.



Vio también un frasco de jalea y lo compró. ¡Qué rica! Después, al ver que Rosemary aún no regresaba, entró en la tienda siguiente y se compró un libro.

Las dos amigas dieron un paseo por el pueblo y al final regresaron al colegio.

—¿Sabes? —le confió Rosemary a Arabella mientras la cogía del brazo—, hay otras reglas tontas en Whyteleaf: no se permite a nadie bajar sola al pueblo, a menos que sea un monitor o esté en cursos superiores.

—Algo completamente tonto —concedió Arabella.

Arabella abrió la cajita de caramelos.

—¿Quieres uno? —ofreció a su compañera.

—¡Oooh... Arabella... qué caramelos más estupendos! —se entusiasmó la niña, abriendo mucho los ojos—. ¡Vaya, al menos te habrán costado tus dos chelines!

Pasaron por la verja del colegio, masticando y chupando los caramelos. Realmente, eran deliciosos. Arabella miró la cajita y se la metió en el bolsillo de su abrigo. No quería que las demás chicas viesen los dulces, por si adivinaban que se había gastado más de dos chelines en ellos.

Luego fue a quitarse el abrigo y el gorrito. Jenny se estaba poniendo los suyos y cuando vio que Arabella dejaba en el banco el libro recién comprado, lo hojeó.

—Caramba, siempre he deseado leer este libro. ¿Puedes prestármelo, Arabella?



—Bueno, todavía no lo he leído —repuso la aludida—. Lo he comprado esta tarde.

Jenny miró el precio de la solapa y silbó.

—Vale tres chelines y seis peniques. ¿Cómo has podido comprarlo con sólo dos chelines?

—Lo conseguí muy barato —explicó Arabella tras una leve pausa. Pero al decirlo se sonrojó y la perspicaz Jenny se dio cuenta.

No dijo nada, pero se marchó del cuarto reflexionando profundamente.

«¡La muy bribona! ¡No puso todo su dinero en la hucha!»

Rosemary fastidió mucho aquella noche a Arabella porque desveló la compra de los caramelos de menta. No fue tal su intención, ¡pero lo dijo!

Los niños estaban hablando precisamente de la pastelería, donde se gastaban el dinero cada semana y que a todos gustaba.

—Creo que aquellos dulces calientes son una ganga —opinó Jenny.

—Oh, no, yo prefiero aquellos chicles que duran mucho más —replicó Belinda.

—No si los masticas —terció Harry—. Para mí, lo mejor de todo son los caramelos de fresa, que si los chupas como es debido sin masticarlos, duran tanto y son mejores que todos los dulces y

todos los chicles.

—Hagamos un concurso y lo comprobaremos —propuso John.

—Yo no sirvo para esas pruebas —se quejó Jenny—, siempre lo mastico todo, y los caramelos, por ejemplo, sólo me duran en la garganta unos segundos.

—Yo creo que la mayor ganga de todas son los caramelos de menta —proclamó Rosemary con su tímida vocecita.

Todos se echaron a reír desdeñosamente.

—¡Tonta! —la increpó Julian—. Sólo te dan cinco por seis peniques. Son los más caros de todos.

—No es verdad —replicó Rosemary—, de veras que no. Arabella, enséñales todos los que has comprado hoy en la tienda.

Esto era lo último que Arabella deseaba y frunció el ceño mirando a Rosemary.

—No seas tonta. Sólo compré unos cuantos. Son muy caros.

Rosemary se quedó asombrada. ¿No le había ofrecido uno a ella de una caja entera? Abrió la boca para soltarlo, pero vislumbró a tiempo la mirada de advertencia de Arabella y se calló.

Los demás habían seguido el diálogo con mucho interés. Estaban completamente seguros de que Arabella se había gastado mucho dinero en los caramelos. Además, Jenny se acordó del libro. Entonces contempló sagazmente a Arabella.

Pero ésta la miró unos instantes con su aire sereno, más bien altanero.

«Eres una falsa, una trapacera, a pesar de tus aires de gran dama —pensó Jenny—. Estoy segura de que has escondido los caramelos para que nadie se entere de que te has gastado mucho dinero en ellos. Pero yo los encontraré, sólo para comprobar que tengo razón».

Arabella no tardó en levantarse y dejar a los otros. Pero volvió muy pronto con un pequeño cucurucho de papel en el que había seis o siete caramelos de menta.

—Son todos los que he comprado —dijo ligeramente—. Temo que no haya bastantes para todos, pero podemos partirlos por la mitad.

Nadie quiso ninguno. En Whyteleaf existía la regla, aunque no escrita, de que si no te gustaba una persona no podías aceptar nada de ella. Por tanto, excepto Rosemary, todos se negaron a aceptar un caramelo. Ni medio. Rosemary sí cogió uno. Estaba aturdida. Sabía que había visto una caja entera de caramelos. ¿Cómo podía estar tan confundida?

Jenny sonrió para sí. Arabella debía de creer que todos eran unos estúpidos si pensaba que podía engañarlos a todos y hacerles creer que había comprado tan pocos caramelos, ¡cuando la pequeña Rosemary ya había revelado el secreto! Deseaba averiguar dónde estaba el resto de los caramelos de menta.

De pronto, creyó adivinarlo. Arabella estudiaba música y tenía un gran estuche musical que Jenny la había visto coger por la tarde, aunque no tenía lección ni práctica alguna. ¿Por qué lo cogió, entonces?

«Porque quería poner allí sus caramelos», pensó Jenny.

Acto seguido, se dirigió a la sala de música, donde todos guardaban sus estuches. Abrió el de Arabella y escrutó su interior. Sí, los caramelos estaban allí, donde Arabella los había pasado de la

cajita apresuradamente.

Richard entró en la sala mientras la niña examinaba el estuche.

—Mira, Richard —exclamó Jenny con tono disgustado—. Arabella se guardó algún dinero y ha comprado caramelos y un libro, y luego nos ha soltado una serie de embustes.

—Entonces, presenta una queja a la Junta —aconsejó Richard, mientras cogía su estuche y volvía a salir de la sala.

Jenny se quedó pensativa unos instantes.

«¿No creerían en la Junta que era un chisme suyo?», se preguntó.

Sería mejor consultar con los demás antes de hacer nada. Pero no se lo contaría a Elizabeth, al menos de momento, ya que Arabella había vivido en su casa durante las vacaciones, y la nueva monitora se hallaría en un aprieto si se enteraba de la trampa de Arabella.

Por tanto, Jenny se lo contó todo a los demás en ausencia de Elizabeth, Rosemary y la propia Arabella.

—Estoy seguro de que sería una queja muy conveniente —declaró Harry—. Claro que resulta vergonzoso tener que pronunciar su nombre en la Junta tan pronto, apenas empezado el curso, siendo aún una novata. No, antes demostrémosle a Arabella lo que pensamos de su treta. Y estoy seguro de que en la próxima Junta meterá todo su dinero en la hucha.

¡Y la pobre Arabella pasó por unos días muy penosos! Por primera vez en su vida supo lo que era convivir con unos chicos y unas chicas a los que no gustaba en absoluto, ¡y que se lo demostraban palpablemente!

Arabella formula una queja

Arabella había fruncido la nariz a todos los chicos y chicas de Whyteleafe desde el día en que llegó. Y le había dicho a Rosemary que no le importaba resultar simpática o no.

¡Pero era difícil no ponerse nerviosa cuando todos arrugaban la nariz ante ella! Para Arabella era de gran importancia poder despreciar a todo el mundo, menos a Rosemary. ¡Pero le producía una sensación muy diferente sentirse despreciada por todos los demás!

Sus condiscípulos no se hubiesen cebado tanto en ella si Arabella no se hubiese comportado tan estúpidamente desde el principio. ¡Y ahora se daba cuenta de que la estaban friendo a fuego lento!

—¡Me tratan como si apestase! —se quejó a su fiel Rosemary—. ¡Si hasta ese horrible Julian contiene la respiración cuando se cruza conmigo!

Lo cual era cierto. Julián se tapaba la nariz con el índice y el pulgar cuando pasaba junto a Arabella. Esto la molestaba terriblemente. Estaba tan acostumbrada a saberse admirada y adulada por sus amigos y a ser alabada por los mayores que, simplemente, no comprendía esa conducta. Y eso la ponía furiosa.

Arabella no sospechaba por qué todos la trataban de esa manera. No sabía que era por haber sido deshonesta y falsa con su dinero. Estaba segura de haber sido lista y que nadie se había dado cuenta de sus maniobras. No sabía que Jenny había registrado su estuche de música y había visto que allí tenía escondida una gran cantidad de caramelos.

Jenny también se dedicó a burlarse de Arabella. Su modo de hacerlo era hablarle de manera suave y cortés, exactamente como acostumbraba hacer Arabella, de las extraordinarias vacaciones que solía disfrutar, tal como Arabella las relataba.

Jenny tenía dotes para la mímica. Podía imitar cualquier voz y también la risa. Y lograba que todos los niños se echasen a reír cuando la oían hablar con Arabella, en presencia de ésta.

—Queridos y queridas mías —se burlaba Jenny—, mis últimas vacaciones fueron las más maravillosas de todas. Cuantío salimos, lo hicimos con tres autos, ¡y el último era sólo para transportar mis vestidos! Oh, y también debo contaros cómo lo pasé cuando estuve una temporada con mi abuela. Me permitía cenar con los mayores todas las noches y me servía quince platos diferentes en cada comida y cuatro clases diferentes de... de ¡cerveza de jengibre!

A estas palabras seguían gritos y carcajadas incontenibles.

La única que no reía era Arabella. No lo encontraba divertido. Pensaba sencillamente que era horrible. En su antiguo colegio a todas sus amigas les gustaba escuchar sus relatos. ¿Por qué tenían que burlarse de los mismos en este colegio nauseabundo?

A Arabella le ocurrió otra cosa muy inquietante. Estaba, por ejemplo, sentada en la sala común, cosiendo o escribiendo, y de repente Jenny o algún otro exclamaba:

—Oh, fijaos, ¿no es un avión? —o también—. ¿No es un moscardón? —y al mismo tiempo señalaban fuera de la ventana o hacia el techo.

Al momento todos, incluida Arabella, giraban la cabeza y, cuando la muchacha volvía a concentrarse en su costura o su escritura, se encontraba con que le había desaparecido la pluma o las tijeras. Al momento empezaba a buscar por el suelo hasta que de pronto oía unas risitas.

Entonces comprendía que alguien se las había escamoteado hábil y rápidamente, dejándolas en el antepecho de la ventana o en una mesita del rincón, sólo para fastidiarla.

Le contó a Rosemary todas estas burlas y la niña la escuchó con simpatía.

—Qué pena, Arabella. No sé por qué lo hacen.

—Bien, si tú se lo preguntas, te lo dirán —decidió Arabella—. ¿Lo entiendes? No te olvides, y no digas que te lo he pedido yo.

De forma que, cuando Arabella salió más tarde de la sala común, Rosemary reunió todo su valor para dirigirse a Jenny.

—¿Por qué sois tan malos con Arabella?

—Porque se lo merece —fue la concisa respuesta de su compañera.

—¿Y por qué se lo merece? —insistió Rosemary.

—¿Acaso no crees que es una chica engreída y falsa? Ya sé que te pasas la vida dando saltos a su alrededor como un perrito faldero, pero tienes que saber que no es honrado guardarse dinero y gastarlo en tonterías sin entregarlo al fondo común, ¡y después contar un montón de mentiras al respecto!

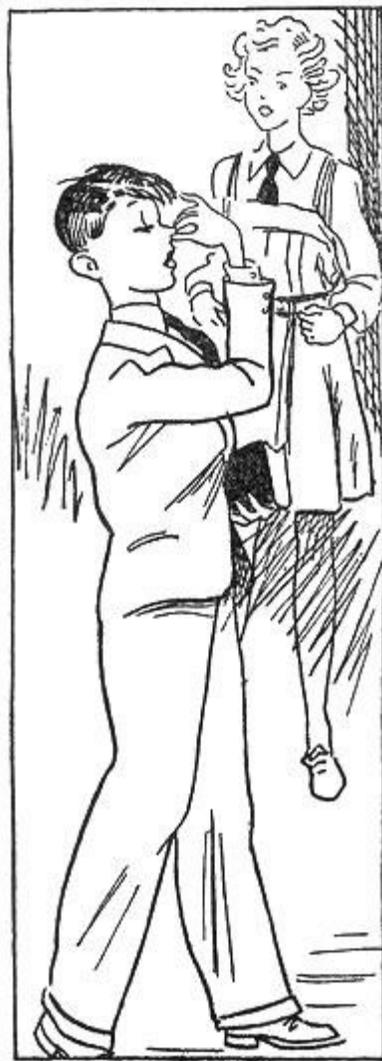
Los agudos ojos de Jenny estaban fijos en la pequeña Rosemary, pero ésta abatió su mirada y no se atrevió a plantarle cara a Jenny.

Era demasiado débil para defender a su amiga y para afirmar que no sabía de qué hablaba Jenny, ni que fuese verdad lo que decía, aunque ahora que Jenny lo mencionaba, a Rosemary sí le parecía que su amiga Arabella había sido una falsa.

—Sí, eso estuvo mal hecho —reconoció la niña al fin—. Oh, Dios mío, ¿por qué os burláis tanto de ella?

—Bueno, supongo que ya lo sabe, ¿verdad? —masculló Jenny con impaciencia—. No creo que sea tan estúpida como para ignorarlo.

A Rosemary no le gustaba confesar que Arabella no tenía idea de por qué todos se burlaban de ella. Ni tampoco quería contarle a su amiga por qué los demás la zaherían tanto. Era como una hoja al viento, que bailaba de este lado y luego del otro.



«¿Debo decírselo? Claro, será lo mejor. No, no puedo. Se pondrá furiosa. Bien, entonces no se lo diré. Oh, tal vez sería preferible contárselo. No, verdaderamente no puedo».

Al final, Rosemary no se lo contó y, cuando Arabella le preguntó qué había averiguado, por toda respuesta sacudió la cabeza.

—Se... se burlan de ti porque piensan que es divertido —se limitó a decir—. Lo hacen porque son muy malos.

—Oh. —Exclamó Arabella, muy encolerizada—. Bien, me quejaré en la Junta. ¡Quiero que esto termine!

—Oh, Arabella, no lo hagas —le suplicó Rosemary alarmada—. Son capaces de decir tales mentiras que quizá te metas en un lío peor. Cuéntaselo antes a tu monitora y comprueba si ella piensa que debes exponerlo en la Junta.

—¡Ni hablar, no le diré nada a Elizabeth! —proclamó Arabella—. ¿Pedirle consejo a ella? ¡No gracias!

Y la tonta de Arabella, sin sospechar el huracán que se le venía encima, estuvo toda la semana refunfuñando, odiando a los demás y aguardando la hora de la Junta.

Por fin llegó. Cuando Arabella contempló a todos los alumnos presentes de su clase, apretó fuertemente los labios.

«Esperad —parecían decir sus ojos—. Esperad y veréis lo que os ocurre».

La hucha fue pasando de uno a otro, pero poco dinero metieron dentro. Arabella no echó nada. Después le fueron entregados a cada uno los dos chelines y empezó la sesión normal.

—¿Alguna petición?

—Por favor, ¿podrías darme cinco peniques más, William? —suplicó Belinda, levantándose—. Esta semana me entregaron una carta sin sello y tuve que pagar el doble, o sea cinco peniques. Era una de mis tías que seguramente se olvidó de poner el sello.

—Cinco peniques para Belinda —ordenó William—. No fue culpa suya tener que pagar el doble.

A Belinda le dieron los cinco peniques y la niña se sentó muy contenta.

—¿Podría recibir seis peniques más para comprar una pelota nueva? —preguntó un chico que se puso en pie tímidamente—. La mía fue rodando hasta la zanja del ferrocarril y, como no podemos bajar a las vías...

—Ve a ver a Eileen, ella te dará una de nuestras pelotas viejas por dos peniques —le manifestó William—. Pero tendrás que pagarla de tus dos chelines.

No hubo más peticiones. Los niños comenzaron a susurrar entre sí y William golpeó la mesa con su martillo. Todos cesaron en sus charlas.

—¿Alguna queja?

Arabella y otra niña se levantaron casi instantáneamente.

—Siéntate, Arabella. Serás la siguiente —decidió Rita—. ¿Qué pasa, Pamela?

—Es una queja un poco tonta —se disculpó Pamela—, pero se trata de algo engorroso. Mi mesita se halla junto al ventanal de mi dormitorio y mi monitora dice que el ventanal debe quedar abierto cuando no estamos allí. Es lógico, pero los días de viento todas las cosas de mi mesita

salen volando por la ventana y siempre me cuesta un horror encontrarlas fuera.

Todos se echaron a reír. Rita y William sonrieron también.

Joan, que era la monitora de Pamela y estaba en su misma clase, se dirigió a Rita.

—Pamela tiene razón. Todas las de aquel dormitorio tienen el mismo problema. Pero podríamos apartar la mesita de la ventana si el ama no se opone.

—Pregúntaselo mañana —decidió Rita. El ama era la que se encargaba de esta clase de asuntos, y ella ordenaría que moviesen la mesita.

—Bien, ahora Arabella —pidió William, observando el rostro encendido, colérico, de la niña, que esperaba su turno. Arabella se puso en pie graciosamente, sin olvidarse de su aire de princesa ni de su rabia.

—Por favor, William —empezó con su voz suave aunque levemente estremecida por los nervios y la ira—, por favor, se trata de una queja muy grave.

Todos alargaron el cuello. Esto podía ser interesante y excitante. Las quejas graves siempre se escuchaban atentamente. Los de primer grado se miraron entre sí, con cara de extrañeza. ¿Pensaba Arabella quejarse de ellos? Bien, si era bastante tonta para ello, adelante, pero de este modo su secreto quedaría al descubierto.

—¿Cuál es tu queja? —preguntó William con aire de importancia.

—Bueno, desde que llegué a este colegio, los chicos y chicas de mi clase, todos, excepto Rosemary, se han portado conmigo de una manera completamente malvada. ¡No puedo repetir todo lo que me han hecho!

—Creo que debes contarlo —repuso William—. De nada sirve quejarse y no explicar detalladamente a qué se debe la queja. No creo que toda la clase se porte tan mal contigo.

—Pues así es —afirmó Arabella, casi llorando—. Y Julian es el peor de todos. Cuando paso por su lado... se tapa la nariz.

Hubo unas cuantas risitas. Julian se rió a carcajadas. Arabella le miró. Elizabeth, que estaba en el estrado de los monitores, pareció muy sorprendida. Ella era la única que no conocía el verdadero motivo del trato que la primera clase daba a Arabella, y pensaba que la niña era muy tonta al quejarse por unas vulgares burlas. Ignoraba la verdadera razón de las mismas. Pero ahora empezó a sospechar que se trataba de algo grave.

—Y Jenny. Me imita y se burla de mí siempre que puede. Yo soy nueva en el colegio y creo que esto es muy poco amable. Y no he hecho nada para que se comporten así conmigo. Y esto me hace muy, muy desdichada. Se lo escribiré a mamá. Se lo...

—Cállate —le aconsejó Rita, viendo que Arabella iba a meterse en un lío muy serio—. Calla y siéntate. Ya veremos. Tendrás ocasión de hablar luego si quieres. Pero espera un momento antes de continuar: ¿le has contado todo esto a tu monitora?

—No —contestó Arabella—. Tampoco me quiere.

Elizabeth se puso encendida como la grana. Eso era verdad. Había dado a entender que no apreciaba a Arabella, y ésta no había ido a pedirle consejo o ayuda antes de quejarse en la Junta. ¡Oh, Dios mío, qué lástima!

Oh —exclamó Rita, mirando a Elizabeth—. Bien, veamos. Primero oiremos a Jenny. Jenny,

por favor, ¿quieres explicarnos a qué se debe tu conducta tan poco amable, si es que hay algún motivo para ésta?

Jenny se puso en pie.

¡De acuerdo, Arabella lo había querido! Y empezó a contar lo que sabía.

La Junta se ocupa de Arabella

—Por tanto —finalizó Jenny—, la misma Arabella se lo ha buscado todo. No cumplió con el reglamento y nosotros lo sabíamos. Por eso no nos gusta y nos burlamos de ella. Nada más.

—¡Oh, chismosa! —se sulfuró Arabella—. ¡Yo no he quebrantado ningún reglamento!

—Calla, Arabella —la amonestó William—. ¿Quién es la monitora de Arabella? Oh, tú, Elizabeth Allen. ¿Quieres decirnos si, en tu opinión, Arabella ha obedecido las reglas?

—Elizabeth no sabe lo que nosotros sabemos —se adelantó Jenny—. Nosotros conocemos cuál ha sido la regla que ha quebrantado Arabella, pero Elizabeth lo ignora.

La monitora pareció muy turbada. ¿Cómo era posible que no lo supiese? Entonces se dirigió a William.

—No sé de qué habla Jenny. Y debería saberlo por ser la monitora de Arabella, ya que es mi obligación saber todo lo que ocurre en clase, pero no lo sé, ésta es la verdad.

—Gracias —repuso William gravemente. Luego se volvió hacia Jenny—. ¿Qué quejas tenéis vosotros de Arabella, Jenny? —preguntó contemplando el rostro encarnado de Arabella.

La niña estaba horrorizada ahora. ¿Qué iba a decir Jenny? Ella había querido presentar una queja, pero jamás había supuesto que los demás pudieran presentar otra contra ella.

Y, naturalmente, todo se ventiló de una vez.

—Arabella no puso todo su dinero en la hucha la semana pasada. Lo sabemos porque compró en el pueblo un libro de tres chelines y seis peniques y una caja de caramelos caros —explicó Jenny—. Ocultó algunos de ellos en su estuche de música para que no nos enterásemos. Y contó muchos embustes. Por tanto, William, Arabella no nos gusta y se lo demostramos. Creímos que se sentiría avergonzada de sí misma al verse objeto de nuestras burlas, y que la próxima vez se mostraría más honrada y se desprendería de todo su dinero.

—Entiendo —dijo William—. Siéntate, Jenny.

Ahora todos contemplaban a Arabella. La niña no supo qué decir. ¡Cómo deseaba no haber formulado ninguna queja! ¡Por mucho que sufriese! Porque lo que ahora le ocurría era simplemente espantoso.

—Arabella —intervino Rita—, ¿qué dices a esto? ¿Es verdad?

Arabella no se movió ni contestó. Por su mejilla comenzó a resbalar una lágrima. Sentía mucha pena de sí misma. ¿Por qué la había enviado su mamá a este colegio tan horrible donde se celebraban asambleas cada semana y donde no era posible ocultar ninguna falta?

—Arabella, por favor, ponte en pie —le rogó Rita—. ¿Es verdad esto?

Las rodillas de Arabella temblaban, pero se levantó.

—Sí —confesó en voz baja—. Parte de ello es verdad, pero no todo. Yo... yo no entendí que debía poner todo mi dinero en la hucha. Y lo puse casi todo. Quería preguntarle a mi monitora, Elizabeth, un montón de cosas, pero como tampoco me aprecia, yo... yo...

Elizabeth se encolerizó. Ahora Arabella estaba tratando de cargarle todas las culpas. Miró a la niña frunciendo las cejas y sintió aún más animadversión hacia ella.

—Esto es una tontería —replicó Rita con viveza—. Elizabeth te lo contaría todo, tanto si te aprecia como si no. Escucha, Arabella: te has comportado muy tontamente y sólo tú tienes la culpa de lo que acusas a los demás, del mal trato que te dan. Tendrás que corregirte.

La niña juez se volvió hacia William y le habló en voz baja unos momentos. El juez asintió. Rita volvió a hacer uso de la palabra. Todo el colegio escuchó con interés.

—A veces es difícil que los recién llegados entiendan todos nuestros reglamentos —dijo Rita con voz clara—. Pero cuando llevan aquí algún tiempo, todos los chicos y todas las chicas están de acuerdo en que nuestras reglas son excelentes. Al fin y al cabo, las dictamos nosotros para nosotros mismos, por lo que seríamos unos necios si las hiciésemos malas. Además, no tenemos muchas. Pero las que tenemos, hay que respetarlas.

—Entiendo —asintió Arabella que todavía seguía en pie—. Y lamento haber incumplido una, Rita. Si todos me hubiesen dicho que había faltado a una regla, me hubiesen reñido y me hubiesen dado una oportunidad de meter todo mi dinero en la hucha la próxima vez, yo lo habría hecho. Pero no se comportaron así. Se mostraron horribles y yo no sabía el porqué.

—Irás con tu monitora cuando termine la sesión y le entregarás todo tu dinero, hasta el último penique. Y ella lo meterá en la hucha. Esta semana sólo se te entregarán seis peniques para sellos, ya que la semana pasada gastaste mucho dinero extra.

Arabella se sentó con las mejillas inflamadas. ¡Darle todo su dinero a Elizabeth! ¡Oh, qué humillación!

Rita todavía no había terminado con el asunto. Se dirigió a los de primer grado con severidad.

—No es necesario que os toméis la justicia por vuestra mano y forcéis los castigos. Después de todo, los monitores y monitoras están aquí para aconsejar. Además, celebramos una asamblea cada semana para enderezar todo lo que va mal. Los de primer grado no sabéis lo bastante para tratar un asunto de esta clase. Hubieseis tenido que consultar con Elizabeth.

La primera clase comenzó a sentirse incómoda.

—En realidad, todos habéis hecho una montaña de un grano de arena —añadió William—. Arabella es nueva y no comprende la importancia de nuestras reglas. Ahora que la conoce, sé que las cumplirá.

Hubo un poco más de reproches y disculpas, y la sesión se dio por terminada. Los niños comenzaron a desfilar y Elizabeth se acercó a Jenny.

—¿Por qué no me contaste lo de Arabella? Estuvo muy mal. Ahí, en el estrado, me he sentido como una idiota, oyendo todo lo ocurrido y yo sin saber nada.

—Sí, debimos contártelo —aceptó Jenny—, y lo siento. Pero sabíamos que Arabella estuvo en tu casa y pensamos que tal vez te resultaría un poco engorroso si eras amiga suya.

—Pues no somos amigas —replicó Elizabeth, gritando—. No la soporto. Me estropeó las dos

últimas semanas de vacaciones.



—¡Chist, idiota! —Kathleen le dio un codazo—. Ahí viene Arabella y seguramente ha oído lo que has dicho.

—¡Arabella! —vociferó Elizabeth—. Será mejor que vayas a buscar tu dinero y me lo entregues ahora mismo —esperaba que la otra no hubiese escuchado sus imprudentes palabras—. Tienes que hacerlo ahora, cuando tenemos la hucha fuera.

Arabella estaba pálida. No contestó y se dirigió a su dormitorio. Acto seguido sacó el dinero de los diversos sitios donde lo había escondido.

Luego volvió a bajar y fue al encuentro de Elizabeth. Ésta, sintiéndose un poco cohibida, tendió la mano. Arabella le aplastó todo el dinero en la palma de la mano, obligando a Elizabeth a chillar de dolor. Parte de las monedas cayeron al suelo.

—¡Aquí tienes, estúpida! —gritó Arabella, furiosa y sollozando—. Supongo que has disfrutado viéndome acusada ante la Junta. Bien, tampoco tú quedaste muy bien que digamos. ¡Eras la única que no sabía nada! Y siento haber estropeado tus vacaciones, pero también tú me estropeaste las mías. ¡Odio tu casa y todo lo de allí, y a ti más que a nadie del mundo!

Elizabeth estaba estupefacta y enfadada. Miró a Arabella y le habló airadamente:

—Recoge el dinero que has dejado caer. Domínate y no le hables así a tu monitora. Aunque no nos apreciemos, debemos comportarnos como dos personas educadas.

—¡No comprendo por qué te nombraron monitora! —se burló Arabella con desdén—. ¡Si no eres más que una mal educada! ¡Te odio!

Arabella corrió hacia la puerta y salió dando un portazo.

Elizabeth se quedó sola recogiendo el dinero y metiéndolo en la hucha. Estaba asombrada ante la furia de Arabella, y también angustiada.

—Qué difícil me resultará ser monitora de la primera clase si empiezan a suceder estas cosas —gimió, metiendo el dinero por una ranura de la hucha.

Cuando Arabella pasaba por el corredor se encontró con Rita. La niña juez observó su cara manchada por las lágrimas y la detuvo amablemente.

—Arabella, al principio todos cometemos errores, de modo que no debes tomártelo tan a pecho. Y pídele siempre consejo y ayuda a tu monitora. Elizabeth es una chica muy juiciosa y muy justa. Estoy segura de que siempre podrá ayudarte.

En aquel momento no era eso lo que Arabella quería oír. Le encantó que Rita le hubiese dirigido aquellas palabras amables, pero no quería escuchar alabanzas de Elizabeth. En cuanto a pedirle consejo, ¡jamás, jamás lo haría!

Rita continuó su camino; bastante inquieta por Arabella, pues sabía que ésta no sentía realmente haber cometido aquella equivocación. Si una persona lo siente de veras, todo va bien, pues procurará enmendarse. Pero cuando no lo siente y sólo se enfurece al ser descubierta, las cosas pueden ir de mal en peor.

Elizabeth fue al encuentro de Julian.

—Debiste explicarme lo de Arabella —le amonestó—. Es evidente que debiste hacerlo. ¿Por qué callaste?

—No me gusta complicarme la vida —replicó el niño—. Ni me importa que pusiera o no su dinero en la hucha, ni que se burlasen o no de ella. Yo quiero hacer lo que me gusta y no me meto en los asuntos de los demás. Vive y deja vivir, es mi lema.

—Pero, Julian —exclamó Elizabeth—, debes comprender que no siempre podemos hacer lo que nos gusta, viviendo tantos niños y niñas juntos. Nosotros...

—No empieces con tus consejos de monitora —le cortó Julian—. Esto es lo único que no me gusta de ti, Elizabeth: que seas monitora. Tú piensas que eso te da derecho a sermonearme y a convertirme en un buen muchacho, y a que todo marche según tus ideas.

Elizabeth contempló a Julian asombrada y apenada.

—¡Oh, Julian, qué malo eres! Estoy muy orgullosa de ser monitora. Eres un mal chico al afirmar que es lo único que no te gusta de mí. Si precisamente es de lo que estoy más satisfecha.

—Ojalá te hubiera conocido cuando eras la niña más revoltosa del colegio. Estoy seguro de que entonces me habrías gustado más.

—No lo creas —objetó Elizabeth enfadada—. Entonces era una tonta. Además, ahora soy igual que entonces, pero más sensata y mejor. Y soy monitora.



—Ya estamos otra vez —se quejó Julián con un profundo suspiro—. No puedes olvidar ni por un instante que eres uno de esos grandes, maravillosos y magníficos seres: ¡una monitora!

Dio media vuelta y Elizabeth se quedó mirándole furiosa. ¡Qué estúpido era tener un amigo al que le disgustaba lo que ella más la enorgullecía! Realmente, Julian resultaba muy fastidioso a veces.

Elizabeth tiende una trampa

La vida escolar continuó alegremente durante el trimestre de Pascua. Hubo juegos, partidos perdidos o ganados. Muchos niños a los que gustaba cabalgar, lo hacían cada mañana untes de desayunar. Robert siempre cabalgaba con Elizabeth, y la niña charlaba gozosamente con él durante el paseo.

—¿Te gusta ser monitora, Elizabeth? —le preguntó Robert una mañana, no mucho después de la segunda Junta.

—Bueno —reflexionó Elizabeth—, es divertido, Robert. Cuando me nombraron monitora, me sentí sumamente orgullosa, y aún me siento igual, pero también me parece estar un poco distanciada de los otros y esto no me gusta. Además, Julian sigue diciendo que soy muy fastidiosa con mis sermones, ¡y tú sabes que no es verdad!

—No, eso es lo único que no eres realmente —sonrió Robert—. Bien, yo jamás he sido monitor ni nada parecido, Elizabeth, pero a menudo he oído decir a mi tío que estar situado por encima de los demás no siempre es agradable, al menos hasta que te acostumbras a ello y te aseguras en tu nueva posición.

—No me gustó que no me contasen lo de esa chica, Arabella —asintió Elizabeth—. Me sentí marginada. El curso pasado yo estaba metida en todos los casos y me enteraba de todo. Alguien hubiera debido contármelo.

—Bueno, ya lo harán la próxima vez, supongo —la calmó Robert.

Elizabeth se ocupaba del jardín del colegio con John Terry con la misma voluntad de siempre. Las campanillas que habían plantado crecían por centenares, luciendo maravillosas al comienzo de la primavera. Primero salieron las amarillas y se abrieron al brillo del sol. Después, las púrpuras y finalmente las blancas.

La carretilla de Julian fue un gran éxito. Tenía un aspecto raro, pero era fuerte y estaba bien construida. A los pequeños les encantaba utilizarla.

—Gracias, Julian —le dijo John—. Nos has ahorrado mucho dinero. Cuando necesite algo, te lo pediré a ti.

Aquel trimestre había mucho trabajo en el jardín, como siempre en primavera. Hubo que cavar mucho y plantar más. Los niños, bajo la dirección de John, labraron surcos y plantaron muchos guisantes y judías.

—Oh, ¿debemos plantar tantos cientos de miles, John? —gruñó el pequeño Peter, incorporándose para enderezar su espalda.



—Bien, a todos nos gustan —explicó John—, y resulta muy grato plantar lo que le gusta a la gente.

Los niños podían tener animalitos domésticos, aunque no estaban permitidos los perros ni los gatos, porque éstos no podían estar en jaulas. El niño que poseía un animalito tenía que cuidarse muy bien de él. Si no lo hacía así, se lo quitaban, cosa que raras veces ocurría porque a los niños les encantaban sus conejillos de Indias, los ratones, las ardillas, las palomas y demás, y se enorgullecían de tenerlos muy limpios y atendidos.

Arabella no le causó ningún quebradero de cabeza a Elizabeth en las dos semanas siguientes, aunque no le dirigía la palabra ni se rozaba con ella más de lo preciso. Arabella y Rosemary siempre estaban juntas, algunas veces con Martin Follett. Julian tenía amistad con todo el mundo o, mejor dicho, todo el mundo tenía amistad con él, ya que al niño no parecía importarle resultar simpático o no, pero todos los chicos y las chicas le consideraban muy interesante y listo.

Su verdadera amiga era Elizabeth y ambos reían y conversaban mucho. Él dejó de decirle que era una monitora cargante, y Elizabeth, lentamente, se acostumbró a la idea de estar por encima de los demás. En realidad, a veces se olvidaba de ello.

Lo recordó cuando Rosemary fue a su encuentro, muy demudada.

—Elizabeth, ¿puedo pedirte una cosa? —empezó con su timidez habitual.

—Claro que sí —accedió Elizabeth, recordando al momento que era monitora y debía ayudar y

actuar con prudencia.

—Bien, me falta dinero —le notificó Rosemary un poco angustiada.

—¿Que te falta dinero? —replicó Elizabeth—. ¿Qué quieres decir? ¿Que lo has perdido?

—Bueno, al principio sí creí que lo perdía. Pensé que habría un agujero en mi bolsillo, pero no es así. La semana pasada perdí dos peniques. Y ayer seis. ¡Y ya sabes lo poco que se puede hacer con dos chelines! Pues bien, hoy ha desaparecido un penique de mi mesa.

Elizabeth estaba estupefacta. Contemplaba a Rosemary sin apenas dar crédito a sus oídos.

—¡Pero, Rosemary —exclamó al fin—, no pensarás que alguien te quita el dinero!

—Pues sí —asintió la niña—. No me gusta pensarlo, Elizabeth, pero es así. Ahora sólo me quedan tres peniques, que tienen que durarme hasta la próxima Junta, y necesito comprar sellos.

—Esto es terrible —concedió Elizabeth—. Es... es un robo, Rosemary. ¿Estás completamente segura de lo que dices?

—Sí —afirmó Rosemary—. ¿Debo presentar una queja en la Junta?

—No —rechazó Elizabeth—. Yo lo descubriré todo. Luego, lo denunciaremos en la Junta y añadiremos que ya está todo aclarado.

—De acuerdo —asintió Rosemary, que no deseaba levantarse en la Junta para exponer su caso, ya que la pobre era muy tímida—. ¿Cómo lo descubrirás?

—Tenderemos una trampa —decidió Elizabeth—. Ya lo pensaré y te lo comunicaré, Rosemary. Pero no le digas nada a nadie.

—Bueno, se lo diré a Martin Follett —contestó Rosemary—. Tuve que hacerlo porque ayer estaba buscando afanosamente los seis peniques y estaba muy triste por haberlos perdido, cuando él entró y se portó muy amablemente. Me ayudó a buscar la moneda durante un buen rato y me ofreció dos peniques suyos, de modo que me vi obligada a contarle lo que me estaba pasando con el dinero. Pero no se lo he explicado a nadie más.

—Muy bien. Entonces, cállatelo —le recomendó Elizabeth—. No hay que poner a nadie en guardia. Martin fue muy simpático al ofrecerte sus dos peniques.

—Muy generoso —corroboró Rosemary—. Y le compró a John Terry un paquete de unas judías enanas para el jardín. Dijo que no le gustaba mucho la jardinería, pero que de este modo contribuiría a su florecimiento.

«Me pregunto..., me pregunto quién puede ser tan malvado para coger el dinero de alguien», se dijo Elizabeth en cuanto se marchó Rosemary. «¡Qué cosa tan horrible! Bien, es un problema y debo solucionarlo. Yo soy monitora y tengo que intentar descubrir al autor o a la autora».

Se sentó para meditar profundamente. Debía descubrir al ladrón. Luego, podría ocuparse de él... o de ella, demostrando lo perspicaz y buena que era como monitora. «Pero ¿cómo atrapar al culpable?»

«Ya sé que haré», decidió al fin. «Le enseñaré a todo el mundo el chelín nuevo que me dieron en la última Junta y lo dejaré en mi pupitre, pero antes le haré una marca para poder reconocerlo más tarde, y vigilaré para ver si desaparece».

Al día siguiente, cuando los niños y niñas estaban jugando en el gimnasio a la hora del recreo porque estaba lloviendo, Elizabeth sacó su chelín de reciente acuñación y fue enseñandoselo a

todo el mundo.

—Fijaos. Lo han acuñado hace sólo unas semanas, ¿verdad que brilla mucho?

Ruth también tenía un penique nuevo, tan brillante como si fuese de oro, y Robert una moneda de tres peniques, también muy reluciente.

—No me lo puedo guardar en el bolsillo porque tengo un agujero —explicó Elizabeth—. Lo dejaré en mi pupitre, debajo del tintero. Allí estará bien seguro.

Pero antes de esconderlo, lo marcó con una crucecita diminuta hecha con tinta china. Luego, colocó la moneda bajo el tintero, delante de todo el mundo, poco antes de que entrase en clase la señorita Ranger.

Después miró a Rosemary. La niña inclinó la cabeza para indicarle que sabía por qué había enseñado su chelín nuevo y lo dejaba luego en el lugar indicado de su pupitre a la vista de todos.

«Ahora veremos», pensó Elizabeth, mirando a su alrededor y preguntándose por enésima vez quién sería el ladrón.

Al terminar las lecciones de la mañana, todos los alumnos salieron de clase para ir a jugar un poco al jardín. Y después fueron a lavarse antes de comer.

Elizabeth corrió a la clase para averiguar si su chelín ya había desaparecido. Abrió el pupitre. No, el chelín aún estaba allí. Se sintió satisfecha. Quizá Rosemary estuviera equivocada.

Todavía seguía en el mismo sitio cuando comenzaron las clases de la tarde. Rosemary miró a Elizabeth y ésta inclinó la cabeza, comunicándole que la moneda aún estaba en el pupitre. ¿Y si el ladrón no la cogía? Elizabeth tendría que idear otra trampa.

Después del té, el chelín seguía en el mismo lugar. Rosemary se aproximó a Elizabeth.

—No dejes más allí tu chelín. No quiero que te lo quiten. Tal vez no vuelvas a verlo nunca más. Sería espantoso que perdieras un chelín.

—Lo dejaré hasta mañana —decidió Elizabeth—, y ya veremos.

Por la mañana, antes de entrar en clase, la niña penetró furtivamente en el aula. Abrió el pupitre y fue palpando en busca del chelín. Ya no estaba allí. Abrió por completo el pupitre y lo comprobó.

El chelín había desaparecido. Aunque lo había esperado, Elizabeth se sintió de repente profundamente trastornada. De modo que había un ladrón en la clase, un malvado, un terrible ladrón. ¿Quién era? Bien, aguardaría hasta ver el chelín marcado... ¡y entonces lo sabría!

Elizabeth se lleva una sorpresa

Una cosa era marcar una moneda para poder reconocerla más adelante, y otra hacer un plan para encontrarla si alguien se la guardaba. Elizabeth reflexionó una y cien veces cómo conseguirlo.

Aquel día, después del té, aún llovía, por lo que los niños se reunieron todos en la sala común. Era una estancia muy grata, con amplios ventanales, una chimenea muy grande, un tocadiscos, un aparato de radio y taquillas para que los niños guardasen allí sus cosas. Era la habitación que más gustaba a los alumnos, que se sentían en ella como en su casa.

Aquella tarde hubo mucho alboroto. La radio estaba encendida, lo mismo que el tocadiscos, de modo que un par que deseaban leer gruñeron quejándose y fueron a apagar la radio y el tocadiscos. Pero alguien los puso inmediatamente en marcha, resultando una verdadera pérdida de tiempo apagarlos de nuevo.

—Bueno, juguemos a algo —propuso alguien—. Tenemos un juego de carreras de caballos. Juguemos todos. Hay doce caballos.

—De acuerdo —aceptaron todos, viendo cómo Ruth sacaba la caja. El juego casi abarcaba toda la mesa. Hubo una pequeña discusión al elegir los caballos y empezó la partida.

Era divertido jugar todos a la vez, y excitante mover los caballitos sobre el tablero.



—¡Vaya! —se quejó Harry—. ¡He caído dentro de una zanja! Debo retroceder seis casillas. Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis.

Jugaron hasta el final. Belinda ganó y la obsequiaron con una pastilla de chocolate. Luego Kathleen sacó un juego suyo, Era un juego de trompos. Todos tenían como unas caperuzas de colores distintos, que giraban vertiginosamente. Resultaba muy divertido y, cuando giraban, producían un ligero zumbido.

Al ver girar los trompos, Elizabeth tuvo una idea y dio un golpe sobre la mesa.

—Veamos si sabemos hacer girar las monedas. A ver quién es el mejor.

Los niños se llevaron las manos a los bolsillos y sacaron el dinero. Algunos tenían peniques, medios peniques, seis peniques y uno o dos chelines.

Julian había sido el más diestro en hacer girar los trompos, ya que sabía hacerlos saltar por encima de la mesa de una manera maravillosa. Y también se mostró sumamente hábil con las monedas.

—¡Fijaos cómo salta mi penique! —gritaba, haciéndolo girar repetidamente sobre la pulida mesa. La moneda brincaba y giraba de una manera especial. Nadie más podía imitar aquel truco.

—Fijaos cómo hago girar un chelín encima de un vaso —añadió luego—. Hace un ruidito peculiar. Traed un vaso.

Colocaron un vaso invertido sobre la mesa. Todos contemplaban a Julian. Los ojos del niño resplandecían de placer al saberse el centro de la admiración general. Hizo girar el chelín sobre el vaso invertido y, efectivamente, produjo un ruido muy especial.

—Es como si entonara una canción —dijo Ruth—. Déjame probar, Julian.

El chelín cayó del vaso y Ruth lo cogió. Realizó varios ensayos para hacerlo girar, pero cada vez saltaba fuera del vaso y en una ocasión rodó por la mesa hasta llegar delante de Elizabeth. La niña se apresuró a recogerlo.

Era brillante, era nuevo. Elizabeth lo miró, pensando que era muy gracioso que hubiera dos chelines nuevos en la primera clase. Entonces divisó algo que le hizo dar un vuelco a su corazón.

¡El chelín tenía la crucecita que ella había hecho con tinta china! Lo estudió estupefacta. Era su chelín, su propio chelín, el que había enseñado a todo el mundo, el que había marcado antes de dejar en su pupitre.

—Vamos, Elizabeth, devuelve el chelín —se impacientó Ruth—. Por la forma en que lo contemplas cualquiera diría que no has visto ninguno.

Elizabeth le arrojó el chelín a la muchacha. Le temblaba la mano. ¡Julian! Julian tenía su chelín. Pero Julian era su amigo. No podía tener su chelín. ¡Y sin embargo, lo tenía! Se lo había sacado del bolsillo. Ella misma lo había visto. La niña miró con desdicha a Julian, que estaba observando los ensayos de Ruth con sus ojos muy hundidos y un mechón sobre la frente, como de costumbre.

Rosemary se había fijado en la expresión de la monitora. La había visto estudiando el chelín. Y comprendía que debía tratarse de la moneda marcada. Rosemary también miró sorprendida a Julian.

Elizabeth decidió no decirle nada al niño en aquel momento, pero apenas pudo aguardar la

ocasión de hablar con él. Aguardó toda la tarde, acechando el momento propicio. Mientras tanto, meditó una y otra vez sobre aquel triste asunto.

«Claro, ya sé que Julian vive como quiere y lo pregona», pensaba Elizabeth. «No le importa nada ni nadie. Pero al fin y al cabo, es mi amigo y podría importarle mi persona. De habérmelo pedido, yo le hubiera regalado el chelín. ¿Cómo ha podido obrar tan mal?»

Entonces se le ocurrió otra idea.

«No debo juzgarle hasta oír sus explicaciones. Tal vez alguien se lo haya dejado, o puede haber tenido que dar un cambio. Debo tener cuidado con lo que diga. Sí, debo andar con tiento esta vez».

Poco antes de la hora de acostarse tuvo oportunidad de hablar a solas con Julian. El niño entró en la biblioteca a buscar un libro y Elizabeth le encontró en el pasillo.

—Julian, ¿de dónde sacaste ese chelín tan nuevo y reluciente?

—De la Junta, la semana pasada —repuso Julian al momento—. ¿Por qué?

—¿Estás seguro? —insistió Elizabeth—. Oh, Julian, ¿estás seguro, completamente seguro?

—Claro que lo estoy, boba. ¿De dónde crees que lo saqué, si no? —exclamó Julian, intrigado—. ¿Por qué estás tan alterada? ¿Qué pasa con mi chelín?

Elizabeth estaba a punto de contestar que se trataba de su chelín, pero se calló. No, no debía decírselo, o Julian se daría cuenta de que le acusaba de habérselo robado a ella. Y Julian era su amigo. No podía acusarle de algo tan vergonzoso. Debía reflexionar más.

—No pasa nada —contestó al fin, pensando que a Julian debía de ocurrirle algo espantoso.

—Bien, entonces no me mires así —se impacientó Julian—. Es mi chelín, ya te lo dije, me lo dieron en la Junta, eso es todo.

Y se marchó con expresión intrigada y enojada. Elizabeth se lo quedó mirando. Estaba totalmente confusa. De todos los chicos de la clase, jamás se le habría ocurrido pensar que Julian fuera el ladrón.

Entró en el aula de música y empezó a tocar en el piano una pieza muy melancólica. Richard, que pasaba por allí, se asomó sorprendido.



—Vaya, Elizabeth, ¿por qué tocas esto? ¡Cualquiera diría que has perdido un chelín y has encontrado seis peniques!

Este refrán inglés era verdad en aquel momento, por lo que Elizabeth se vio obligada a reír a carcajadas.

—Bueno, he perdido un chelín, pero no he encontrado los seis peniques.

—Oh, Elizabeth, supongo que no te pondrás tan triste por haber perdido un chelín, ¿verdad? Jamás te había oído tocar de una manera tan sentimental y lastimera. Vamos, ánimo.

—Oye, Richard, no soy tan tonta como para ponerme triste por un miserable chelín —explicó Elizabeth—. Es... es que hay algo más.

—Cuéntame —le instó Richard—. No se lo diré a nadie, ya lo sabes.

Lo cual era cierto. Elizabeth miró a Richard y pensó que tal vez podría ayudarle.

—Supongamos que tuvieses un amigo y supongamos también que él hiciese algo sumamente espantoso. Y que te lo hiciese a ti además. ¿Qué harías tú? —le preguntó la niña.

Richard se echó a reír.

—Si de veras fuese amigo mío, no lo creería. Pensaría que se trata de un error.

—Oh, Richard, creo que has acertado —exclamó Elizabeth—. ¡Yo no quiero creerlo!

De nuevo volvió a tocar el piano, pero ahora una tonada más alegre. Richard sonrió y dejó sola a Elizabeth. Ya estaba acostumbrado a sus problemas. ¡Elizabeth siempre andaba metida en líos o dificultades!

—Richard tiene razón —pronunció Elizabeth en voz alta—. No debo creerlo. Julian tiene ese chelín por casualidad. Tendré que empezar de nuevo a discurrir la manera de atrapar al verdadero ladrón.

De modo que continuó mostrándose con Julian como siempre, aunque Rosemary, que estaba enterada de lo ocurrido, se extrañó mucho. Y hasta fue a hablarle a Elizabeth.

—No pudo ser Julian —la interrumpió la monitora—. Tiene que ser otro. Este chelín se lo dieron de la hucha. Me lo contó cuando se lo pregunté. En todo esto tiene que haber un error.

Al día siguiente, Rosemary fue de nuevo al encuentro de Elizabeth.

—Oye —dijo—, ¿qué dirías que ha sucedido? ¡Arabella también ha perdido dinero! ¿No será que el ladrón ha vuelto a aduar?

—¡Oh, cielo santo! —exclamó Elizabeth—. Esperaba que no ocurriera nada más. ¿Cuánto ha perdido Arabella?

—Seis peniques. Los tenía en el bolsillo de su impermeable y, cuando fue a buscarlos, habían desaparecido. Además, Belinda dejó un poco de chocolate en su pupitre y tampoco lo ha encontrado. ¿No es espantoso?

—Oh, sí lo es —convino Elizabeth—. ¡Muy espantoso! Bien, estoy completamente determinada a descubrir quién es el ladrón. Le denunciaré delante de la Junta.

Lo siguiente que desapareció fueron unos caramelos de Elizabeth. Fue a buscarlos, ¡y ya no estaban!

—¡Canastos! —gritó la niña, sorprendida y encolerizada—. Esto cada vez se pone peor. Me gustaría saber quién me ha quitado los caramelos.

Pronto lo supo. Por la tarde, en clase, Julian contrajo la cara como si fuese a estornudar. Rápidamente sacó un pañuelo del bolsillo y algo cayó al suelo. Un caramelo.

«¡Uno de mis caramelos! —exclamó Elizabeth para sí—. ¡El muy bestia! Me ha robado los caramelos. Entonces, también debió de quitarme el chelín. ¡Y se llama amigo mío!

Una riña terrible

Cuanto más pensaba Elizabeth en el dinero y los caramelos robados, más enfadada se sentía contra Julian. Tenía que ser él el ladrón, ¿pero cómo podía cometer tales atrocidades?

«Siempre dice que vive como quiere, de modo que debe de encontrar natural quitarles cosas a los demás si las desea», pensaba la niña. «Es malo. Sí, es listo, hábil y gracioso, pero es malo. Tendré que hablar con él».

Apenas pudo aguardar a que terminaran las clases de la tarde. No prestó la menor atención a las lecciones y la señorita Ranger la miró fijamente dos o tres veces. Elizabeth no pareció escuchar las preguntas, sino que se limitaba a contemplar el techo con una expresión colérica en su semblante.

—Elizabeth, supongo que no te has olvidado de que estás en clase, ¿verdad? —le soltó al fin la profesora—. En esta última media hora no has contestado a ninguna pregunta.



—Lo... lo siento, señorita Ranger —se excusó Elizabeth precipitadamente—. Estaba... estaba pensando en otra cosa.

—Pues bien, ¿quieres regresar a clase de una vez?

Elizabeth se vio, entonces, obligada a apartar de su pensamiento a Julian y sus problemas, y concentrarse en María Estuardo, reina de Escocia. Pero su cerebro no hacía más que dar vueltas en torno a Julian.

Elizabeth miraba al chico que estaba sentado delante de ella. Estaba escribiendo, con el mechón de pelos sobre la frente. De cuando en cuando se lo apartaba con impaciencia. La niña no sabía por qué no se lo cortaba más corto. Pero esto no le preocupaba a él. Una vez volvió la cabeza y sonrió a Elizabeth con sus ojos verdes como los de un duende.

Elizabeth no le devolvió la sonrisa. Inclino la cabeza sobre su libro y el niño pareció sorprendido. Elizabeth solía obsequiarle siempre con sus sonrisas.

La clase continuó hasta las cuatro para todos salvo para Elizabeth, que tuvo que quedarse a copiar varias frases y a ayudar a la señorita Ranger. La niña estaba enfadada pero no realmente sorprendida, porque sabía que no había hecho nada en toda la tarde. Por tanto no se entristeció y pensó de nuevo en Julian. Tenía que hablar con él a solas.

Cuando terminó sus deberes era la hora del té. Salió entonces, pero estaba tan alicaída que no comió apenas y los demás se mofaron de ella.

—Debe de tener el sarampión o algo por el estilo —dijo Harry—. Jamás he visto que Elizabeth le hiciese ascos a la comida. Algo le pasa.

—No seas tonto —contestó la niña muy seria.

Harry pareció intrigado.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Elizabeth inclinó la cabeza.

—Sí, estoy bien.

Ella sí estaba bien, pero algo andaba mal. No quería discutir con Julián, pero sabía que no descansaría hasta que hablase con él.

Fue al encuentro del chico después del té.

—Julian, tengo que hablar contigo, en secreto. Es muy importante.

—¿No puede esperar? Quiero terminar lo que estoy haciendo.

—No, no puede esperar —presionó Elizabeth—. Es muy, muy importante.

—Está bien —se conformó Julian—. Veamos de qué se trata.

—Salgamos al jardín —le propuso la monitora—. Quiero hablar contigo donde nadie pueda escucharnos.

—Bueno, podemos ir hacia los establos. Allí no hay nadie. Estas muy misteriosa, Elizabeth.

Anduvieron juntos hasta los establos. Era cierto: allí no había nadie en absoluto.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó Julian—. Deprisa, porque debo continuar mi tarea. Estoy arreglando una azada para John.

—Julian, ¿por qué cogiste el dinero y el chocolate y mis caramelos? —le preguntó Elizabeth muy condolida.

—¿Qué dinero y qué caramelos? —se asombró el niño.

—¡Oh, no finjas que no lo sabes! —gritó Elizabeth, perdiendo la calma—. Tú cogiste mi

chelín y también el dinero de la pobre Rosemary. Yo misma vi cómo te caía del bolsillo uno de mis caramelos esta tarde cuando sacaste el pañuelo para sonarte.

—Elizabeth, ¿cómo te atreves a acusarme de tales cosas? —se indignó Julian, que se puso muy rojo mientras sus ojos verdes chispeaban.

—¡Me atrevo porque soy una monitora y estoy enterada de todas tus... tus travesuras! —replicó Elizabeth con voz baja y colérica—. Te llamas amigo mío y... y...

—¡Esto sí que es bueno! ¡Tú te llamas amiga mía y tienes el valor de acusarme! —exclamó Julian en voz alta, perdiendo también la calma—. Porque eres monitora crees que tienes derecho a acusar a inocentes de unas inmundas travesuras, No puedes ser amiga de nadie. Y ya no lo eres mía a partir de ahora.

Hizo acción de echar a andar, pero Elizabeth corrió tras él, centelleantes los ojos. Le atrapó por la manga de la chaqueta y el niño trató de desasirse.

—¡Tienes que escucharme, Julian! —casi le gritó Elizabeth—. ¡Tienes que escucharme! ¿O quieres que todo esto salga a relucir en la próxima Junta?

—Si te atreves a contárselo a alguien más, te lo haré pagar de una forma que no te gustará —la amenazó Julian, apretando los dientes—. Todas las chicas sois iguales, falsas y faltas de sinceridad, y vais pregonando cosas que no son ciertas. Y sin creer a los demás cuando dicen la verdad.

—¡Oh, Julian! No quiero hablar de esto en la Junta —afirmó Elizabeth—, no quiero, no quiero. Por esto, te ruego que te sinceres conmigo, para que pueda ayudarte y ponerlo todo en claro. Siempre dices que tú vives como quieres, por lo que supuse que no te importaba coger lo que se antoja... y...

—Elizabeth, yo hago lo que quiero, pero hay muchas cosas que no me gustan y jamás las hago —replicó Julian, brillándole los ojos y juntando sus cejas negras—. No me gusta robar, no hago nada de eso. Y ahora te dejo. Ya eres mi peor enemiga, no mi mejor amiga. Jamás, jamás me gustarás otra vez, ni podré apreciarte.

—No soy tu peor enemiga sino que quiero ayudarte —gimió Elizabeth—. Te aseguro que vi mi marca en tu chelín. Y vi como caía mi caramelo de tu bolsillo. Soy una monitora y...

—¿Y te crees con derecho a acusarme? Pensaste que yo confesaría haber cometido una acción que no he llevado a cabo, y que lloraría un poco sobre tu hombro y te prometería transformarme en un buen chico —se burló Julian con mucho sarcasmo—. Pues bien, estabas equivocada, mi querida Elizabeth. ¡Lo que no comprendo es por qué te nombraron monitora!

Dicho esto, se marchó. Elizabeth se hallaba sumamente acongojada pero le llamó de nuevo. Le asió de la manga y Julian se volvió rabiosamente, se desprendió de Elizabeth, y luego la cogió por los hombros, sacudiéndola con tanta fuerza que a la niña le rechinaron los dientes.

—¡Si fueses un chico, te enseñaría lo que realmente pienso de ti! —gruñó el niño en voz baja. De repente, soltó a Elizabeth y se alejó, con las manos hundidas en los bolsillos, el pelo alborotado y la boca convertida en una línea recta.

Elizabeth se sentía muy débil. Se apoyó contra la pared del establo y trató de recobrar el aliento. Quería pensar con claridad pero no podía. ¡Qué desgracia tan grande le había ocurrido!

Unos pasos que se acercaban la sobresaltaron. Martin Follett salió del establo, muy pálido y como asustado.

—Oh, Elizabeth, lo he oído todo. No he querido interrumpiros. Oh, lo siento mucho por ti. Julian no tenía derecho a tratarte como lo ha hecho cuando lo que tú deseabas era ayudarle.

Elizabeth agradeció las amistosas palabras de Martin, que lamentó haber oído la disputa.

—Martin, no le repitas a nadie una sola palabra de lo que has oído —le ordenó, manteniéndose de nuevo erguida y echando hacia atrás sus rizos—. Es un asunto privado y secreto. ¿Lo prometes?

—Naturalmente —asintió Martin—, pero permite que te ayude un poco, Elizabeth. Te daré unos cuantos caramelos míos y también un chelín, a cambio del que perdiste. Esto lo solucionará todo, ¿no es cierto? Luego ya no tendrás que discutir más con Julian ni molestarle para nada, ¿eh? Ni necesitarás sacar a relucir el asunto en la Junta.

—Oh, Martin, eres muy amable —exclamó Elizabeth, sintiéndose muy cansada de repente—, pero no comprendes el caso. No es mi chelín ni los caramelos, tonto. Es el hecho de que los haya cogido Julian. ¡No es posible ocultar esto, no es posible! Que tú me regales un chelín y unos cuantos caramelos no impedirá que Julian siga apoderándose de lo que no es suyo. Creí que lo habías comprendido.

—Bueno, dale una oportunidad —pidió Martin—. No le denuncies ante la Junta. Dale una oportunidad.

—Veremos, tengo que meditar mucho. Oh, quisiera no ser monitora. ¡Ojalá pudiera pedirle consejo y ayuda a una monitora! Creo que no me sirve de nada serlo. Ni siquiera puedo decidir qué debo hacer.

Martin la cogió del brazo.

—Ven, charlaremos con John en el jardín —la invitó—. Te sentará bien.

—Eres muy bueno conmigo, Martin —le agradeció Elizabeth—, pero no estoy de humor para hablar con John. No quiero hablar con nadie. Sólo quiero pensar. Por favor, Martin, déjame ahora. Y prométeme que no se lo contarás a nadie, ¿eh? Es un delicado asunto entre Julian y yo, de nadie más.

—Claro, te lo prometo —accedió Martin, mirando fijamente a la niña—. Puedes confiar en mí. Elizabeth. Te dejo, pero siempre que quieras puedes consultarme.

Tras estas palabras, se marchó, dejando a Elizabeth maravillada por su carácter.

«Estoy segura de que no se lo contará a nadie» pensó. «Sería espantoso que se enterasen los demás. Bien, no sé qué hacer. Julian ahora me odia. ¡Si al menos todo se solucionase!»

Pero las cosas no se solucionaron, sino que empeoraron. Julian no era muchacho que olvidase y perdonase fácilmente. Con toda seguridad, no pensaba facilitarle las cosas a Elizabeth. Ella había sido su mejor amiga, pero ahora era su peor enemiga. ¡Cuidado, Elizabeth!



Julian emplea un truco

Sus compañeros no tardaron en darse cuenta de que Julian y Elizabeth ya no eran amigos. La niña parecía muy angustiada y desdichada, y Julian no le hacía el menor caso.

Arabella estaba muy contenta. Le gustaba Julian y le admiraba tremendamente, a pesar de su aspecto descuidado e indolente. Se enfadó mucho cuando el niño escogió como amiga a Elizabeth, ya que le habría gustado ser la elegida.

—¡Tiene un cerebro maravilloso! —le confió Arabella a Rosemary, quien, como carecía de él, admiraba sinceramente a los inteligentes—. Ese chico puede hacer lo que quiera. Creo que cuando sea mayor llegará a ser un magnífico inventor. ¡Sí, dará mucho que hablar!

—También lo creo yo —asintió Rosemary, de acuerdo como siempre con Arabella—. Oh, ¿por qué se habrán peleado Elizabeth y Julian? En todo el día no se han dirigido la palabra y, siempre que Julian mira hacia Elizabeth, lo hace con fiereza.

—Sí, también a mí me gustaría saber por qué se han peleado —confesó Arabella—. Creo que se lo preguntaré a Julian.

Tal vez quiera ser amigo nuestro ahora que se ha peleado con Elizabeth.

Y aquella tarde, Arabella se dirigió a Julian.

—Oye, Julian, siento que tú y Elizabeth hayáis reñido —dijo con su voz más dulce—. Estoy segura que es por culpa de Elizabeth. ¿Por qué ha sido la pelea?

—Lo siento, Arabella, pero es asunto mío —contestó Julian con sequedad.

—Ya podrías contármelo —insistió Arabella—. Yo estoy de tu parte, no de la de Elizabeth. Jamás me ha gustado esa niña.

—No hay tales partes —objetó Julian.

Arabella no pudo sonsacarle nada más a Julian. La chiquilla cada vez sentía más curiosidad. ¿De qué se trataría? Debía de ser algo grave o Elizabeth no estaría tan inquieta y preocupada.

—Me gustaría averiguarlo —le confió Arabella a Rosemary—. De veras, me gustaría muchísimo saber de qué se trata.

—¿A qué te refieres? —intervino Martin, apareciendo por detrás de las muchachas.

—A la riña entre Julian y Elizabeth. ¿Tienes tú alguna idea, Martin?

—Bueno, sé algo —tartamudeó Martin.

Arabella le contempló maravillada.

—Cuéntanoslo.

—Oh, se trata de un gran secreto —objetó Martin—. Bien, no tenéis que repetírselo a nadie. ¿Prometido?

—Naturalmente —asintió Arabella, que no pensaba guardar el secreto en absoluto—. Anda, habla. ¿Quién te lo dijo, Martin?

—Pues la misma Elizabeth —repuso el chiquillo.

—Entonces ya puedes decírnoslo —le apremió Arabella al momento—. Si Elizabeth te lo dijo, seguro que se lo ha dicho a otros.

Martin les contó el secreto: cómo Elizabeth había acusado a Julian de robarle el dinero y los caramelos, y cómo él lo había negado coléricamente.



A Arabella casi le saltaron los ojos de sus órbitas cuando oyó lo sucedido. Y Rosemary tampoco salía de su asombro.

—¡Oh, qué idiota es Elizabeth! —exclamó Arabella—. ¿Cómo ha podido creer tal cosa? Estoy segura de que, por muy tarambana que sea Julian, es muy honrado.

El secreto pronto dejó de serlo para los compañeros de clase. Todos se enteraron del motivo de la disputa entre Julian y Elizabeth. Hablaban entre ellos del dinero y los caramelos robados, de Julian y de Elizabeth.

—Opino que Julian debe saber que Elizabeth ha ido contándolo todo —le dijo Arabella a Rosemary—. Realmente, tiene que saberlo. No es justo.

—Pero ella no lo ha contado —se extrañó Rosemary, hecha un mar de dudas—. Fue Martin quien nos lo dijo.

—Bueno, Martin aseguró que Elizabeth se lo había contado y, si se lo dijo a él, probablemente se lo habrá dicho a otros —calculó Arabella—. Al fin y al cabo, todos lo saben ya, por lo que supongo que Elizabeth se lo habrá contado a bastantes compañeros.

Rosemary se mostró un poco inquieta. Sabía que Arabella lo había propalado por todas partes, añadiendo incluso bastantes detalles a la historia. Pero era demasiado tímida para discutir con su amiga. Por tanto, no dijo absolutamente nada.

Arabella, muy contenta, salió al encuentro de Julian al día siguiente.

—Julian, creo que Elizabeth se ha portado muy mal contigo propagando la mentira de que tú te

dedicas a coger cosas, ya sabes, dinero y caramelos.

Julian la miró sin dar crédito a lo que oía.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, toda la clase está enterada de que tú y Elizabeth os peleasteis porque ella afirmó que tú le quitabas cosas a los demás, y tú lo negaste —explicó Arabella. Luego cogió a Julian por el brazo. El niño estaba pálido—. Oh, no te preocupes, Julian. ¡Todos sabemos cómo es Elizabeth! ¡Sólo Dios sabe por qué la nombraron monitora! Me pregunto quién va ir a pedirle ayuda ni consejo. No es de fiar en absoluto.

—Tienes razón —asintió Julian—, pero yo pensé que sí lo era. Ni por un momento me figuré que propagaría esta historia. ¡Una monitora! Es una estúpida. No sé por qué llegué a apreciarla.

—No, seguro que no lo sabes —aprobó Arabella encantada—. Fíjate, ella le ha hablado de ti a todo el mundo, mientras tú, ni siquiera has pronunciado una sola palabra sobre ella.

Naturalmente, Elizabeth no había contado nada, pero Julian lo ignoraba, por lo que pensaba que si todos estaban enterados de lo ocurrido, sólo podía deberse a la propia Elizabeth. Y esto le hirió amargamente.

—Me las pagará —le prometió a Arabella.

—Muy bien hecho —afirmó ésta—. Como te he dicho antes, Julian, yo estoy de tu parte, igual que Rosemary. Y espero que lo estarán todos.

Esta vez Julian no contestó que no había partes. Se sentía molesto y furioso, y lo único que deseaba era devolverle a Elizabeth todo el mal que le había hecho.

Y entonces comenzaron a sucederle a Elizabeth cosas muy curiosas. Julian empleó toda su inteligencia y habilidad para imaginar trucos que la pusiesen en evidencia, ¡y cuando Julian utilizaba su agudo cerebro, sucedían muchas cosas!

Julian se sentaba delante de Elizabeth en la clase. En una lección de historia, los niños debían tener varios libros sobre la mesa, dispuestos en una pila, a fin de poder consultar cualquiera de ellos en un momento dado.

Julian inventó un curioso dispositivo con un muelle. Lo retorció de una manera particular, de forma que tardara bastante rato en volver a su posición primitiva. Y luego lo deslizó bajo el montón de libros de Elizabeth.

Y empezó la lección. La señorita Ranger no estaba de buen humor porque tenía dolor de cabeza, de modo que todos los niños y niñas procuraban no hacer el menor ruido. Nadie dejaba caer con fuerza las tapas de los pupitres, ni tiraba nada al suelo.

Julian sonreía para sí mientras estudiaba dando la espalda a Elizabeth. Sabía que su muelle se estaba enderezando lentamente bajo el último libro de la pila. Era extremadamente resistente y cuando llegase a su forma primitiva, se enderezaría por completo y enviaría todo el montón de libros al suelo.

Y así sucedió transcurridos unos cinco minutos. El muelle dio un tirón y empujó los libros. Cayó el primero y los otros lo siguieron, formando un montón en el suelo.

La señorita Ranger dio un salto.

—¿De quién son los libros que han caído? —preguntó muy enojada—. Elizabeth, no seas tan

descuidada. ¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé, señorita Ranger —repuso Elizabeth muy intrigada—. De veras, no lo sé.

Julian se agachó para recoger los libros, que habían caído detrás suyo, pero colocó otro muelle bajo el último libro y se metió en el bolsillo el primer muelle, que también había caído punto con los textos.

A los cinco minutos, el segundo muelle se enderezó. Era aún más fuerte que el primero y los libros cayeron al suelo con gran estrépito. ¡Cías, cías, cías, cías, cías!



La señorita Ranger pegó un brinco y la estilográfica que usaba en aquel momento trazó un borrón en el cuaderno que estaba corrigiendo.

—Elizabeth, ¿lo has hecho a propósito? —exclamó—. Si vuelve a ocurrir otra vez, te echaré de clase. No quiero que armes tanto alboroto.

Elizabeth estaba completamente intrigada.

—Lo siento mucho, señorita Ranger. Sinceramente, es como si los libros del pupitre saltasen por sí solos.

—No seas niña, Elizabeth —la recriminó la señorita Ranger—. Esto es lo que diría una niña de la clase de párvulos.

Julian volvió a recoger los libros, sonriendo. Elizabeth le dirigió una furiosa mirada. No tenía idea de que el niño le estuviera gastando una treta, pero no le gustó su sonrisa. Por tercera vez Julian colocó un muelle bajo los libros.

Y de nuevo los libros cayeron al suelo, provocando otro gran revuelo en la clase. Esta vez, la profesora perdió los estribos.

—¡Sal de la clase! —le ordenó a Elizabeth—. Una vez pudo ser un accidente, dos también, ¡pero tres! Estoy avergonzada de ti. Eres una monitora y deberías saber cómo comportarte.

Con las mejillas escarlata, Elizabeth salió de la clase. Durante el primer curso ella había intentado ser expulsada, pero ahora lo consideraba una gran desgracia. No le gustaba en absoluto. Se quedó junto a la puerta, llorando de rabia y vergüenza.

—No fue culpa mía —sollozaba—. Mis libros se tuvieron que caer solos. No los toqué en absoluto.

¡Y entonces sucedió lo peor! Pasó por allí Rita, la niña juez. Miró a Elizabeth muy sorprendida, deteniéndose al ver aquellas mejillas tan coloradas y manchadas por las lágrimas.

—¿Qué haces aquí, Elizabeth? —le preguntó.



Elizabeth cae en desgracia

—Me han echado del aula, Rita —gimió la niña—, pero no fue culpa mía. Por favor, créeme.

—Que no vuelva a ocurrir, Elizabeth —la amonestó Rita—. Ahora eres una monitora y debes dar ejemplo a los demás. Estoy un poco enfadada por varias cosas que he oído de ti, y también con el primer grado.

Pasó adelante por el corredor y Elizabeth se la quedó mirando, preguntándose qué sabría Rita. De repente, se sintió muy triste y apesadumbrada. Había esperado con tanta ilusión este curso, pero ahora todo parecía naufragar.

El otro truco que imaginó Julian aún fue más extraordinario. Cuando se le ocurrió, sonrió entusiasmado. Penetró furtivamente en el laboratorio, donde los niños estudiaban ciencias, y mezcló varios productos químicos. Luego los convirtió en unas pequeñas bolitas que metió en una cajita. Después, antes de dar comienzo las clases de la tarde, penetró en el aula desierta, apartó el pupitre de Elizabeth y colocó una mesa en su lugar.



Puso una silla encima de la mesa y trepó hasta arriba. De este modo alcanzaba el techo. Acto seguido, pegó las bolitas húmedas al techo. A continuación las roció con un líquido que tenía un olor tremendamente raro.

Éste haría que las bolitas se hinchasen y reventaran gradualmente, soltando una gota de agua que caería inmediatamente.

—Es un buen truco —aprobó Julian, saltando de la silla, devolviéndola a su sitio y apartando la mesa. Luego, colocó el pupitre de Elizabeth en su lugar, situándolo exactamente debajo de las bolitas del techo. Las bolitas eran blancas como el techo, por lo que no se notaban.

Aquella tarde, Mademoiselle daba su lección de francés, Elizabeth y los demás habían

estudiado los verbos franceses y algunas poesías. Mademoiselle tenía que tomarles la lección. Todos los alumnos pronunciaban los verbos en voz alta antes de la clase, para asegurarse de que los sabían. Mademoiselle hizo bastante ruido al pasar por el corredor y Elizabeth se apresuró a abrirle la puerta.

Mademoiselle estaba de buen humor, de lo cual los niños se alegraron. La señorita Ranger no se enfadaba si no había motivo para ello, pero Mademoiselle a veces se enojaba por nada. Bien, esta tarde parecía francamente contenta.

—Vaya, creo que pasaremos una tarde muy agradable —exclamó, mirando a su alrededor—. Vosotros sabréis todos los verbos sin la menor equivocación y luego recitaréis las poesías con hermosa entonación. Y yo quedaré gratamente complacida. ¡Allons, mes enfants!

Nadie replicó. Sería estupendo que ninguno de ellos se equivocase, pero esto era pedir demasiado. Siempre había alguien que trastornaba la clase de francés.

Julian había escogido aquella tarde para usar su privilegiado cerebro. Recitó los verbos sin el menor fallo. Se dirigió a mademoiselle con un francés impecable, de modo que la profesora sonrió expansivamente.

¡Ah, mi querido Julian! Siempre fingiendo que eres un lerdo, pero eres muy listo. Bien, veamos si te has aprendido tan bien las poesías. Empieza a recitar, Julian.

El niño comenzó a recitar los poemas con voz tranquila y modulación perfecta. Pero tan pronto como empezó, se produjo una interrupción por parte de Elizabeth.

La niña estaba sentada con la cabeza inclinada hacia la gramática francesa. Y de repente ¡le cayó una gota de agua en la cabeza! Elizabeth se quedó estupefacta.

Lanzó un grito y se frotó la cabeza. ¡La tenía húmeda!

—¿Qué pasa, Elizabeth? —preguntó Mademoiselle impaciente.



—Me ha caído una gota de agua en la cabeza —explicó la niña, intrigada. Miró al techo, pero allí no parecía haber nada.

—Eres tonta, Elizabeth —se quejó Mademoiselle—. No esperarás que me trague esta mesonge.

—¡Pues me ha caído una mesonge, digo una gota de agua en la cabeza! —insistió Elizabeth—.

La he sentido.

Jenny y Robert empezaron a reír. Pensaban que su compañera deseaba ofrecerles una pequeña diversión. Mademoiselle golpeó fieramente la mesa.

—¡Silence! —ordenó—. Vamos, Julian, adelante con la poesía. Vuelve a empezar.

Julian volvió a empezar su recitado, sabiendo que no tardaría en caer otra gota sobre la cabeza de Elizabeth.

Tenía unas ganas frenéticas de reír. Además, la poesía se refería también a unas gotas de agua:

*Quandje suis la, sur la route,
Lapluie descend goutte á goutte...*

—¡Oh! —exclamó de repente Elizabeth. Acababan de caerle dos gotas sobre la cabeza—. ¡Oh, una goutte, digo una gota... dos gotas!

La niña no comprendía nada y se frotó de nuevo la cabeza.

—Elizabeth, has vuelto a interrumpir este magnífico poema —gritó Mademoiselle iracunda—. ¿Estás tratando de estropearle a Julian su recitado? Pues lo hace muy bien. ¿Qué te pasa ahora? ¿Qu'est-ce qu'il y a? Y no me digas que está lloviendo sólo sobre tu cabeza.

—Pues, sí, Mademoiselle, así es —afirmó Elizabeth, restregándose el cabello mojado.

Todos se echaron a reír. Mademoiselle comenzó a enfadarse de veras.

—Silence tout le monde —gritó—. No quiero tanto jaleo. Elizabeth, me sorprendes. Una monitora no debe conducirse de esta manera.

—Pero, Mademoiselle, realmente es muy extraño —se quejó la pobre Elizabeth y en aquel momento se desprendió del techo otra gota. La niña pegó un brinco y miró al techo. Sí, aquello era muy intrigante.

—Ah, miras al techo como si fuera el cielo, ¿eh? ¿Crees que llueve para ti sola? ¡Es una broma muy tonta, señorita! —los ojos de Mademoiselle comenzaban a chispear. Todos estaban atentos, dispuestos a pasarlo en grande. Cuando Mademoiselle perdía los estribos, era muy graciosa.

—¿No... no podría sentarme en otro sitio? —pidió Elizabeth, desesperada—. Algo me cae en la cabeza continuamente y no me gusta.

—Puedes ir a sentarte fuera de la clase —exclamó Mademoiselle, furiosa—. Es la broma más tonta que he visto en mi vida. Si sigues aquí, dentro de poco pedirás que te traigan un parapluie para abrirlo sobre tu cabeza.

Toda la clase estalló en una carcajada ante esta idea. Pero Mademoiselle no estaba de humor para bromas y golpeó con Fuerza su mesa.

—¡Silence! No estoy bromeando. Estoy muy enfadada. Elizabeth, sal de clase.

—Oh, no, por favor, Mademoiselle —suplicó la pobre Elizabeth—. Por favor, no me mande fuera de la clase. No volveré a interrumpir otra vez, aunque diluvie sobre mi cabeza. Pero es muy raro...

Le cayó otra gota sobre la cabeza, pero no dijo nada. No podía soportar que la enviaran fuera

de la clase dos veces en el mismo día, ¡no, no podía! ¡Antes preferiría empaparse de agua o de lo que fuese!

—Pues pronuncia una sola palabra más y te echo fuera —la amenazó la profesora.

Elizabeth, agradecida, volvió a sentarse, diciéndose que no pegaría ningún brinco cuando le cayese otra gota.

Pero no hubo más. El cabello de Elizabeth no tardó en secarse. Mademoiselle la permitió permanecer en clase y la niña dijo sus verbos y recitó su poesía cuando le llegó el turno.

Al terminar, se vio rodeada por todos sus compañeros.

—Elizabeth, ¿cómo te has atrevido a hacer eso? Déjanos ver tu cabeza.

Pero ya tenía la cabeza seca y nadie la creyó cuando repitió una y otra vez que le habían caído encima varias gotas de agua. Todos pasaron sus manos por su cabello, pero no pudieron detectar el menor síntoma de humedad.

—¿Por qué no eres franca con nosotros y confiesas que ha sido una broma? —preguntó Harry—. No tienes por qué callar.



—Porque no fue una broma, sino una realidad —repitió Elizabeth, enojada.

Todos la dejaron. Pensaban que era una broma de Elizabeth y que estaba muy mal hecho el no querer reconocerlo.

—Sólo cuenta mentiras —comentó Arabella con Rosemary—. Es todo lo que sabe decir, ¡vaya monitora!

Algunos se mostraron de acuerdo con Arabella. Se habían divertido mucho con la broma, pero creían de buena fe que era algo que Elizabeth se había inventado y no les gustaba que ahora lo

negase.

Mademoiselle le relató lo ocurrido a la señorita Ranger en la sala de profesores.

—No sé, pero Elizabeth no suele ser tan necia —añadió.

La señorita Ranger pareció intrigada.

—No lo entiendo. Últimamente no se comportaba de esta forma. En mi clase también ha actuado de manera muy estúpida, dejando caer los libros al suelo varias veces.

—Creí que sería una buena monitora —dijo Mademoiselle—. Oh, sí, me siento defraudada por Elizabeth.

Arabella hablaba contra Elizabeth siempre que podía y algunos compañeros la escuchaban. Oh, Arabella era muy hábil en esta clase de confidencias.

—Claro. A mí me gusta una broma como a la que más, y es divertido gastar alguna durante una lección aburrida. Pero, sinceramente, no creo que esto deba hacerlo una monitora. Bueno, quiero decir que cualquiera de nosotras podría gastar una broma en clase, pero no una monitora. Es de suponer que una monitora se comporte como es debido; de lo contrario, ¿por qué lo es?

—Hace dos cursos la llamaban la «Valiente Salvaje», ¿verdad? —se interesó Martin—. Bueno, debe de ser difícil dejar de serlo. Creo que fue una majadería nombrarla monitora. Verdaderamente, no puede serlo.

—Fijaos en esas mentiras que ha ido contando sobre Julian —agregó Arabella—. Una monitora debe ser la primera en callar y no en murmurar tontamente. Bien, siempre digo que no comprendo cómo la hicieron monitora.

—Tal vez no lo será mucho tiempo —observó Martin—. No sé por qué tenemos que soportar a una persona que se comporta como ella. ¿Cómo es posible que acudamos a pedirle consejo? ¡No debería ser monitora!

Pobre Elizabeth. Sabía que todos murmuraban contra ella y no podía hacer nada para impedirlo.

El secreto de Arabella

—¿Qué te parece una fiesta de medianoche, Rosemary? Una vez celebramos una en mi antigua escuela y resultó muy divertida. Había mucha comida y toda clase de bebidas, ¡sería tan excitante celebrar una fiesta a medianoche!

Llegó la siguiente asamblea escolar y pasó sin que se mencionase el nombre de Elizabeth. La niña se hallaba tan absorta reflexionando qué debía hacer para solucionar su problema, que decidió, por su parte, no decir nada.

Mientras tanto, Arabella iba a celebrar su cumpleaños. Su madre le había prometido enviarle un pastel de cumpleaños y todo lo que quisiera de comida y bebida. La señora Buckley se hallaba ya en América, pero Arabella podía pedir cuanto deseara a las grandes tiendas de Londres.

Arabella lo comentó muchas veces. Le gustaba pavonearse y explicaba todas las cosas buenas que pediría.

Luego tuvo una idea y se la explicó a Rosemary.

Rosemary se mostró de acuerdo.

—¿Podremos celebrarla? Antes no es factible, porque las directoras y algunos profesores y profesoras todavía están levantados.

—Sí, tendrá que ser después de medianoche —asintió Arabella—. ¡Pero no se lo cuentes a Elizabeth! ¡Es tan idiota que sería capaz de revelar el secreto y fastidiarnos la fiesta!

—De acuerdo —accedió Rosemary—. ¿A quién se lo digo, entonces?

—A todos, excepto a los pocos amigos y amigas de Elizabeth —repuso Arabella—. No se lo diremos ni a Kathleen, ni a Harry ni a Robert. Éstos todavía son amigos de Elizabeth. Además, supongo que ella no vendría aunque se lo dijésemos, porque pensaría que una fiesta de medianoche va en contra de los reglamentos, y como es monitora...

Y de este modo el primer curso volvió a tener un secreto que susurraban unos a otros. Elizabeth observó esas murmuraciones, que cesaban cuando ella pasaba. Creyó que se trataba de habladurías sobre ella y volvió a entristecerse y enfadarse.

Naturalmente, Julian y Martin fueron invitados. Las pupilas del primero brillaron de gozo cuando se enteró de la fiesta de medianoche. Era la clase de atrevimientos que le gustaba.

Los niños discutieron dónde esconderían los pasteles y las bebidas. No querían que las profesoras sospechasen nada.

—Enseñaremos el pastel de cumpleaños a todo el mundo —propuso Arabella—. Luego repartiremos una parte a la hora del té, pero no diremos nada de lo demás.

—Podemos ocultar las cervezas de jengibre en uno de los cobertizos del jardín —añadió

Martin—. Conozco un buen lugar. Iremos a buscarlas cuando ya sea de noche.

—Y los pasteles los meteremos en las viejas taquillas del corredor —indicó Julian—. Nadie las usa y nadie mira nunca dentro. Yo me encargaré.

De modo que todas las golosinas fueron escondidas en diversos sitios y los niños se mostraron muy excitados. Los pocos que no estaban en el secreto desconocían lo que ocurría. Sólo sabían que Arabella tenía un secreto y que había un gran alboroto por todo el colegio.

Arabella siempre bajaba la voz para referirse a su fiesta cuando veía cerca a Elizabeth. Luego, fingía dar un salto cuando levantaba la vista, le pegaba un codazo al niño o niña con quien hablaba y cambiaba de tema, pero esta vez en voz alta.

Esto molestaba mucho a Elizabeth.

—No pienses que quiero descubrir tu secreto —le dijo una vez a su rival—. No es así. De modo que puedes hablar del mismo tanto como quieras, ¡que yo me taparé bien los oídos!

De todos modos, no era agradable ser dejada de lado. A nadie le gustaba ver a Julian hablando y riendo con Arabella y Rosemary. Elizabeth ignoraba que Julian lo hacía muchas veces para hacerla rabiar. Por más que lo intentara, no acababa de apreciar a la vanidosa y arrogante Arabella. Pero si su amistad con ésta enojaba a Elizabeth, seguiría adelante.

Y llegó el cumpleaños de Arabella. Los niños y niñas le desearon muchas felicidades y le hicieron diversos obsequios, que ella aceptó dando las gracias exquisitamente.

¡No había duda de que Arabella sabía comportarse bien cuando quería!

Elizabeth no le regaló nada ni la felicitó. Observó cómo Julian le ofrecía un pequeño, pero muy bonito broche, que él mismo había hecho. Arabella lanzó grititos de alegría.

—¡Oh, Julian! —exclamó palmoteando y consciente de que Elizabeth escuchaba—. ¡Tú sí que eres un buen amigo! ¡Muchísimas gracias!

La fiesta de medianoche se celebraría en la sala común. La estancia quedaba bastante apartada de los dormitorios de las profesoras, por lo que los niños sabían que allí estaban seguros. Aquel día todos se mostraron excitados y la señorita Ranger se preguntó qué podría ocurrirles.

Por casualidad, Elizabeth abrió las viejas taquillas del corredor. Buscaba una pelota con la que practicar en el campo de lacrosse y pensó que posiblemente allí habría alguna. Cuando vio la caja de las galletas, se quedó aturdida.

«Supongo que la señorita Ranger la habrá puesto aquí —pensó—, y tal vez la ha olvidado. Debo recordárselo. Tal vez la necesite durante un descanso».

Pero Elizabeth se olvidó del asunto y no dijo nada. No sabía que eran de Arabella, destinadas a la fiesta.

El secreto de Arabella mantuvo bien guardado. Los niños y niñas que habían sido invitados temían que si Elizabeth se enteraba, pudiera oponerse a la fiesta, ya que era monitora. Por tanto, tuvieron buen cuidado de no contarle nada. Elizabeth y unos cuantos debían quedarse a oscuras.

Al sonar la medianoche, todos los niños y niñas, excepto Arabella, dormían ya. Ella les había advertido de que les despertaría a tiempo. Estaba tan entusiasmada que no tuvo la menor dificultad en mantener los ojos bien abiertos hasta que oyó cómo el reloj del colegio daba las doce desde la torre.

Se incorporó en el lecho y buscó su bata. Luego se calzó las zapatillas. Después, cogiendo una linterna, empezó a despertar a sus invitadas, propinándoles varias sacudidas.

Todas fueron despertándose sobresaltadas.

—¡Chist! —susurraba Arabella—. ¡No hagas ruido! Ya es la hora de la fiesta.

Elizabeth estaba completamente dormida, lo mismo que Kathleen. Por tanto, no se despertaron cuando los demás salieron del cuarto para reunirse con los chicos, que ya venían de su dormitorio hacia la sala común. Hubo muchos murmullos y risitas ahogadas, que resonaron lentamente por los corredores.

Los invitados se apiñaron en la sala y encendieron velas. Temían encender la luz eléctrica por si acaso se filtraba pollas persianas.

—Además, con velas es más divertido —exclamó Arabella contentísima. Esto era lo que le gustaba. ¡Ser la reina de la fiesta! Llevaba una bata bellísima, de color azul, con unas zapatillas que hacían juego. Realmente, estaba encantadora y lo sabía.



Todos los invitados se dirigieron hacia la comida y la bebida. ¡Cuántas cosas había!

—¡Sardinas! ¡Con lo que me gustan! —gritó Ruth.

—¡Y melocotones en almíbar! ¡Oooh, qué ricos!

—¡Y buñuelos de chocolate! Ay, ya se me derriten en la boca.

—Que alguien me dé una cuchara. Tengo que repartir los melocotones.

—No hagas tanto ruido, Belinda. ¡Es la segunda vez que dejas caer el tenedor! Si no tienes cuidado, vendrá la señorita Ranger.

¡Pop!, sonó el descorche de una botella de cerveza de jengibre al ser abierta. ¡Pop! ¡Pop! Los niños se miraban unos a otros, entusiasmados. Esto era realmente divertido. Era más de

medianoche y estaban comiendo y bebiendo toda clase de manjares.

—¿Dónde están las galletas? —preguntó Arabella—. Creo que vendrían muy bien con los melocotones. No las veo. ¿Dónde están?

—Oh, me olvidé —exclamó Julian, levantándose—. Ahora las traigo, Arabella. Será un momento. Están en las taquillas del corredor.

Salió en busca de las galletas, tanteando el corredor, y luego subió por la escalera, en uno de cuyos rellanos se hallaban las taquillas.

No llevaba linterna y todo estaba oscuro. Iba tanteando el camino y procuraba no hacer ruido. De repente, tropezó con una silla, que se volcó con estrépito. Se quedó quieto, preguntándose si alguien lo habría oído.

Estaba muy cerca de donde dormía Elizabeth. Cuando la silla cayó, la niña se despertó sobresaltada. Luego se incorporó en la cama, sin saber de dónde procedía el ruido.

«Será mejor que vaya a investigar», se dijo.

Saltó del lecho y se puso la bata. No observó que más de la mitad de las camas del dormitorio estaban vacías. Luego se calzó las zapatillas y cruzó el umbral sin encender aún la linterna.

Recorrió lentamente el corredor. Dio unos pasos más y le pareció oír una respiración no muy lejos de ella. Avanzó un poco más.

Alguien estaba junto a las taquillas. Elizabeth oyó cómo abrían una. ¿Quién podía ser? ¿Y qué estaba haciendo quienquiera que fuese a aquella hora de la noche?

Elizabeth avanzó quedamente hacia las taquillas.

De repente encendió la linterna y Julian dio un brinco de sorpresa.

—¡Julian! ¿Qué haces aquí? Oh, ladronzuelo. ¡Ahora robas las galletas! ¡Creo que no cabe ninguna discusión! ¡Devuélvelas inmediatamente a su sitio!

—¡Chist!, ¡despertarás a todo el mundo, idiota!



Ni siquiera aparentó querer devolver las galletas a la taquilla, ya que deseaba llevárselas a la fiesta. Pero esto lo ignoraba Elizabeth. La joven estaba convencida de que Julian robaba las galletas en plena noche.

—Bien, esta vez te he atrapado —gritó—. ¡Te he cogido con las manos en la masa! ¡No puedes negarlo! ¡Dame esas galletas!

Julian se las arrebató. Y la puerta de la taquilla se cerró con un tremendo estrépito que resonó por todo el edificio.

—¡Idiota! —repitió Julian desesperado—. ¡Ahora se habrá despertado todo el mundo!

Polvos de estornudar

Ciertamente, el portazo de la taquilla despertó a mucha gente. Se produjo un alboroto de pasos y puertas que se abrían. Las profesoras no tardarían en llegar.

Julian huyó para avisar a los demás, propinándole un violento empujón a Elizabeth para poder escaparse. La niña estuvo a punto de caer al suelo. No sabía adónde había ido Julian, de modo que regresó a su dormitorio muy excitada, pensando que había sorprendido a Julian robando las galletas.

«Ahora sí que le denunciaré —se dijo al meterse en cama—. ¡Ya lo creo que le denunciaré!»

Julian corrió hacia la sala común y abrió la puerta.

—¡Rápido todo el mundo a la cama! ¡Elizabeth me ha sorprendido cuando cogía las galletas y ha provocado un gran estruendo! Si no os largáis de aquí inmediatamente, os pillarán.

Apresuradamente, los niños lo escondieron todo dentro de las taquillas de las paredes o en los pupitres vacíos. Luego soplaron las velas y huyeron con la esperanza de no haber dejado muchas migas en el suelo, ni rastro alguno de la fiesta.

Todos corrieron hacia sus respectivos dormitorios.

—¡Maldita Elizabeth! —gimió Arabella, mientras se quitaba la bata y las zapatillas y se metía en su cama—. Precisamente estábamos en mitad de la fiesta. ¡Lo ha estropeado todo!

Las profesoras se preguntaron a qué se debía aquel ruido. Mademoiselle, que era la que dormía más cerca de los dormitorios del primer grado, dormía muy profundamente y no había oído nada, por lo que se sorprendió mucho cuando la señorita Ranger abrió la puerta y la despertó.

—Quizá las chicas del primer curso están de algazara otra vez —observó adormilada la profesora de francés—. Vaya a su dormitorio para averiguarlo, señorita Ranger.

Pero cuando la señorita Ranger llegó al dormitorio y encendió las luces, no notó nada raro. Todas las niñas parecían dormir pacíficamente. Casi demasiado, pensó la profesora.

Elizabeth observó cómo se encendía la luz y por el rabillo del ojo contempló a la señorita Ranger. ¿Debía contarle lo sucedido? No, aún no. Le denunciaría ante la próxima Junta, de modo que todo el mundo se enterara.

La señorita Ranger apagó la luz y se fue tranquilamente a la cama. No podía figurarse a qué se debía aquel ruido. Tal vez el gato del colegio había cazado un ratón. La señorita Ranger se acostó sin sospechar nada y se durmió al momento.

Elizabeth permaneció despierta largo tiempo, pensando en Julian y las galletas. Estaba segura, completamente segura de que Julian era un ladrón. ¡Con todas sus pomposas frases respecto a vivir y dejar vivir! Era una forma como otra cualquiera de disculparse por sus raterías.

«Tendrá una buena sorpresa cuando mañana me levante en la Junta y le denuncie», pensó.

Todas las niñas estaban muy enojadas con Elizabeth por acabar de forma tan rotunda con la fiesta.

—¿Debemos darle un buen rapapolvo? —propuso Arabella.

—No sabía nada de la fiesta —replicó Julian—, aunque debió de sospechar algo cuando vio que todas las niñas se metían tan apresuradamente en cama.

Elizabeth se había extrañado, pero sabía que era el cumpleaños de Arabella y pensó que habían estado jugando un poco en torno a su cama, pero sin imaginarse que hubieran celebrado una fiesta.

—No le diremos nada —decidió Julian—. Esta noche podemos terminar la fiesta y tal vez se opondría si sospechase algo.

De forma que nadie le contó a Elizabeth de qué manera había estropeado la fiesta, si bien le dirigieron muchas miradas enfurruñadas, cosa que la intrigó mucho.

Julian imaginó un plan para molestar a Elizabeth por haberles fastidiado y se lo contó a los demás en cuanto les reunió.

—He fabricado unos polvos para estornudar. Los esparciré entre las páginas de la gramática francesa de Elizabeth. ¡Ya veréis cuántas veces estornuda durante la clase de Mademoiselle!

—¡Oh, sí! —aplaudieron todos encantados. Era una auténtica broma.

Julian penetró furtivamente en el aula antes de la clase de la tarde. Fue al pupitre de Elizabeth y lo abrió. Cogió el libro de gramática francesa y esparció por entre sus hojas los polvos. Los había descubierto tratando de inventar otra cosa y le habían hecho estornudar muchas veces.

Julian siempre estaba inventando algo nuevo, imaginando alguna cosa que ninguna otra persona hubiera hecho antes.

Esparció mucho polvo entre las páginas del libro, lo cerró cuidadosamente y lo dejó en su sitio. Luego salió del aula sonriendo.



Elizabeth se llevaría una buena sorpresa en su clase de francés. Lo mismo que Mademoiselle.

Cuando sonó el timbre anunciando la clase de la tarde, todos los niños y niñas corrieron hacia la clase.

—¡Francés! —rezongó Jenny—. ¡Qué pena! Se me olvidará la lección de francés si Mademoiselle está de malas.

—Tengo tanto sueño —le susurró Arabella a Rosemary, que también estaba cansada después de la fiesta de medianoche—. Espero que Mademoiselle no la tome conmigo si está enfadada. Ojalá elija a Elizabeth. Será muy divertido si empieza a estornudar.

Durante los diez primeros minutos, la lección de francés fue oral. Luego, Mademoiselle les ordenó abrir la gramática. Elizabeth sacó la suya del pupitre y la abrió.

Los polvos no tardaron mucho en hacer efecto. Mientras la niña giraba las páginas, algunas motas de polvillo volaron hasta la nariz, produciéndole un irritante cosquilleo.

Sintió que iba a estornudar y sacó el pañuelo.

—¡Achís!

Mademoiselle no reparó en ella.

—¡Achís! —volvió a estornudar Elizabeth, segura de haber atrapado un buen constipado—. ¡A... a... achís!

Mademoiselle levantó la vista. Elizabeth intentó retener el estornudo siguiente. Hubo una pausa, durante la cual Jenny tuvo que leer francés en voz alta. Llegó al final de la página y la volvió para continuar leyendo. Todos hicieron lo mismo.

Este movimiento envió más moléculas de polvo a la nariz de Elizabeth. Sintió que iba a volver

a estornudar y se acercó el pañuelo a la nariz pero no logró contenerse.

—¡A... a... achís! ¡A... a... achís!

Los estornudos eran tan sonoros que apagaban la lectura de Jenny. Un par de niñas empezaron a reír por lo bajo. Esperaban el siguiente estornudo de Elizabeth, que no tardó en llegar. Fue tan estridente que Mademoiselle dio un salto.

—Ya basta, Elizabeth —exclamó con severidad—. No estornudes más. No es necesario. No molestes tanto.

—No puedo... a... achís... contenerme —tartamudeó la pobre Elizabeth, sollozando, ya que los polvos eran muy fuertes—. ¡A... a... a... achís!

Mademoiselle se puso iracunda.

—Elizabeth, la semana pasada eran gouttes que llovían sobre tu cabeza, y esta semana son estornudos. ¡No lo tolero!

—¡A... a... achís! —fue la respuesta de Elizabeth. Toda la clase rió con ganas. Mademoiselle perdió la calma y aporreó la mesa.

—¡Elizabeth, eres una monitora y no puedes comportarte de esta manera! ¡No lo tolero! ¡Deja de estornudar de una vez!

—Sí... sí... ¡a... achís!

Los niños reían hasta el extremo de llorar. Era la cosa más divertida que habían visto en su vida.

—¡Sal del aula y no vuelvas! —le ordenó la profesora de francés severamente—. ¡No te quiero en mi clase!

—Pero, oh, Mademoiselle, por favor, yo... ¡achís!, ¡achís!, oh, señorita..., Mademoiselle... ¡achís!

Mademoiselle fue hacia ella, la asió fuertemente por los hombros y la llevó hasta la puerta.

La cerró detrás de la niña y regresó a la tarima, encarando se con toda la clase.

—No tiene ninguna gracia —afirmó—. Je n'aime pas les facéties comme gal.

Pero todos los alumnos pensaban que sí era divertido. Intentaron contener las risas, pero de cuando en cuando se oía una carcajada prontamente reprimida, momento en que tocía la clase prorrumpía en una algarabía de risotadas.

Mademoiselle se enfadó mucho y como castigo les hizo copiar una poesía, pero ni aun así impuso seriedad a sus alumnos.

Elizabeth se quedó junto a la puerta, angustiada e intrigada.

«¿Por qué he estornudado tanto? —se preguntó—. Ahora, en cambio ya no estornudo. ¿Habré cogido un resfriado? Es que no podía dejar de estornudar en clase. Oh, Mademoiselle no tenía razón para mandarme aquí afuera».

Y entonces, ante el horror de Elizabeth, William, el juez de la Junta, pasó junto con el señor Lewis, el maestro de música. Elizabeth trató de disimular tanto como pudo, pero no le sirvió de nada. Al instante, William comprendió que la habían echado de clase.

—¡Elizabeth! ¡No habrán vuelto a echarte de clase! Rita me contó que ya te ocurrió la semana pasada. ¿Olvidas que eres una monitora?

—No —contestó Elizabeth muy triste—, no lo olvido. Pero Mademoiselle me hizo salir porque no podía dejar de estornudar. Oh, William, creyó que lo hacía a propósito. Pero no era así.

—Bien, ahora no estornudas —observó el juez.

—Lo sé. Los estornudos cesaron en cuanto salí de clase.

William se alejó, pensando que Elizabeth debía de haber gastado una broma tonta. Tendría que consultar con Rita. No era conveniente tener unos monitores que cada dos por tres fuesen expulsados de clase. Los monitores no debían dar mal ejemplo.

Elizabeth no tenía ni la más remota idea de que fuese Julian el causante de todas sus desdichas. Pensaba que había estornudado a causa de un resfriado incipiente. Y se sorprendió al ver que éste no aparecía.

«Bueno, esta noche acudiré a la Junta —se dijo—. Y denunciaré a Julian delante de todos. Sé que me creerán, porque soy monitora».

Una Junta tormentosa

Los niños y niñas penetraron en el salón como de costumbre para asistir a la asamblea semanal de aquella noche. Elizabeth se sentía excitada y valerosa. Deseaba que la Junta ya hubiese terminado y todo estuviese arreglado.

—¿Dinero para la hucha? —preguntó William como de ordinario. Un niño entregó diez chelines que había recibido por giro de un tío suyo. Arabella puso dos libras, su dinero de cumpleaños. ¡Había aprendido la lección! No volverían a denunciarla por guardarse el dinero.

Luego repartieron los dos chelines por cabeza. William y Rita escucharon las peticiones de los que necesitaban más dinero. Elizabeth no podía estarse quieta. Estaba nerviosa. Miraba fijamente a Julian. Éste estaba sentado en el banco, como siempre, con un mechón sobre los ojos. De cuando en cuando, se lo apartaba con impaciencia.

—¿Alguna queja? —la familiar pregunta la formuló William, y un niño saltó antes de que Elizabeth pudiese hablar.

—¡Por favor, William! Los demás de la clase me llaman zopenco porque soy el último. Esto no es justo.

—¿Se lo has contado a tu monitor? —Sí.

—¿Quién es?

Se levantó un chico más alto.

—Yo. Sí, es cierto, todos se burlan de James. Ha dejado de asistir a muchas clases por enfermedad, de modo que no está al nivel de los otros. Pero he hablado con su profesora y ella dice que podrá ponerse a la altura de sus compañeros si estudia con afán, porque es inteligente. No estará mucho tiempo en la última fila de la clase.

—Gracias —dijo William. El monitor se sentó—. Bien, James, ya has oído a tu monitor. Tú mismo puedes hacer que los demás dejen de burlarse de ti si empleas tu inteligencia para no ser el último. A lo mejor estás tan acostumbrado a ser el último de la clase que no se te ha ocurrido que puedes mejorar. ¡Pero por lo visto sí puedes!

—Oh —balbuceó James sorprendido y complacido. Luego se sentó de golpe. Sus compañeros de grado le miraron sin saber si enfadarse con él o echarse a reír. James miró a su alrededor con simpatía.

—¿Alguna otra queja? —preguntó Rita.

—¡Sí, Rita! —Elizabeth se puso en pie con tanto ímpetu que estuvo a punto de volcar su silla—. Tengo que presentar una queja muy grave.

Todo el colegio murmuró a la vez y todos alargaron el cuello. ¿Qué iba a decir Elizabeth?

Arabella se puso muy pálida. No iría a quejarse de ella otra vez.

Julian miró penetrantemente a Elizabeth. ¡No era posible que se refiriese a él!

Pero así era. Elizabeth empezó su queja a trompicones.

—¡Rita, William! ¡Se trata de Julian! Durante algún tiempo me había parecido que poseía cosas que no le pertenecían, pero ayer le pesqué. Le atrapé con las manos en la masa. Estaba saqueando las taquillas de la escalera.

—Elizabeth, tienes que explicarte mejor —la amonestó Rita—. Estás haciendo una terrible acusación. Debemos profundizar más en el asunto y, a menos que poseas una buena prueba, no digas nada más. Luego reúnete con William y conmigo y hablaremos.

—¡Tengo una prueba! —proclamó Elizabeth—. Vi a Julian coger unas galletas de una taquilla. No sé de quién eran, seguramente de la señorita Ranger. Además Julian debió de verlas en algún momento durante el día y, cuando creyó que todos dormíamos, fue a cogerlas. Y yo le oí y le sorprendí.

Todo el colegio estaba con la respiración en suspenso. Los alumnos de primero se miraban unos a otros con inquietud, el corazón les latía con fuerza. ¡Ahora se descubriría la fiesta de medianoche! Julian tendría que revelar el secreto.

William miró a Julian. Éste estaba sentado, con las manos en los bolsillos y una expresión divertida.

—Levántate, Julian, y cuéntanos tu versión de la historia —le ordenó el juez.

Julian se puso en pie siempre con las manos en los bolsillos.

—Saca las manos de los bolsillos —volvió a ordenarle William con severidad. Julian obedeció. Parecía muy descuidado e indolente, con sus ojillos verdes chispeando como los de un gnomio.

—Lo siento, William, pero no puedo ofrecer ninguna explicación porque revelaría un secreto que no me pertenece. Lo único que puedo replicar es que no robé las galletas. Ciertamente, las cogí, ¡pero no las robé!

Y volvió a sentarse. Elizabeth saltó como movida por un resorte.

—¿Lo oyes, William? ¡No puede dar ninguna explicación!

—Siéntate, Elizabeth —le rogó William.

Luego contempló a los discípulos de primer grado, que permanecían todos en silencio e inquietos, sin atreverse a mirarse ya entre sí. ¡Qué valiente era Julian al no delatarles! ¡Y qué terrible era todo el asunto!

—Vosotros, los de primer grado —continuó William, gravemente—. Espero que si alguno de vosotros puede ayudar a Julian a salir de este mal paso lo haga, tanto si se trata de revelar un secreto o no. Si Julian, por lealtad hacia uno o más, no puede hablar, vosotros debéis mostraros leales con él y contar lo que sepáis.

Se produjo un silencio después de estas palabras. Rosemary estaba temblando sin osar moverse. Belinda casi se levantó y volvió a dejarse caer. Martin miraba al frente, sumamente pálido.

Fue Arabella quien dio a sus compañeros la gran sorpresa. Se levantó de repente y habló en

voz baja.

—William, creo que debo decir algo. Nosotras teníamos un secreto y Julian ha sido muy caballero al no revelarlo. Bien, ayer fue mi cumpleaños y... pensamos... eh... celebrar una fiesta de medianoche.

Calló. Estaba tan nerviosa que apenas podía continuar. Todo el colegio escuchaba con sumo interés.

—Adelante —le urgió Rita.

—Bien, escondimos las cosas de comer en varios sitios —prosiguió Arabella—. Todo era muy excitante. No le dijimos nada a Elizabeth, porque siendo monitora quizá hubiese intentado disuadirnos. Bien, Julian escondió las galletas en una de las viejas taquillas y fue a buscarlas después de media noche, cuando ya había empezado la fiesta. Supongo que a esto se refiere Elizabeth. Pero eran mis galletas y yo le pedí que fuese a buscarlas. Luego Julian las llevó a la sala común donde celebrábamos la fiesta. Pienso que Elizabeth obra muy mal al acusar a Julian de ladrón. Ya lo hizo antes. Toda la primera clase sabe que ella ha ido pregonando que Julian coge dinero y caramelos que no le pertenecen.

Era un discurso muy largo. Arabella calló de repente y se sentó casi jadeando. Julian la miró agradecido. Sabía que a la niña no le había gustado tener que revelar públicamente el secreto de la fiesta, pero lo había hecho para salvarle. La opinión que tenía de la chiquilla vanidosa se modificó un poco, al igual que la de todos los demás.

William y Rita habían escuchado atentamente el relato de Arabella. Lo mismo que Elizabeth. Cuando oyó la explicación del vagabundeo nocturno de Julian, se puso muy pálida y le temblaban las rodillas. En aquel momento comprendió que había cometido una tremenda equivocación. William se volvió hacia ella con ojos duros y severos.

—Elizabeth, al parecer has cometido un error imperdonable: has acusado públicamente a Julian de algo que no hizo. Supongo que ni siquiera le pediste que te explicase lo que hacía, sino que diste por supuesto que estaba robando.

Elizabeth estaba como pegada a su silla, sin poder pronunciar una sola palabra.

—Arabella afirma que no es ésta la primera vez que acusas a Julian. Que lo has hecho otras veces. Y como esta última ocasión tuya ha resultado infundada, es muy posible que las demás también lo sean. Por tanto, no las escuchemos en público, sino en privado.

—Sí, William —asintió Elizabeth casi sin voz—. Yo... siento mucho lo que he dicho... No lo sabía.

—Eso no es excusa —la increpó William con dureza—. No sé qué te ha sucedido este curso, Elizabeth. Al final del curso pasado te nombramos monitora porque todos estuvimos de acuerdo en ello, pero este curso nos has defraudado. Y temo que varios de nosotros estemos ya pensando que no eres merecedora de tal distinción.

Varios chicos y chicas asintieron y golpearon el suelo con los pies.

—Te han echado dos veces de clase —prosiguió William—. Y siempre por la misma razón: por perturbar la lección con tus bromas. Así no debe comportarse una monitora, Elizabeth, y temo que tendremos que pedirte que dejes de serlo. Será mejor que nos dejes elegir a otra en tu lugar.

Esto fue demasiado para Elizabeth. De pronto soltó un tremendo sollozo, saltó del estrado y salió corriendo del salón. No era buena como monitora. ¡Y había estado tan orgullosa de serlo!



William no intentó detenerla. Miró, en cambio, los rostros de los que se hallaban en los bancos.

—Debemos elegir otra monitora. ¿Queréis pensar quién puede ocupar dignamente el puesto de Elizabeth?

Los colegas comenzaron a reflexionar profundamente. La asamblea había sido pésima en varios aspectos, pero cada asistente había tenido su lección. Jamás debían acusar a otro de hacer algo sin estar absolutamente seguros. Todos habían presenciado el mal que podía hacerse obrando inconscientemente, y sabían que el castigo infligido a Elizabeth era justo.

¡Pobre Elizabeth! Siempre metiéndose en todo clase de líos y conflictos. ¿Qué haría ahora?

Elizabeth habla con Rita y William

Escogieron una nueva monitora en lugar de Elizabeth. Era una chica del segundo curso, llamada Susan.

Ningún alumno ni alumna del primer grado había votado a una chica de su clase. Quedaba claro que todos pensaban que era preferible que la monitora fuese mayor que ellos.

—Arabella, fuiste muy valiente al confesar lo de la fiesta —se admiró Rosemary.

Los demás opinaban lo mismo. Arabella estaba muy contenta de sí misma. Realmente, lo había hecho sin egoísmo alguno, cosa que a ella misma la admiraba. Era muy agradable saber que los demás la consideraban una chica estupenda.

Pero había alguien que se sentía angustiado. Y era Julian. Estaba sumamente contrariado con Elizabeth por haber presentado una queja tan injusta e infundada contra él, pero sabía que sus trucos eran la causa de que a la pobre niña la hubieran expulsado dos veces de clase y, como resultado, destituido del cargo de monitora.

«Naturalmente, William y Rita dijeron que esto se debía a la queja que presentó contra mí —se reprochó Julian—, pero estoy casi seguro de que la peor acusación contra ella fue la de haber sido expulsada dos veces de clase. Bien, Elizabeth no merece ser monitora, por tanto, ¿por qué preocuparme?»

Pero estaba preocupado a su pesar porque, al igual que Elizabeth, era muy justo y, aunque ya no apreciase a la pequeña, sabía que su desprecio no era excusa para portarse mal con ella. Había salido bien de todo el asunto gracias a Arabella. Pero no así Elizabeth. Incluso Harry, Robert y Kathleen, sus mejores amigos, no le habían dirigido ninguna palabra amable en aquellos duros momentos.

La asamblea terminó con la elección de la nueva monitora y todos los niños fueron saliendo mientras comentaban lo sucedido. Era imposible predecir qué ocurriría en una Junta.

—Todo sale a la luz en el colegio Whyteleaf —exclamó Eileen, una de las mayores—. Más pronto o más tarde los defectos y faltas salen a relucir, y todo marcha bien. Y más pronto o más tarde son conocidas nuestras virtudes y recompensadas. Y todo esto lo hacemos nosotros mismos. Es una gran cosa.

La señorita Belle y la señorita Best habían asistido a la Junta y escuchado con sumo interés todo lo acaecido.

William y Rita se rezagaron para hablar con ellas unos instantes.

—¿Hemos sido justos, señorita Belle? —me preguntó William.

—Creo que sí —asintió la aludida. La señorita Best hizo otro tanto—. De todos modos,

William, habla con Elizabeth lo antes posible y deja que descargue de su pecho todo lo que le ha pasado con Julián, porque en esto hay algo muy extraño, Elizabeth no suele tener ideas tan fijas sin algún motivo. Creo que en todo esto aún queda algo que no sabemos.

—Bien, enviaré a buscar a Elizabeth ahora mismo —ofreció Rita—. No sé dónde está.

La niña estaba en los establos, sollozando y acariciando la cabeza del caballo que montaba cada mañana. El animal la contemplaba resoplando y preguntándose qué le pasaba a su querida amiga. Elizabeth no tardó en secarse los ojos y sentarse sobre un cubo puesto boca abajo en un rincón.

Estaba muy intrigada y lamentaba profundamente lo que había dicho de Julián. También estaba avergonzada de sí misma y horrorizada ante la pérdida de la dignidad de monitora. Jamás podría volver a enfrentarse con los demás. Y, sin embargo, sabía que tendría que hacerlo.

«¿Qué me pasa? —se preguntó en voz alta—. Había decidido ser buena y justa, ayudar a todo el mundo, y acabo de hacer todo lo contrario. He perdido la calma, he dicho cosas terribles y todos me odian. Especialmente Julian. No entiendo lo de Julian. Yo misma vi mi chelín marcado en sus manos. Y vi caer uno de mis caramelos de su bolsillo. Por eso pensé que estaba robando las galletas. Pero no era así. ¿Pero robó todo lo demás?»



Alguien la estaba llamando en voz alta.

—¡Elizabeth! ¿Dónde estás?

Los mensajeros la habían hallado por fin y la informaron de que Rita y William la estaban buscando. No la habían encontrado en el colegio, por lo que Nora había salido con una linterna en su busca.

Al principio Elizabeth creyó preferible no contestar. Le resultaba imposible enfrentarse a todos los demás.

Pero por fin se envalentonó y se puso en pie.

«No soy cobarde —se dijo—. Rita y William me han castigado por algo que no he hecho, puesto que yo no gasté ninguna broma en clase, aunque lo otro sí fue culpa mía: acusé injustamente a Julian, aunque cuando lo hice creí que estaba en lo cierto. Por tanto, es mejor que vaya a ver qué quieren».

—Elizabeth, ¿estás ahí?

—Sí —repuso la niña—. Ya voy.

Salió del establo, secándose los ojos. Nora dirigió el haz de la linterna hacia ella.

—Te he estado buscando por todas partes, idiota —la increpó—. Rita y William te llaman. Deprisa.

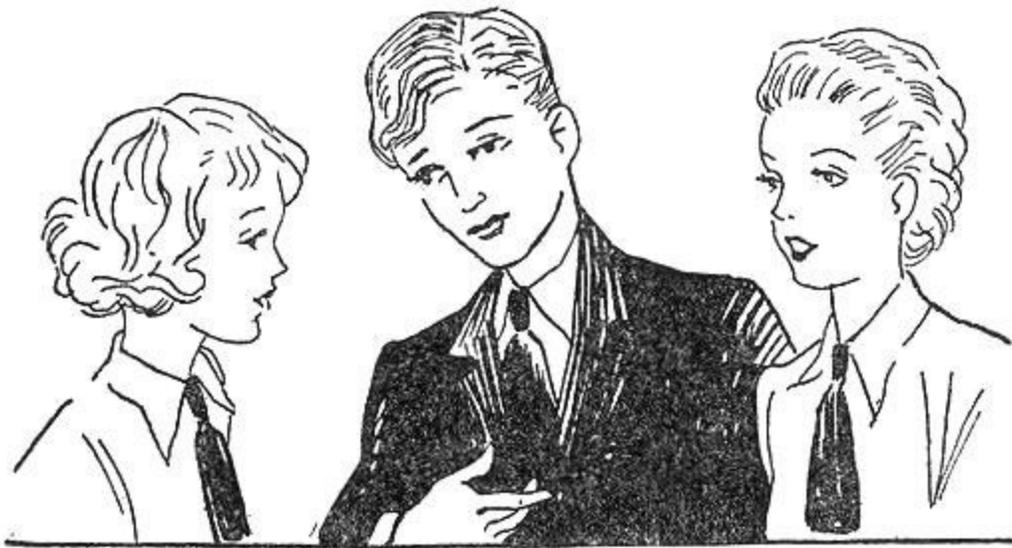
—Está bien —contestó Elizabeth, sintiendo que se le oprimía el corazón. ¿Iban a amonestarla otra vez? ¿No era suficiente que la hubiesen reñido en público, para que continuaran en privado?

Se pasó el pañuelo por la cara y corrió hacia el colegio. Luego se dirigió al despacho de William. Llamó a la puerta.

—Adelante —invitó la voz del juez.

Elizabeth entró y halló a ambos jueces sentados en sendos sillones.

Los dos levantaron la cabeza, su semblante era grave.



—Siéntate —la invitó Rita con amabilidad.

Estaba apenada por aquella niña tan tozuda que siempre se metía en líos. Elizabeth agradeció de corazón la cortesía de Rita y se sentó.

—Rita, lamento terriblemente haberme equivocado con Julian. Creí que estaba en lo cierto. Lo digo de veras.

—Por eso hemos querido hablar contigo —repuso Rita—. No podíamos permitir que siguieras acusando a Julian en público si estabas equivocada también en lo demás. Pero ahora tienes que contarnos todo lo ocurrido y lo que tanto te ha hecho dudar de Julian.

Elizabeth lo explicó todo: las pérdidas de dinero de Rosemary y Arabella, de qué modo había desaparecido su propio chelín señalado y había aparecido en manos de Julian cuando hizo girar las monedas; y cómo le había caído uno de sus caramelos del bolsillo.

—¿Estás completamente segura de todo esto? —preguntó William preocupado.

Estaba convencido de que en el primer grado había un ladrón, un pequeño ratero, pero no estaba tan seguro como Elizabeth de que se tratara de Julian. Tanto él como Rita pensaban que a pesar de sus modales y de su indolencia, Julian no era ningún ladronzuelo.

—Por esto, William y Rita —terminó Elizabeth—, debido a todas esas circunstancias, me imaginé que Julian estaba robando las galletas cuando le sorprendí abriendo la taquilla anoche. Sí, me equivoqué completamente, pero fue debido a todo lo demás.

—Elizabeth, ¿por qué pensaste que podrías solucionarlo tú sola cuando el dinero empezó a desaparecer? —preguntó Rita—. No era asunto tuyo. No debiste tender ninguna trampa. Debiste venir directamente a nosotros y dejar que nos ocupásemos de ello. Tú como monitora, tenías la obligación de informarnos de todo y dejarlo en nuestras manos.

—Oh —exclamó Elizabeth muy sorprendida—, pensé que siendo monitora debía solucionarlo, y que sería estupendo arreglarlo todo sin tener que llevar el asunto ante la Junta.

—Elizabeth, debes empezar a comprender la diferencia entre las menudencias y las cosas de importancia —repuso Rita—. Los monitores pueden ocuparse de cosas tales como que nadie encienda la luz después de ser apagada, aconsejar en las riñas sin importancia y cosas por el estilo. Pero cuando se trata de un asunto de importancia, hay que dirigirse a nosotros. Fíjate en el lío que has armado al querer arreglarlo todo tú sola. Has presentado una queja horrible contra Julian, has hecho que Arabella revelase su secreto y has perdido la dignidad de monitora.

—Era para mí un honor tan grande serlo —suspiró Elizabeth, secándose dos lágrimas de sus mejillas.

—Sí, demasiado honor para ti —concedió Rita—. Tanto, que creíste que podías solucionar un asunto que hasta las señoritas Belle y Best encontrarían difícil de resolver. Bien, tienes aún mucho que aprender, Elizabeth, pero siempre sigues el camino más difícil, ¿verdad?

—Sí, es cierto —reconoció Elizabeth—. No medito bastante. Me precipito, pierdo la calma... mis amigos... ¡y todo!

Volvió a suspirar profundamente.

—Bien —la tranquilizó William—, posees una virtud, y es que tienes el coraje de reconocer tus propias faltas, lo cual es el primer paso para corregirlas. No te preocupes. Pronto recuperarás lo perdido si eres sensata.

—Creo que lo mejor será llamar a Julian y explicarle todo lo que nos ha contado Elizabeth —propuso Rita—. Tal vez podrá arrojar alguna luz en lo del chelín marcado y lo del caramelo. Casi

aseguraría que él no robó nada.

—Oh, dejadme marchar antes de que venga —suplicó la pobre Elizabeth, puesto que la última persona que deseaba ver era Julian. Le pareció ver ya sus ojos verdes mirándola con desprecio. No, no podría soportarlo.

—No, debes quedarte y escuchar lo que él diga —se opuso Rita con firmeza—. Si Julian no cogió esas cosas, hay algo muy raro en este asunto. Y debemos descubrir qué es.

Elizabeth, por tanto, tuvo que permanecer sentada en el despacho de William, esperando la llegada de Julian. ¡Oh, qué día más terrible era aquél!

¡Arriba el corazón!

Julian llegó al momento. Se sorprendió un poco de encontrar a Elizabeth en el despacho. Le dedicó una mirada y luego se volvió cortésmente hacia Rita y William.

—Julian, Elizabeth ha contado muchas cosas raras —empezó el juez—, pero estamos seguros de que existe una explicación para todas. Escúchame mientras te las repito, estoy seguro de que podrás darnos una explicación.

Julian escuchó todo lo que antes había contado Elizabeth y pareció sorprendido e intrigado.

—Ahora comprendo por qué Elizabeth me tomó por un ladrón —exclamó al fin—. Confieso que me parecía muy raro. ¿Tenía yo verdaderamente el chelín marcado por Elizabeth? ¿Y fue un caramelo suyo el que cayó de mi bolsillo? Sí, oí caer algo, pero como yo no tenía ningún caramelo, no me agaché a cogerlo. Lo vi en el suelo, pero no pensé que me hubiese caído del bolsillo. Y con toda seguridad, jamás lo metí dentro.

—Entonces, ¿cómo estaba allí? —preguntó Rita, asombrada.

—Creo que todavía tengo el chelín —dijo Julian. Metió la mano en un bolsillo y sacó una moneda reluciente. La estudió atentamente. En efecto, tenía una crucecita de tinta china. Alzó la cabeza—. Sí, es el mismo chelín.

—Y ahí está la señal —indicó Elizabeth. Julian volvió a contemplarla pensativamente.

—Bien, ahora que lo pienso, estoy seguro de que aquella semana no me entregaron de la hucha un chelín tan brillante o lo habría notado. Y juraría que recibí los dos chelines. Por tanto, alguien me metió este chelín nuevo en el bolsillo y me sacó el viejo. ¿Por qué?

—Y alguien debió de meterte también en el bolsillo uno de los caramelos de Elizabeth —indicó William—. ¿Hay algún chico o chica que te odie tanto, Julian?



El niño reflexionó arduamente.

—Pues no, excepto, claro está, Elizabeth.

Al oír esto, la niña creyó morir de pesar. Todo su odio hacia Julian se había desvanecido ahora que estaba segura, al igual que Rita y William, de que el niño no había tomado parte en ninguna ratería, sino que había sido víctima de un tercero.

—Sí, Elizabeth me odia —continuó Julian—, ¡pero esto seguro de que jamás haría nada semejante!

—Oh, Julian, claro que no —casi sollozó la pobre Elizabeth—. Julian, yo no te odio. Y siento muchísimo todo lo ocurrido. Estoy tan avergonzada de mí misma. Siempre hago cosa impulsivamente. Sé que jamás me perdonarás.

Julian la contempló gravemente con sus pupilas verdes.

—Te he perdonado ya —afirmó de pronto—. No soy rencoroso. Pero ya no te aprecio como antes ni podremos ser tan buenos amigos, Elizabeth. Aunque hay algo que debo confesarte.

Se volvió hacia Rita y William.

—Bien, en la Junta se dijo que a Elizabeth la habían echado de clase dos veces por gastar bromas tontas. Pues no fue culpa suya —miró a Elizabeth—. Yo utilicé con ella unos trucos de mi invención. Primero coloqué bajo su montón de libros un muelle para que cayesen al suelo en un momento dado. Y luego pegué unas bolitas en el techo, de forma que le cayesen unas gotitas en la cabeza cuando ciertos productos químicos se licuasen. Y también le puse polvos para estornudar entre las páginas de su gramática francesa.

William y Rita lo escuchaban todo con la mayor extrañeza. Casi no sabían de qué hablaba

Julian. Pero Elizabeth sí lo sabía. Y contemplaba a Julian como aturdida.

¡Muelles bajo los libros! ¡Bolitas en el techo que se licuaban! ¡Polvos para estornudar en la libreta! La niña apenas daba crédito a lo que oía. Miraba a Julian, estupefacta, olvidando sus lágrimas.

Y de repente se echó a reír. No pudo contenerse. Se acordaba de los libros saltando por los aires, de las gotas de agua que le caían en la cabeza y del ataque de estornudos. Ahora todo le parecía muy divertido, aunque le hubiese hecho merecedora de tantos castigos y repulsas.

¡Cómo se reía! Echó atrás la cabeza y estalló en una carcajada. William, Rita y Julian se quedaron estupefactos. Miraron fijamente a la muchacha y acabaron por soltar también la gran carcajada. Elizabeth poseía una risa contagiosa que siempre hacía reír a todo el mundo.

Al final, Elizabeth se enjugó los ojos y se serenó.

—Oh, querido Julian. No sé por qué me río de este modo cuando soy tan desgraciada. Pero no he podido contenerme. Todo resulta tan gracioso considerándolo bien y recordando lo sucedido. ¡Y lo intrigada que estaba!

De pronto, Julian cogió una mano de Elizabeth.

—Eres buena encajadora. Ni por un momento pensé que te echarías a reír cuando te contase lo que había hecho. Creí que te pondrías a llorar, a gritarme o a pegarme, pero nunca que reirías. Sí, eres muy deportiva, Elizabeth, y de nuevo te aprecio.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth, entusiasmada—. ¡Oh, Julian, qué bueno eres! ¡Qué agradable es saber que vuelves a apreciarme sólo porque me he reído!

—No es tan gracioso —intervino William—. La gente que sabe reírse de esta manera de las bromas que le gastan en su perjuicio son, como bien ha dicho Julian, muy deportivas y buenas. Sí, Elizabeth, vive deportivamente. Esta carcajada tuya ha despejado el ambiente, y ahora podremos entendernos unos a otros mucho mejor.

Julian acarició una mano de Elizabeth.

—No me importan las cosas que dijiste de mí, ni a ti deben importarte las cosas tontas que te hice. Por tanto, estamos en paz y podemos empezar de nuevo. ¿Quieres ser amiga mía?

—¡Oh, sí, Julian! —gritó Elizabeth feliz—. Sí, con toda el alma. Y no me importará que hagas caer granizo o nieve sobre mi cabeza o que vuelvas a poner polvos de estornudar en mis libros. ¡Oh, me siento tan feliz!

William y Rita se contemplaron mutuamente y sonrieron, Elizabeth parecía meterse y salir de los líos con la misma facilidad con que un pato mojado entra y sale del agua. Podía ser algo simple, impetuosa, cometer muchas equivocaciones, pero poseía un gran corazón.

—Bien, ya hemos aclarado un sinfín de cosas —afirmó el juez—, pero todavía ignoramos quién ha sido el verdadero ladrón, ya que puede volver a robar cosas de un momento a otro. Esperemos descubrirlo pronto, antes de que ocurra algo más. A propósito Elizabeth, si tu primera acusación contra Julian la hiciste en privado, ¿cómo es que todos tus compañeros de clase estaban al corriente? No creo que tú lo fueses contando por ahí.

—Yo no dije una palabra —aseguró Elizabeth al momento—. Afirmé que no lo diría y no lo dije.

—Ni yo tampoco —añadió formalmente Julian—. Pero toda la clase se enteró y me lo contaron.

—Sólo lo sabía un chico —recordó Elizabeth que parecía turbada—. Martin Follett. Estaba en un establo, Julian, mientras nosotros hablábamos fuera. Y salió cuando tú te marchaste, ofreciéndome un chelín a cambio del que me había desaparecido. Pensé que era muy amable por su parte. También me prometió no contarle a nadie lo que había oído.

—Pues ese bribón fue quien esparció la noticia —razonó Julian, a quien por algún motivo no le gustaba tanto Martin como a los demás—. Bueno, ya no importa. Gracias, William y Rita, por haber dejado que todo se pusiese en claro.

Les dirigió una de sus habituales sonrisas y le chispearon los ojos de duendecillo. Elizabeth le miró con afecto. ¿Cómo podía habersele ocurrido que Julian fuese un ladrón? ¡Qué tonta había sido! Jamás le concedía a nadie una oportunidad.

«Siempre dice que hace lo que quiere, que no trabaja si no le apetece y que no le importa meterse en líos, y gasta muchas bromas, pero estoy segura de que tiene muy buen corazón», reflexionó Elizabeth.

Julian le sonrió, pensando por su parte:

«Se enfurece enseguida y dice cosas muy tontas, se crea enemistades a diestro y siniestro, pero estoy seguro de que posee un gran corazón».

—Bien, buenas noches, niños —les despidió William, pal meándolos amistosamente—. Elizabeth, siento que no seas monitora, pero creo que deberás tener un poco más de sentido común antes de que los niños vuelvan a confiar en ti. Cuando se te mete una idea entre ceja y ceja...

—Sí, lo sé —aceptó Elizabeth—. Esta vez he fallado, pero en otra no fallaré, ya lo veréis.

Ambos salieron, y William y Rita se miraron mutuamente.

—Estos chicos son de buena madera, ¿eh? —reflexionó William en voz alta—. Bien, tomemos un refresco, Rita. Diantre, ya es tarde. Me pregunto quién será el raterillo. Debe de ser alguien del primer curso, claro. No sólo es un hábil ladrón, sino un hipócrita de tomo y lomo al consentir que sea acusado otro en su lugar, llegando al colmo de la desvergüenza al meter el chelín nuevo en el bolsillo del pobre Julian.

—Sí, tiene que ser alguien con muy mal corazón —corroboró Rita—. Alguien con el que nos será muy difícil tratar, Puede ser un chico o una chica.

Julian y Elizabeth avanzaban por el corredor que conducía a la sala común. Era casi la hora de acostarse. Sólo quedaba un cuarto de hora.

—Iré a la sala común contigo —dijo Julian, y la niña le acarició el brazo en señal de agradecimiento.

El chiquillo presentía que a ella no le gustaba comparecer sola ante sus compañeros de curso. Le resultaría muy penoso enfrentarse con todos, ahora que ya no era monitora.

—Gracias, Julian —le dijo mientras abría la puerta.

Julian es muy gracioso

Los del primer grado habían hablado de Elizabeth durante un buen rato, preguntándose dónde estaría y afirmando que merecía ser castigada. Todos estaban de parte de Julian, de esto no había ninguna duda.

—Le diré a Julian lo que pienso de Elizabeth —exclamó Arabella—. Esa chica jamás me ha gustado, ni siquiera cuando pasé en su casa parte de las vacaciones.

—A mí me parece una lástima que Elizabeth acusase a Julian sin estar segura —opinó Jenny.

—Supongo que se enfadó porque no la invité a mi fiesta —agregó Arabella despiadada—. Y trató de vengarse en Julian.

—No. Elizabeth no es así —la defendió Robert—. Podrá hacer tonterías, pero no es vengativa.

—Bueno, pues yo no pienso dirigirle la palabra —proclamó Martin—. Creo que se ha portado muy mal con Julian.

—Chitón, ya está aquí —avisó Belinda de repente.

Se abrió la puerta y entró Elizabeth. Esperaba miradas desdeñosas y sonrisitas de desprecio y las obtuvo. Algunos incluso le volvieron la espalda.

—Detrás suyo apareció Julian. Al momento comprendió que sus compañeros de grado pensaban mostrarse duros con su amiga.

—Julian —exclamó Arabella, mirándole fijamente—, todos lamentamos mucho lo que te ha pasado esta tarde en la Junta. Fue terrible.

—Y debes estar muy enfadado, claro —añadió Martin—. Yo lo estaría en tu lugar.

—Lo estuve —asintió Julian con su voz profunda y sonora—, pero ya no lo estoy. Vamos, Elizabeth, todavía quedan diez minutos para acostarnos. Voy a jugar contigo una partida de doble paciencia. ¿Dónde están las cartas?

—En mi taquilla —sonrió Elizabeth.

Había sido terrible tener que entrar en la sala y enfrentarse con todos, pero qué agradable era sentirse apoyada por Julian, de nuevo su amigo. Buscó las cartas en la taquilla.

Todos los presentes los contemplaron con el mayor asombro. ¿Se habría vuelto loco Julian? ¿Cómo podía ser amigo de la persona, la única persona que le había acusado tan traicioneramente? Era impensable. No podía ser cierto.

Pero lo era. Julian barajó los naipes y él y Elizabeth no tardaron en enfrascarse en el juego. Los demás estaban tan asombrados que los contemplaban en silencio sin saber qué decir.

Arabella era la más estupefacta, pero fue ella la que primero recuperó el habla.

—Vaya, ¿qué te ha pasado, Julian? ¿No sabes que Elizabeth es tu peor enemiga?

—Estás equivocada, Arabella —replicó Julian con voz amistosa—.

Elizabeth es mi mejor amiga. Todo fue una equivocación.

Hubo algo en el tono de Julian que impidió que los demás dijeran nada. Se concentraron en sus juegos, dejando solos a la pareja.

—Gracias, Julian —le susurró Elizabeth.

Los verdes ojos la contemplaron alegremente.

—Todo va bien. Cuenta conmigo si te pasa algo, mi «Peor enemiga».

—Oh, Julian —rió y lloró a la vez la niña.

En aquel momento sonó el timbre y todos dejaron los juegos y los libros y fueron a acostarse.

Las cosas no fueron fáciles para Elizabeth durante los siguientes días. Los demás niños no la perdonaban ni olvidaban con la misma facilidad que Julian, y la trataban con frialdad manifiesta. Sólo unos pocos se mostraron amables con ella: Kathleen, Robert y Harry. Pero casi todos le volvían la espalda y parecían regocijarse de que ya no fuese monitora.

Joan, del segundo curso, que había sido la amiga de Elizabeth en primero, fue a su encuentro. Cogió a la niña de una mano.

—No sé quién tiene y quién no tiene razón —dijo—, pero sé una cosa, Elizabeth: que no habrías acusado a nadie de no estar muy segura de las cosas. Todo se arreglará y volverás a ser monitora, ya lo verás.

«Ahora sé qué se siente cuando los demás te manifiestan su amistad si estás en un apuro —pensó—. Cuando las cosas vayan mal, me acordaré de estas palabras amables y haré lo mismo con todo aquel que se meta en un lío».



Elizabeth estaba muy seria aquellos días. Trabajaba mucho, estudiaba de firme y apenas reía. Julian se mofaba de ella.

—Estás más sosegada —le dijo un día Rosemary—. Vamos, ríete un poco, Elizabeth. No quiero tener una amiga tan triste.

Pero Elizabeth había sufrido un duro golpe y aún no se había repuesto. Julian se preguntó qué podría hacer para alegrarla y comenzó a planear algunas bromas.

Les contó a los chicos lo que iba a hacer.

—Oíd, cuando el señor Leslie, el profesor de ciencias, nos lleve al laboratorio, haré alguna de mis imitaciones. Pero ninguno tiene que mostrar que la oye, ¿entendido? Fingid que no oís nada y nos divertiremos un poco.

En aquel curso la física y la química resultaban asignaturas muy aburridas. Y el señor Leslie era un profesor muy severo y estricto, amén de aburrido. A los niños no les gustaba, por lo que recibieron alborozados la idea de Julian y aquella mañana se precipitaron alborotados al laboratorio.

—¿Qué ruidos harás? —le preguntó Belinda a Julian.

—Esperad y veréis —sonrió el aludido—. Nos divertiremos un poco y el señor Leslie tendrá varias sorpresas.

Y ciertamente las tuvo. Entró envarado en el laboratorio, saludó a los niños y les ordenó sentarse.

—Esta mañana sacaremos almidón de las patatas. Aquí tengo...

Continuó con su disertación mientras mostraba algunos pedazos de patata. Las cabezas de los alumnos no tardaron en inclinarse para ver mejor el experimento.

Poco a poco distinguieron un ruido muy curioso. Como un silbido muy estridente, tanto que podía ser el chillido de un murciélago o de un arco pasando por una cuerda de violín muy tensa.

—Iiiiiiii —hacía el ruido—. Iiiiiiii...

Todos los niños y niñas miraron a hurtadillas a Julian. Éste estaba inclinado como los demás y no se notaba el menor movimiento en su boca, en sus labios o en su garganta. Sin embargo, todos sabían que era él quien emitía aquel extraño zumbido.

El señor Leslie levantó la cabeza, asombrado.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó con severidad.

—¿Ruido? —replicó Jenny con aspecto inocente—. ¿Qué ruido, señor Leslie?

—Ese zumbido insoportable —se impacientó el profesor de ciencias.

Jenny ladeó la cabeza como un pajarito, fingiendo prestar atención. Los demás la imitaron. En aquel momento, fuera se oyó el ronquido de unos motores de aviación y, casi al instante, apareció el aparato al otro lado de la ventana, muy alto en el cielo.

—Oh, era el sonido del avión, señor Leslie —exclamó Jenny y todos rieron.

El señor Leslie frunció el ceño.

—No seas absurda, Jenny. Los aviones no zumban de esa manera. ¡Ya está aquí otra vez! «Iiiiiiii...».

Todos lo oían pero fingían lo contrario. Inclinaron las cabezas sobre el experimento para no soltar la carcajada.

Julian cambió de ruido. De repente, en el laboratorio se oyó una especie de gruñido.

El señor Leslie dio un brinco.

—¿Hay algún perro por aquí?

—¿Un perro, señor Leslie? —preguntó Belinda, mirando a su alrededor—. No veo ninguno.

Elizabeth estalló en una risotada cuando intentaba volverse para toser. El gruñido continuaba, a veces muy bajo, otras muy alto. El señor Leslie no entendía en absoluto qué pasaba.

—¿Pero no oís? Como un aullido o el gruñido de un cerdo.

—Hace poco dijo que era un zumbido, señor —repuso Harry con formalidad—. ¿Ahora es un gruñido?

Elizabeth volvió a estallar y Jenny se llevó su pañuelo a la boca.

—No hay nada gracioso en esto —refunfuñó el científico de las patatas—. Dios mío, ¿qué es eso ahora?

Julian había cambiado de ruido y ahora sonaba una serie de bum-bum-bum ahogados. ¡No parecían surgir de ningún sitio en particular y, menos aún, de la garganta de Julian!

El señor Leslie se asustó. Miró a todos los niños. Ninguno parecía oír aquel «bum-bum-bum». ¡Qué raro! Debían da zumbarle los oídos... Se los tapó con las manos. Tal vez no le funcionasen bien. A veces, las personas oyen ruidos extraños.

¡Bum-bum-bum!, continuaba el ruido.

—¿No oís un «bum-bum»? —volvió a la carga el señor Leslie, soltando un pedazo de patata.



Harry volvió a fingir que escuchaba. Primero se llevó una mano a una oreja. Luego la otra. Después, ambas a la vez.

Y Elizabeth soltó el trapo. No podía aguantarse. Jenny también rió. El señor Leslie las miró y se dirigió de nuevo a Harry.

—Bien, si tú no lo oyes, algo les pasa a mis orejas —suspiró—. Sigamos con el experimento. Deja de reírte, Jenny.

El ruido siguiente fue una puerta que crujía. Eso fue ya demasiado para el pobre científico. Murmurando que no se encontraba bien, huyó del laboratorio, no sin decirles antes a los chiquillos que siguiesen trabajando hasta su regreso.

¿Seguir trabajando? ¡Imposible! De un extremo de la sala a otro sólo se oían carcajadas, suspiros y risas ahogadas. Por las mejillas de Jenny resbalaban gruesos lagrimones. Harry se tiró al suelo, llevándose una mano al costado. Elizabeth reía a más y mejor con su risa contagiosa. Julian estaba en medio de lodos, sonriendo.

—¡Oh, qué bien lo has hecho! —le agradeció Elizabeth, secándose las lágrimas—. No me había reído tanto en toda mi vida. ¡Oh, Julian, eres maravilloso! Tienes que volver a hacerlo.

—¿Y qué dirá el patatero?

—¡Oh, ha sido tan maravilloso! El señor Leslie que diga lo que quiera.

A todos les sentó bien. Aquellas carcajadas despejaron la atmósfera, librándola de rencores, desdenes y enemistades. Todos volvían a reír juntos y a ser amigos. Era estupendo poder reír juntos y jugar de nuevo. ¡El primer curso volvía a formar como un grupo compacto!

Julian recibe malas noticias

A Julian, su éxito en la clase del señor Leslie casi se le subió a la cabeza. En la clase de Mademoiselle probó otros ruidos, así como en la clase de arte. En la primera probó unos mugidos, sin saber que a la buena señora le aterraban los toros.

La pobre Mademoiselle creyó honradamente que una vaca o un toro estaba paseándose por los pasillos del colegio y empezó a temblar de horror.

—¡Una vaca! ¡Es una vaca la que muge de esta manera!

¡Muuu!, hacía la vaca, y Mademoiselle se estremecía. No podía soportar las vacas ni estar en un campo en el que hubiese una.

—Yo iré a espantar a la vaca, Mademoiselle —se ofreció Jenny alegremente.

Corrió a la puerta y empezó a hacer grandes ademanes como si espantase a un animal, lo que provocó grandes carcajadas entre sus compañeros.

Luego Mademoiselle llegó a la conclusión de que no era fácil que una vaca se paseara tan descaradamente por los pasillos del colegio y miró suspicazmente a Julian. ¿Era posible que aquel chiquillo estuviese haciendo una de sus famosas imitaciones?

El primer curso gozaba de un jolgorio continuo con las imitaciones y los trucos de Julian. Parecían no tener fin. Su brillante cerebro inventaba cosas nuevas sin cesar, y era tan hábil que ningún profesor ni profesora adivinaba quién hacía los ruidos hasta que era tarde.

Julian volvió a emplear los polvos de los estornudos, esta vez con el señor Lewis, el profesor de música, cuando daba una lección de canto. Reunió a dos o tres cursos para la lección. La sala pronto se convirtió en un terremoto por las carcajadas, cuando el pobre señor Lewis empezó a estornudar continuamente, tratando en vano de contenerse. Julian se convirtió casi en un héroe del colegio por sus bromas y sus trucos.



Pero no era ningún héroe para los profesores. Todos hablaban de él a menudo, unas veces enfadados, otras con tristeza.

—Es el chico más listo que hemos tenido en Whyteleafe —le alabó la señorita Ranger—. Sí, el más listo. Si al menos se aplicase en el estudio, ganaría fácilmente una beca. Tiene una inteligencia maravillosa si quisiera utilizarla debidamente.

—Sólo piensa en sus bromas —afirmó el señor Leslie.

Estaba convencido de que los ruidos que había escuchado durante la lección del laboratorio fueron obra de Julian y, cuando pensaba en ello, se enfurecía. Sin embargo, aquel chico, como para hacerse perdonar por aquel truco, escribió un brillante ensayo para el científico, un ensayo que el propio profesor se habría enorgullecido de redactar. Era un muchacho raro, no había duda.

En la asamblea que siguió a aquella en que Elizabeth perdió su dignidad de monitora, la niña no se colocó ya en el estrado con el jurado, sino junto con los demás. Luego se levantó para pronunciar un pequeño discurso:

—Sólo deseo aclarar que ahora sé que estaba equivocada respecto a Julian —expresó humildemente—. Así se lo dije a él, que se ha portado muy amablemente conmigo, y volvemos a ser amigos, cosa que demuestra lo amable que es. Siento también haber sido tan mala monitora. Si alguna vez vuelvo a serlo, prometo hacerlo mejor.

—Gracias, Elizabeth —dijo William cuando la niña se sentó—. Nos alegramos mucho de que Julian haya quedado libre de la acusación que pesaba sobre él, así como de sabor que ha sido lo suficientemente magnánimo para perdonarle y volver a ser amigo tuyo.

Hubo una pausa. Julian sonrió a Elizabeth y ella le correspondió. Era agradable volver a ser amiga de Julian.

Fue entonces cuando tomó la palabra William, con una nota de gravedad en la voz.

—Pero debo decir algo más a Julian. Algo no tan agradable. Julian, todos los profesores y profesoras están disgustados contigo. No tanto porque gastes bromas en clase, hagas imitaciones e ideas trucos, sino porque teniendo tu inteligencia no la empleas en estudiar y hacerte hombre. Según la opinión general, posees un cerebro poco corriente, con inventiva y originalidad, un cerebro que podría hacer mucho bien al mundo en el futuro, pero sólo lo empleas en tonterías y

nimiedades, nunca en aplicarte al trabajo.

Calló.

Julian se ruborizó y hundió más sus manos en los bolsillos. Esto no le gustaba.

—Está muy bien que hagas reír a los de tu clase y que seas un héroe por tus bromas —continuó William—, pero sería mucho mejor que estudiases mucho y que más tarde fueses un famoso del mundo de la ciencia o del mundo de los inventos.

—Oh, no me importa ser famoso o no cuando sea mayor —replicó Julian con rudeza. Siempre se mostraba rudo cuando estaba azorado—. Sólo quiero divertirme, hacer lo que me apetezca y dejar que lo hagan los demás. Estudiar mucho es una tontería y...

—Ponte de pie cuando hables y quítate las manos de los bolsillos —le ordenó William.

Julian frunció el entrecejo, pero obedeció.

—Lo siento, William —se corrigió, con los ojos furiosos—. No tengo nada más que decir, sólo que se trata de mi cerebro y que yo elegiré de qué modo debo usarlo. Gracias. Todos estos consejos no me emocionan en absoluto.

—Ya lo veo, y es una lástima —gruñó William—. Por lo visto, sólo te interesas por ti mismo y por tus deseos. Un día aprenderás la lección, aunque no sé de qué modo. Temo que sea de una forma que te hiera profundamente.

Julian se sentó muy enfadado aún. ¡Utilizar el cerebro en el estudio cuando podía divertirse y gandulear, gastando bromas y planeando trucos para hacerles reír a todos! No, gracias. Ya utilizaría su cerebro cuando tuviese que ganarse la vida.

Elizabeth no comentó con él las palabras de William. Era algo por el estilo de lo que ella le había dicho ya cuando era monitora. No eran vanos consejos. Era sentido común. Julian no era torpe para el estudio. Podía ganar becas y hacer toda clase de cosas cuando fuese mayor. Era extraño que no le gustase.

El único efecto que las palabras de William surtieron en Julian fue hacerle descender más en la clase. Ya era casi de los últimos, pero a la semana siguiente las notas fueron tan bajas que el mismo Julian se sorprendió cuando las vio. Luego sonrió animosamente. ¡No le importaba ser el último!

La semana continuó y pronto llegó la mitad de trimestre. Los niños comenzaron a hablar de que sus padres irían a verles.

Elizabeth habló de ello con Julian.

—¿Vendrán tus padres?

—Eso creo. Me gustaría ver a mi madre. Es muy guapa. Sí, y muy cariñosa y alegre.

Los ojos de Julian chispeaban cuando se refería a su madre. Estaba claro que la amaba por encima de todo. También quería a su padre, pero era su guapa y alegre madre la que había conquistado su corazón.

—Es por culpa de mamá por lo que llevo el pelo tan largo —rió—. Le gusta que lo lleve así, con este molesto mechón siempre cayéndome sobre la frente. Lo llevo así para complacerla. Y le gustan mis trucos, mis ruidos y mis imitaciones.

—¿Pero no se sentirá defraudada cuando vea que eres el último de la clase? —le preguntó

Elizabeth con curiosidad—. Mi madre se avergonzaría de mí.

—Oh, la mía prefiere que me divierta —replicó Julián—. No se preocupa por mis calificaciones en clase ni por si apruebo en los exámenes o no.

Elizabeth juzgó que la madre de Julian debía de ser un poco rara. Pero Julian también lo era, muy simpático y alegre, pero raro.

Por fin llegó la mitad de trimestre y con él casi todos los padres, ávidos de ver a sus hijos. Vino la señora Allen y Elizabeth le dio un fuerte abrazo.

—Oh, estás muy bien, querida —dijo la señora Allen—. Bien, debemos pedirle a Arabella que venga con nosotros, porque nadie vendrá a verla.

—Oh —gimió Elizabeth—, ¿no hay más remedio, mamá?

La joven divisó a Julian y le llamó.

—Eh, Julian, te presento a mi mamá. ¿No ha llegado la tuya todavía?

—No —repuso el niño, un poco inquieto—. Aún no, y dijo que vendría temprano. Tal vez haya sufrido una avería en el coche.

Y en aquel momento sonó con estridencia el teléfono en el corredor. Contestó el señor Johns. Luego llamó a Julian y se lo llevó al cuarto contiguo. Elizabeth se preguntó qué habría pasado.

—Mamá, tengo que esperar a que vuelva Julian antes de salir contigo —le explicó.

No tuvo que aguardar mucho. Se abrió la puerta y apareció Julian. ¡Pero qué diferente!

Tenía el rostro pálido, casi blanco, y los ojos tan llenos de pesar que Elizabeth apenas pudo contemplarlos. Corrió hacia él:

—Julian, ¿qué te pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Vete, déjame... —contestó él, apartándola de su camino ciegamente, como si no reparase en ella. Luego salió al jardín. Elizabeth corrió hacia el señor Johns.

—¡Señor Johns! ¡Señor Johns! ¿Qué le pasa a Julian? ¡Dígamelo, por favor, por favor!

—Es su madre. Está muy enferma, realmente enferma. Su padre es médico y está con ella, y ha convocado a otros médicos. Está tan enferma que no es aconsejable que él la vea. Ha sido un golpe tremendo. Tal vez tú puedas ayudarle, Elizabeth. Tú eres su amiga, ¿verdad?

—Sí —asintió la niña, sintiendo su corazón inundado de dolor y anhelos de consolar a su amiguito. Estaba tan orgulloso de su madre, la amaba tanto... Para él, ella era la persona más maravillosa de la Tierra. ¡Oh, con toda seguridad que se repondría!

Luego corrió hacia su madre.

—Oye, mamá. Hoy no puedo salir. Lo siento, pero la madre de Julian está muy grave y yo soy su amiga, de modo que debo quedarme a su lado. Tú puedes salir con Arabella, ¿quieres? Creo que debo quedarme con Julian.



—Está bien —se conformó su madre, que fue en busca de Arabella.

Elizabeth corrió al encuentro de Julian. ¿Dónde se habría metido? Estaría como un animalito herido, buscando un agujero. ¡Pobre, pobrecito Julian! ¿Qué podría decirle para consolarle?

Julian hace una promesa solemne

Julian no estaba en ninguna parte. ¿Acaso se habría marchado? Elizabeth llamó a Harry.

—Harry, ¿has visto a Julian por algún sitio?

—Sí, le he visto cerca de la verja —contestó Harry—. ¿Qué le pasa?

Elizabeth no le contestó. Rápidamente corrió hacia la verja del colegio. Tal vez Julian habría decidido coger un tren e ir a ver a su madre. Salió corriendo del colegio y empezó a mirar por la carretera.

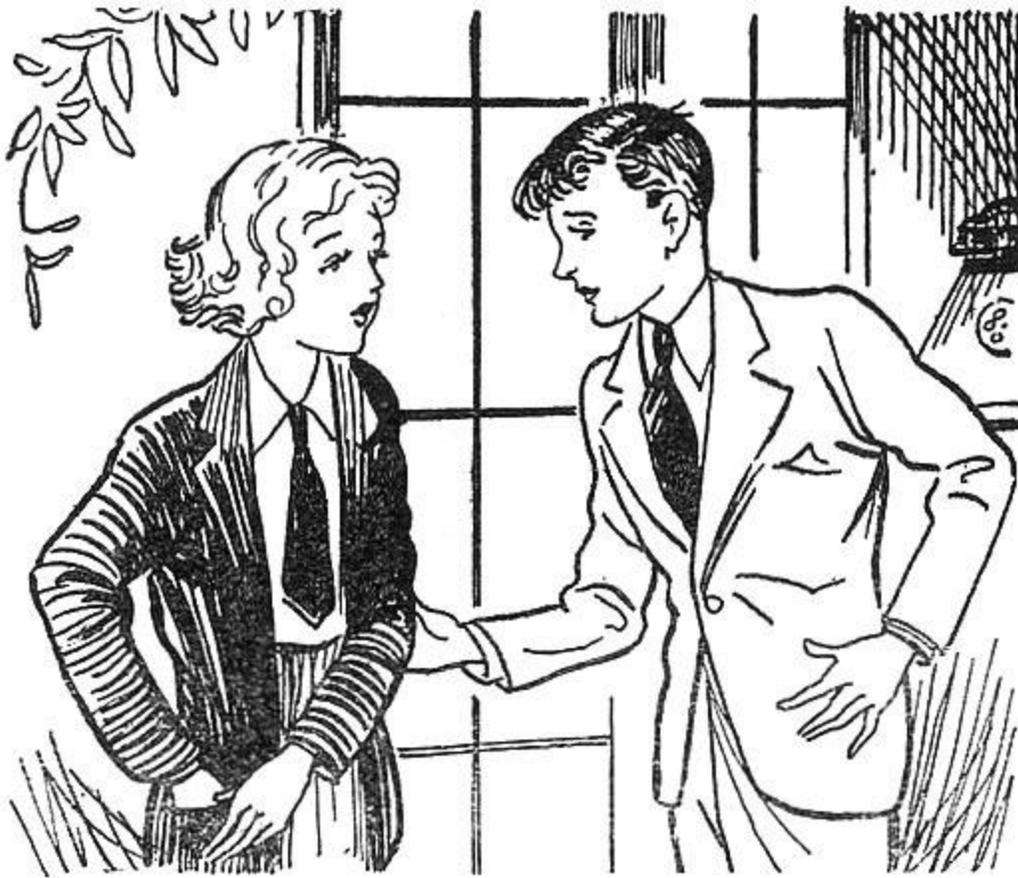
A cierta distancia, en lontananza, se veía un niño. Debía de ser Julian. Elizabeth echó a correr tras él, jadeando.

Tenía que alcanzarle, fuese como fuese. Julian se hallaba en un mal momento y ella debía ayudarle.

Siguió corriendo por el camino vecinal y dobló el recodo. No había nadie a la vista. ¡Cómo podía haberse alejado tanto el niño en tan breve tiempo! Elizabeth continuó su carrera, muy preocupada.

Llegó a la otra curva. No había nadie a la vista, ni tampoco en la carretera. ¿Adónde habría ido Julian? Retrocedió un poco, pensando que podía haberse internado en algún prado. Pasó por delante de una cabina telefónica sin mirar dentro y de repente se sobresaltó al escuchar el chasquido de la puerta y la voz de Julian, que la llamaba urgentemente.

—¡Elizabeth! ¡Eh, Elizabeth! ¿Tienes suelto?



Elizabeth dio media vuelta y vio a Julian en la cabina. Corrió hacia él, buscando en su bolsillo unas monedas.

—Sí, una moneda de seis peniques y otras monedas. ¿Qué vas a hacer?

—Telefonar a papá —contestó el niño—. El señor Johns me dijo que no debía llamarle, que papá no quiere que le molesten con llamadas, y creo que tiene razón, pero yo tengo que hacerle unas preguntas. Pero no he traído bastante dinero para telefonar.

Cogió el dinero que Elizabeth le ofrecía y volvió a encerrarse en la cabina. Elizabeth se quedó fuera. Esperó un largo rato.

Transcurrió un cuarto de hora antes de que Julian pudiera comunicarse con su padre, y el niño estaba desesperado por la demora. Continuamente se echaba hacia atrás el mechón de la frente, y parecía tan pálido y desolado que Elizabeth se sintió mil veces tentada de abrir la puerta y quedarse a su lado.

Por fin, consiguió hablar con su padre. Elizabeth le vio hacer diversas preguntas, al parecer muy acongojado aunque no podía oír nada. El niño estuvo conversando con su padre unos cinco minutos y luego dejó el receptor. Salió, todavía muy pálido.

—Creo que voy a marearme —tartamudeó, poniéndose verde. Luego, cogió una mano de Elizabeth y ambos atravesaron la puerta de la valla del prado. El chico se sentó, todavía con su tinte verdoso. Lentamente, fue recuperando un poco de color en las mejillas.

—Soy un idiota —le confesó a Elizabeth, sin mirarla—, pero no he podido impedirlo. Nadie sabe cuánto amo a mi madre, ni lo buena y maravillosa que es conmigo.

Elizabeth comprendió que su amigo estaba haciendo un gran esfuerzo para no llorar, y ella misma deseaba soltar las lágrimas. No sabía qué hacer ni qué decir. No parecía haber palabras que

pudiesen aliviar aquella situación. Se limitó, por tanto, a permanecer sentada al lado de Julian y acariciarle la mano.

Al fin, la niña habló en voz baja.

—¿Qué dijo tu padre?

—Dijo... que a mamá le queda una pequeña oportunidad —explicó Julian, mordiéndose los labios—. Pero muy pequeña. Oh, no puedo pensar en ello, Elizabeth.

—Julian, los médicos son muy hábiles hoy día —le consoló Elizabeth—. Se pondrá bien. Harán todo lo que sea para salvarla, ya lo verás.

—Papá me ha contado que están ensayando un fármaco nuevo, una nueva medicina —explicó Julian, arrancando la hierba que crecía a su lado—. Añadió que él y otros dos médicos han estado estudiándola desde hace varios años y que ya la están aplicando a los enfermos. Que es la última esperanza y que por eso aún existe una posibilidad de salvación.

—Julian, tu padre debe de ser muy listo —afirmó Elizabeth—. Oh, Julian, debe de ser maravilloso ser tan inteligente y descubrir cosas que pueden salvar la vida de los seres humanos. Imagínate si la medicina de tu padre salvase a tu madre. Oh, deberías imitarle, Julian. Tú también eres muy listo. Oh, Julian, tal vez algún día podrías salvar la vida de un ser amado gracias a un invento tuyo.

Julian escuchaba ahora con atención.

Elizabeth sólo había hablado para distraer a Julian, pero ante su enorme pesar vio cómo Julian se tumbaba sobre la hierba y empezaba a sollozar.

—¿Qué te ocurre? No, por favor, no llores —le suplicó la niña.

Pero Julian no le hizo caso. Poco después volvió a incorporarse, buscó un pañuelo que no tenía y acabó pasándose las manos por la cara. Elizabeth le ofreció el suyo. Él lo aceptó y se enjugó el semblante.

—Si el nuevo fármaco de papá salva la vida de mamá, será debido a sus largos años de estudio —suspiró Julian, como hablando consigo mismo—. Yo pensaba que era una majadería estudiar tanto, y que era mucho mejor divertirse y las vacaciones.

Volvió a frotarse los ojos. Elizabeth le escuchaba, sin atreverse a interrumpirle. Julian se hallaba terriblemente trastornado. Tal vez fuese éste el momento más importante, más trascendental de su existencia, el momento en que decidiría qué camino iba a tomar, si el camino fácil y divertido, o el camino difícil y duro que había emprendido su padre: el camino del trabajo y el estudio, del trabajo a veces sin recompensa, el trabajo en beneficio ajeno.



Julian continuó hablando, siempre pensando en voz alta.

—Sí, yo también tengo talento y lo estoy malgastando. Merezco todo lo que ocurre. Mi padre ha estado estudiando todos estos años y, tal vez gracias a eso, logre salvar a mi madre. Sería la mejor recompensa que podría tener. ¡Oh, si al menos pudiese tener a mamá a mi lado, de qué manera estudiaría! Es un castigo, William dijo que más pronto o más tarde recibiría una lección y que tal vez me dolería espantosamente.

Julian se echó el pelo hacia atrás y se mordió sus temblorosos labios.

—Tienes un talento maravilloso, Julian —le susurró Elizabeth en voz queda—. Yo he oído cómo los profesores y profesoras hablan de ti. Dicen que podrías hacer lo que quisieras en el mundo. Y por mi parte pienso que, con tu talento, podrías ser muy feliz y hacer dichosas a otras personas. Y esto no es palabrería, Julian, te lo digo muy de veras.

—Oh, ya lo sé —asintió Julian—. Son palabras sinceras y nobles. ¿Por qué no le demostré a mamá lo que era capaz de hacer cuando tuve la oportunidad? ¿Se habría sentido tan orgullosa de mí! Siempre decía que no le importaba lo que yo hiciera, pero se habría enorgullecido tanto de mí si realmente hubiese hecho algo. Ahora ya es demasiado tarde.

—No lo es, aún no lo es —objetó Elizabeth—. Sabes que tu madre aún puede salvarse. Tu padre te lo ha dicho. Además, pase lo que pase, Julian, tú puedes aplicarte, utilizar tu talento y hacer algo por el mundo. ¿Podrías ser lo que quisieras!

—Seré cirujano —decidió Julian, con sus verdes ojos encendidos—. Hallaré nuevas maneras de curar a los enfermos. Haré experimentos y descubriré cosas que devolverán la salud a millones de personas.

—¡Sí, Julian, sí! —le animó Elizabeth—. ¡Sé que lo harás!

—Pero mamá no lo verá —gimió Julian. De repente se levantó y fue hacia la valla del campo

— Oh, Elizabeth, ya sé por qué me ha ocurrido esto. Era la única cosa que podía hacer que me avergonzara de mí. Quisiera... quisiera...

Calló de pronto. Elizabeth sabía lo que quería: no haber tenido que recibir una lección tan cruel, pero las cosas son así. La niña se levantó a su vez y ambos atravesaron la valla.

De regreso al colegio, pasaron por delante de una iglesia. La puerta estaba abierta.

—Voy a entrar un momento —anunció Julian—. Debo hacer una promesa solemne y es mejor que la haga aquí. Es una promesa que durará toda mi vida. Quédate aquí, Elizabeth.

El niño penetró en la mal alumbrada iglesia. Elizabeth se acomodó en un banco que había fuera, contemplando los dientes de león impulsados por el viento.

«Yo también debería rezar —pensó—. ¡Si mejorase la madre de Julian! Pero no creo que eso ocurra, no sé el porqué. Pienso que el pobre Julian estudiará mucho y logrará buenas notas sin que su madre pueda enorgullecerse de él y amarle por su gran promesa».

Julian no tardó en salir con aspecto mucho más tranquilo. En sus ojos verdes resplandecía una expresión de firmeza, y Elizabeth comprendió que, ocurriese lo que ocurriese, jamás quebrantaría su promesa. La inteligencia de Julian no serviría ya sólo para divertir a los demás. Ahora, y durante toda su vida, haría lo mismo que su padre, dedicaría su inteligencia al bienestar ajeno. Y tal vez, como había dicho, se convertiría en un gran cirujano, en un médico maravilloso.

Volvieron al colegio en silencio. No había casi ningún chico ni chica, ya que todos habían salido con sus padres. Julian le devolvió el pañuelo a Elizabeth.

—Siento haberte estropeado la salida —sonrió tristemente Julian—, pero no sé qué hubiese hecho sin ti.

—Cojamos un poco de comida y vayámonos de excursión —propuso Elizabeth.

Julian sacudió negativamente la cabeza.

—No, debo quedarme aquí por si acaso hay noticias. Papá ha dicho que tal vez no las haya hoy, sino tal vez dentro de dos o tres días, pero podría haberlas y...

—Sí —comprendió Elizabeth—. Nos quedaremos aquí. ¿Sabes? Vamos al jardín y trabajaremos un poco. John no está, pero yo sé lo que tenemos que hacer y cómo. Hay que plantar unas lechugas y cavar un poco. ¿Crees que podrás ayudarme?

Julian asintió. Salieron juntos del colegio y pronto estuvieron trabajando al viento y al sol. ¡Qué grato era trabajar al aire libre! ¡Qué bueno era tener un amigo y estar a su lado en los momentos de angustia y turbación!

Martin le da una sorpresa a Elizabeth

Aquel día no hubo noticias para Julian, excepto un recado diciendo que su madre estaba igual, ni mejor ni peor. Los demás niños y niñas se sintieron conmovidos al enterarse de la desgracia del muchacho y todos hicieron cuanto pudieron para consolarle de diversas maneras.

De manera extraña, Martin dio la sensación de ser el más angustiado, lo cual era muy raro, pensó Elizabeth, porque Martin nunca le había gustado a Julian y no se había molestado en ocultarlo. Martin fue al encuentro de Elizabeth, al parecer muy turbado.

—¿Puedo hacer algo para ayudar a Julian? —le preguntó—. ¿No podría hacer nada?

—No creo —contestó la niña—. Eres muy amable al querer ayudarlo, Martin, pero ni siquiera yo puedo hacer gran cosa.

—¿Crees que mejorará su madre? —quiso saber Martin.

—No lo sé, aunque me temo que no —confesó Elizabeth abrumada—. Cuando llegue la noticia será un golpe muy cruel para él. Yo, en tu lugar, no le molestaría en absoluto, Martín.

El niño empezó a dar vueltas por allí jugueteando con los libros y los lápices, y Elizabeth acabó por ponerse nerviosa.

—¿Qué te sucede, Martin? —preguntó airadamente—. No haces más que molestar. Estás moviendo la mesa y no me dejas escribir.

Sólo había una niña en la sala común junto con Martin y Elizabeth: era Belinda, que terminó lo que estaba haciendo y se marchó, dejándolos solos. Entonces Martin corrió a cerrar la puerta y volvió junto a Elizabeth.

—Quiero pedirte un consejo respecto a... sobre algo... Elizabeth —empezó nerviosamente.

—Bien, es mejor que no me lo pidas —replicó Elizabeth al momento—. Ya no soy monitora. No es a mí a quien debes acudir en busca de consejo. Tienes una nueva monitora: Susan, una chica muy sensata.

—No conozco a Susan, pero a ti sí —observó Martin—. Hay algo que me preocupa terriblemente, Elizabeth, y más ahora que Julian está tan triste. Oh, sí, ahora más, mucho más. Yo también quiero mucho a mi madre y comprendo lo que siente el pobre Julian. Por favor, dime qué debo hacer, Elizabeth.

—Martin, no me cuentes nada —rechazó Elizabeth—. Sinceramente, no podría ayudarte. Ni siquiera estoy segura de mí misma. Continúo equivocándome en todo lo que hago. Fíjate cómo acusé de ladrón al pobre Julian. Toda mi vida me avergonzaré de ello. Es un chico tan honrado y bueno. Ve y cuéntaselo a Susan. O cuéntaselo a Rita.

—No puedo contárselo a quienes no conozco —insistió Martin desesperado—. Quiero que tú

me ayudes. Lo necesito, Elizabeth. Tengo que descargar mi pecho.

—Está bien, cuéntamelo —accedió Elizabeth—. ¿Has hecho algo malo? Y, por favor, Martin, deja de pasearte como un oso enjaulado. ¿Qué te ocurre?

Martin se sentó a la mesa y ocultó la cara entre las manos. Elizabeth vio que se estaba poniendo colorado y se preguntó con curiosidad qué le pasaría. Martin, cuando habló, lo hizo con voz trémula y ahogada, por entre sus dedos.



—Yo cogí el dinero, bueno, el de Arabella, el de Rosemary, el tuyo y también el de otros. Y cogí los caramelos y el chocolate y galletas y hasta un pastel —confesó Martin con voz monótona. Elizabeth le miraba con la incredulidad y el horror reflejados en su semblante.

—Tú, el ladrón —exclamó—. ¡Tú, animal inmundo, bestia inclemente! Y, sin embargo, siempre parecías tan bueno y generoso. ¡Si hasta me ofreciste un chelín en lugar del que había perdido y eras tú quien lo había robado! Y también le ofreciste dinero a Rosemary, que te estuvo muy agradecida por ello. Martin Follett, eres el chico más malvado y perverso que he conocido, y también el más hipócrita, porque fingías que eras amable y generoso cuando no era más que un ladrón y un falso.

Martin no replicó. Continuó sentado con el rostro entre las manos, y Elizabeth se sintió enojada y asqueada.

—¿Por qué me lo has confesado a mí? Yo no quería escucharte. Yo acusé al pobre y desgraciado Julian de haber hecho lo que tú hiciste, animal, zopenco, idiota. ¡Oh, Martin!, tú fuiste el que metió el chelín en el bolsillo de Julian, y también el caramelo, para que yo pensara que él era el ladrón, ¿verdad? ¿Cómo pudiste ser tan malvado?

Martin asintió. Seguía con el semblante escondido.

—Sí, yo hice todo eso. Temí que, cuando alguien viese el chelín... Oh, no tardé mucho en ver que estaba marcado. ¿Sabes? Y Julian no me apreciaba en absoluto, por lo cual tampoco a mí me era simpático. Sabía que si descubríais que yo era el ladrón, nadie me querría. Y yo deseaba que todos me quisieran. Sin embargo, no hay nadie, nadie que me quiera.

—No me extraña —se burló Elizabeth, furiosa—. ¡Santo cielo! Ya fue un acto perverso robar el dinero y todo lo demás, pero lo fue más, mucho más, tratar de echar las culpas a otro. Esto no sólo fue malvado, sino cobarde. Bien, no entiendo por qué me has explicado todo esto. Era una cosa que tenías que contársela a William y a Rita, no a mí.

—No puedo —sollozó Martin.

—¡Piensa en todo el daño que has hecho! —le acusó Elizabeth, enfadándose todavía más al pensar en ello—. Me obligaste a pensar que el pobre Julian era un ladrón, y le acusé y él se vengó de mí haciendo que me echaran dos veces de clase, gracias a lo cual he perdido mi cargo de monitora. Martin Follett, opino que eres el chico más perverso y odioso que he conocido jamás. Ojalá no me lo hubieses contado.

—Bueno, no podía soportarlo al pensar que Julian está tan angustiado y tan triste, ahora que era tan feliz —exclamó Martín—. Por eso te lo he dicho. Tenía que sacarme ese peso de encima. Me pareció que era lo único que podía hacer por Julian.

—Bien, ojalá se lo hubieses contado a otro —repitió Elizabeth, levantándose—. Yo no puedo ayudarte ni quiero hacerlo. Eres odioso, cobarde y horrible. No deberías estar en Whyteleafe. No perteneces a este colegio. Además, ahora estoy demasiado inquieta por Julian para calentarme la cabeza contigo.

La niña le dirigió a Martin una desdeñosa mirada y salió de la habitación. ¡Qué asqueroso! Comportarse de modo semejante, robar y luego echar la culpa a otro, ¡y callar durante tanto tiempo!

Rosemary entró en la sala común cuando Elizabeth salía. Ésta pasó a la sala de música, sacó su instrumento y empezó a practicar, pensando en Julian, en Martin y en sí misma, mientras tocaba.

Poco después se abrió la puerta de la sala de música y apareció Rosemary. Parecía estar asustada cuando Elizabeth la miró frunciendo el entrecejo. Pero, por una vez, Rosemary se sentía valiente y, a pesar del ceño de Elizabeth, penetró en la estancia y cerró la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó Elizabeth.

—¿Qué le pasa a Martin? —quiso saber la niña—. ¿Está enfermo? Cuando he entrado en la sala común me ha parecido muy trastornado.

—Bueno —contestó Elizabeth, volviendo a tocar—. Le está bien merecido.

—¿Por qué? —se extrañó la pequeña Rosemary.

Elizabeth no quiso decírselo.

—Martin no me gusta —contestó, sin dejar de tocar la melodía.



—Pero ¿por qué no, Elizabeth? —insistió Rosemary—. Es muy generoso. Ya sabes, siempre está regalando caramelos y otras cosas. Y si alguien pierde dinero, se apresura a ofrecérselo. Y nunca se come ni un solo caramelo, sólo los tiene para regalar. No, no es nada egoísta.

—Vete, Rosemary, por favor. Estoy ensayando —la rechazó Elizabeth, que no quería oír cómo alababan a Martin en su presencia.

—Pero, Elizabeth, ¿qué le pasa al pobre Martin? —volvió a insistir Rosemary, venciendo su timidez por una vez—. Me ha parecido tan trastornado. ¿Le has dicho algo feo? Ya sabes que a veces insultas a todo el mundo. Acuérdate de lo que le hiciste al pobre Julian. Jamás le concedes a nadie una oportunidad, ¿verdad?

Elizabeth no contestó y Rosemary se marchó dando un portazo porque realmente estaba muy enojada con Elizabeth. No quiso volver junto a Martin, porque el niño le había vuelto la espalda, invitándole a que se largase. Era todo tan raro...

«Supongo que Elizabeth se habrá peleado con él —pensó—. Bueno, no ha servido de nada que fuese a verla».

Pero sí había servido porque, tan pronto como se hubo marchado, Elizabeth empezó a recordar las cosas que Rosemary había dicho de Martin, cosas que de repente le parecieron sumamente extrañas.

«Ha dicho que era el chico más generoso que conocía —reflexionó Elizabeth—. Que jamás comía caramelos, sino que los regalaba. Y que cuando alguien perdía dinero, al momento le brindaba otro tanto. Y esto es cierto, porque a mí me ofreció dinero y caramelos. ¡Qué cosa más rara: robar las cosas para regalarlas luego! Nunca había oído nada semejante».

Elizabeth dejó de ensayar y comenzó a meditar frenéticamente. ¿Cómo podía Martin ser tan malvado y tan generoso a la par? ¿Cómo podía hacer desdichada a algunos robándoles, y felices a

otros regalándoles cosas? Eso no tenía sentido. Y, sin embargo, era lo que hacía, de ello no cabía la menor duda.

«No roba para sí —pensó Elizabeth—. Es muy extraño. Ojalá pudiera consultarlo con alguien. Pero no puedo hablar con Susan, ni mucho menos con William o Rita, al menos por ahora. No quiero que piensen que me meto otra vez en lo que no me importa. Además, ya no soy monitora. Oh, qué lástima que Martin me lo haya contado a mí».

Estuvo pensando en ello largo rato, pero luego ocurrió algo que se lo hizo olvidar. Sucedió en plena clase de matemáticas.

Los alumnos oyeron el estridente sonido del teléfono en el pasillo. Sonó dos o tres veces y alguien contestó. Poco después se abrió la puerta de la clase, tras una discreta llamada.

Apareció una sirvienta, que habló con la señorita Ranger.

—Por favor, señorita, hay alguien al teléfono que pregunta por Julian. Es una conferencia, por lo que no he ido a decírselo a la señorita Belle, por si acaso cortaban antes de que se pusiera Julian.

Antes de que la sirvienta terminase su explicación, Julian ya había saltado del asiento. Con el rostro blanco como una sábana, salió corriendo del aula al pasillo. El corazón de Elizabeth casi dejó de latir. Al fin había noticias para Julian. Pero ¿buenas o malas? Toda la clase guardó silencio, esperando.

«Oh, que sean buenas noticias, que sean buenas noticias», rezó Elizabeth fervientemente una y otra vez, y ni siquiera observó que estaba emborronando todos los libros.

Realmente, Martin es un enigma

Se oyó el débil chasquido del auricular al ser colgado de nuevo y luego los pasos en el corredor, de regreso al aula, unos pasos apresurados. La puerta se abrió de golpe y entró Julian radiante, con los ojos chispeantes y una sonrisa en los labios.

—Todo va bien —anunció—. Buenas noticias. Todo va bien.



—¡Viva! —gritó Elizabeth, deseando poder llorar. Luego aporreó el pupitre para expresar su júbilo.

—¡Bravo, oh, bravo! —aulló Jenny.

—¡Qué contento estoy! —proclamó Harry, pataleando en el suelo. Parecía como si los niños necesitasen hacer mucho ruido para expresar su felicidad. Muchos aplaudían. Jenny palmeó la espalda de Belinda sin saber por qué. Todos demostraban así su alegría.

—Me alegro mucho por ti, Julian —le expresó la señorita Ranger—. Estábamos muy

preocupados todos y ahora ya ha pasado. ¿Está mucho mejor tu mamá?

—Sí, mucho mejor —exclamó Julian, siempre radiante—. Y todo se debe a la nueva medicina en la que papá y otros dos doctores han estado trabajando durante años. Ha sido la gran oportunidad de mamá, sólo una oportunidad, y esta mañana, de pronto, ha hecho un cambio para bien. Bueno, creo que esta mañana no podré aguantar ninguna lección más.

La señorita Ranger se echó a reír.

—Bien, sólo quedan cinco minutos de clase antes del recreo. Será mejor que guardéis los libros y tengáis cinco minutos más de descanso, a fin de que podáis despejaros los ánimos. Todos nos alegramos mucho por ti, Julian.

De esta forma, el primer grado guardó los libros y se precipitó al jardín. Las demás clases se sorprendieron cuando oyeron jugar a los pequeños antes de la hora.

Elizabeth arrastró a Julian hacia un rincón tranquilo.

—¿No es maravilloso, Julian? ¿No vuelves a sentirte dichoso?

—Mucho más que antes —asintió el muchacho—. Es como si a mí también me hubiesen concedido otra oportunidad, una más, para demostrarle a mamá que puede sentirse orgullosa de mí. ¡Oh, ya verás cómo estudiaré ahora! Pasaré todos los exámenes con sobresaliente y ganaré todas las becas que pueda. Quiero examinarme para médico lo antes posible. ¡Voy a usar mi talento como nunca lo hice antes!

—Serás el primero de la clase antes de una semana —rió Elizabeth—. Pero no dejes de inventar trucos, Julian, por favor.

—Bueno, no sé... —rezongó el niño—. Tal vez pensaré algunas bromas y trucos en mis horas libres, pero no quiero perder mi tiempo ni que nadie pierda el suyo con tonterías. Ya verás. Cambiaré de la noche al día, seré un tipo muy grave y sesudo, tal como tú querías.

—No, eso no me gusta —replicó Elizabeth—. Me gusta la gente estudiosa, pero no grave ni sesu... seso..., ¿cómo has dicho?, sesuda. ¡Oh, Julian, inventa algunas bromas y trucos para que nos divirtamos! ¡Alguna vez tendrás que descansar de tanto estudio!

Julian se echó a reír y ambos fueron a reunirse con los demás. El niño parecía loco de contento. Todos sus temores habían desaparecido, su madre estaba mejor, pronto volvería a verla, y todavía quedaba bastante curso para poder mejorar sus notas y progresar en sus estudios.

Durante un rato, Elizabeth se olvidó de Martin. Luego le vio. Parecía, como había dicho Rosemary, muy abatido. Daba vueltas en torno a Julian con irritante pesadez, y éste, que no le apreciaba, no podía deshacerse de él.

«Oh, caramba, me había olvidado de Martin —se dijo Elizabeth—. Bueno, hoy no le contaré nada a Julian. No quiero estropearle el día con la perversidad de Martin. Además, ya me han ocurrido demasiadas calamidades por querer arreglar los asuntos ajenos. No quiero meterme en éste. Sólo conseguiría verme en otro lío».

De modo que trató de no pensar más en Martin. Pero éste no tardó en dejar de dar vueltas en torno a Julian para empezar a darlas en torno a Elizabeth. Parecía completamente desorientado. Elizabeth se alegró cuando llegó la hora de acostarse y pudo librarse de él.

La excitación de aquel día había sido excesiva para Elizabeth, por lo que no pudo conciliar el

sueño hasta muy tarde. No hacía más que dar vueltas, ya a un lado, ya a otro, ahuecar la almohada, arrojar al suelo el edredón, volver a colocarlo en la cama ¡y sin conseguir dormirse!

Empezó a meditar en el enigma de Martin.

«¿Cómo puede una persona tener dos personalidades distintas a la vez? ¿Cómo puede ser egoísta y espléndido, malvado y generoso, bueno y malo? Me gustaría saberlo».

Empezó a recordar todas las Juntas escolares a las que había asistido. Recordó las cosas extrañas que hacían los niños y cómo, cuando se averiguaban sus motivos, era posible ayudarles.

«Por ejemplo, Harry, que era tramposo, pero sólo porque no quería que su padre supiera que era el último de la clase. Y Robert, tan travieso en el curso pasado, sólo porque había sentido unos celos terribles de sus hermanos menores y necesitaba descargarse de sus celos mostrándose malo con los demás pequeños. Y yo, yo que era una revoltosa y ahora soy mucho mejor, aunque este curso haya caído en desgracia».

Se acordó de repente del gran libro en el que William y Rita anotaban todas las sesiones de las Juntas. Allí había relatos relativos a muchos chicos y chicas malos y buenos, que habían pasado por Whyteleaf durante varios años, que habían tenido faltas y defectos, los cuales habían sido estudiados firme y amablemente, para quedar curados al fin.

«No creo que exista ninguna curación para Martin —añadió Elizabeth—. Pero tal vez en el libro de William haya algo que explique la curiosa conducta de ese tonto. Me gustaría verlo. ¡Oh, Dios mío! Me gustaría que fuese ya de mañana para ir a hojear el libro».

A los niños se les permitía mirar el «gran libro de William», como lo llamaban, cuando querían. Había tantas cosas de sentido común en él.

«Iré a leerlo ahora —decidió Elizabeth de repente—. De lo contrario, no podré dormir. Ahora allí no habrá nadie. Sólo me pondré la bata y bajaré al salón en busca del libro. De todos modos, será una distracción».

Se puso la bata y las zapatillas. Luego se deslizó fuera del dormitorio, donde todas las niñas dormían profundamente y bajó al salón. En el estrado había una mesa y en uno de sus cajones guardaban el libro.

Elizabeth llevaba una linterna, ya que no se atrevía a encender la luz. Abrió el cajón y sacó el libro. Estaba atiborrado de escritura de diferentes caligrafías, ya que el libro lo habían redactado tres o cuatro jueces distintos desde la inauguración de Whyteleaf.

Elizabeth buscó un poco al azar. También ella estaba en el libro, sí, aquí.

«La Valiente Salvaje», tal como la había llamado Harry dos cursos atrás, cuando era la niña más revoltosa del colegio.

Y aquí volvía a aparecer, cuando fue nombrada monitora por su buena conducta ¡y, oh, Dios mío, Dios mío, aquí también, casi al final, cuando le habían quitado la dignidad de monitora por su mala conducta!

«Elizabeth Allen perdió su condición de monitora porque acusó equivocadamente a un alumno de su clase de ladrón, y porque su conducta en clase no era la más propia de una monitora», leyó interesada, en la clara y pulcra escritura de William.

«Caramba, aparezco bastante en este libro», se admiró Elizabeth.

Luego fue volviendo las páginas hacia el principio y leyó con interés casos relativos a otros alumnos que habían sido buenos o malos, difíciles o admirables, alumnos que ya habían dejado el colegio años atrás. Por fin, la historia de una niña le interesó. Se parecía mucho a la historia de Martin.

Leyó todo el caso y finalmente cerró el libro y meditó profundamente.

«¡Vaya historia rara! Muy parecida a la de Martín. Esa chica, Tessie, también cogía dinero, pero no lo gastaba en sus cosas, sino que lo regalaba tan pronto como lo robaba. Y arrancaba flores del jardín, haciendo ver que las había comprado, para obsequiar a las profesoras. Y todo lo hacía porque nadie la apreciaba y ella intentaba comprar su amistad y su afecto con esos regalos. Robaba para poder aparentar que era buena y generosa. Es probable que Martin sea un caso igual».

Regresó andando muy despacio a su cama, sumida en un mar de confusiones.

«Qué terrible es no tener amigos cuando se desea tenerlos. Tal vez sería bueno que mañana hablase con Martin. Hoy parecía muy desgraciado. Pero ya estoy harta de intervenir en las cuestiones de los demás. Sólo le haré unas cuantas preguntas y abandonaré el asunto. Que haga lo que quiera. No me importa».

Después de estas reflexiones, consiguió dormirse y, cuando despertó a la mañana siguiente, se sintió muy cansada. Bajó bostezando a desayunar, le sonrió a Julian y se sentó ante su plato de sopa. ¿Qué le había estado preocupando la noche anterior? ¿El francés? No, afortunadamente sabía su lección y hasta la poesía de la route et le goutte á goutte. ¿Y Julian? No, esa preocupación ya se había esfumado.

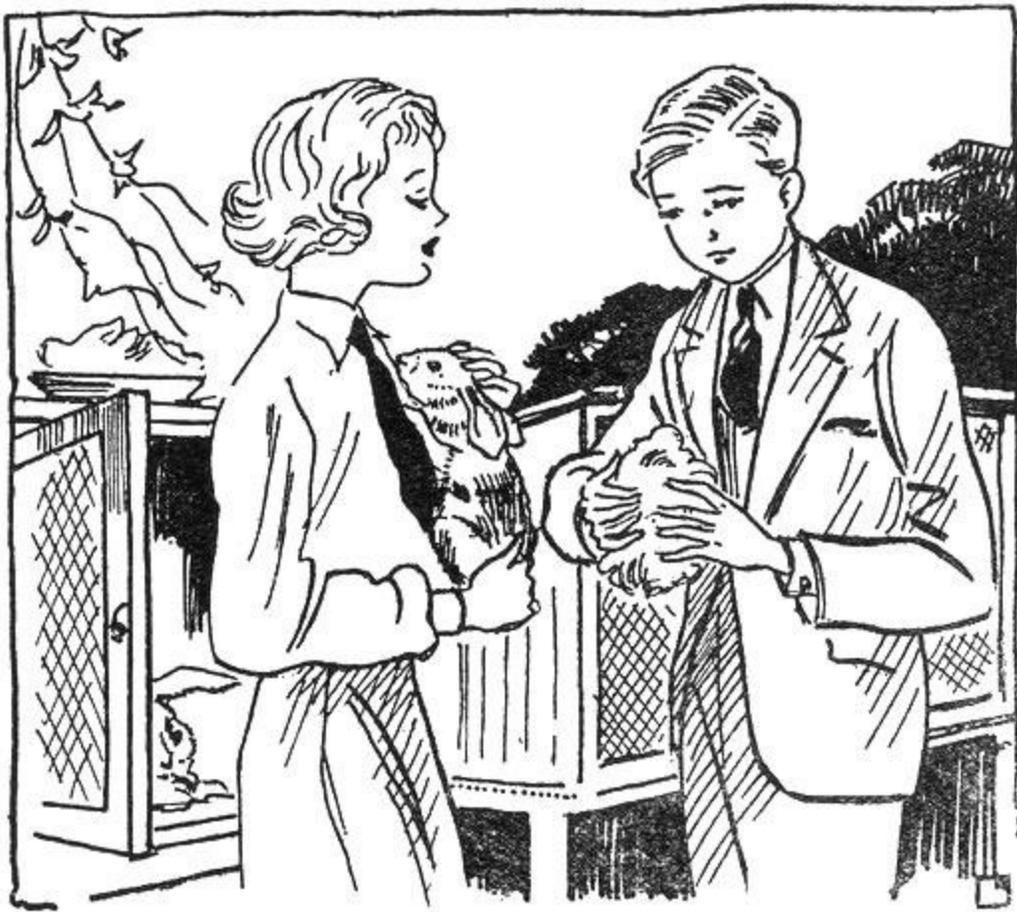
Naturalmente, había pensado en Martin. Ahora dirigió una fortuita mirada a su pálido rostro y le pareció más bajo y delgado, como encogido, arrugado.

«Es un chico espantoso —pensó—. Realmente espantoso. Nadie le aprecia, ni siquiera Rosemary, aunque él se portó muy bien con ella. Es curioso que no tenga ningún amigo o amiga. Pues yo, a pesar de haber sido a veces muy mala, siempre tuve verdaderos amigos, siempre hubo alguien que me apreciase».

Elizabeth tuvo ocasión de hablar a solas con Martin después del desayuno. La niña tenía que dar de comer a sus conejos, y Martin a su conejillo de Indias. Las jaulas estaban contiguas y los dos niños pronto estuvieron muy atareados.

—Martin —empezó Elizabeth, yendo directamente al grano como era su costumbre—, Martin, ¿por qué regalabas el dinero y los caramelos que robabas, en lugar de quedártelos? ¿Por qué robabas las cosas, si no las querías?





—Porque quería que la gente me apreciase, y no es posible que te quiera nadie si no eres amable y generoso —repuso Martin quedamente—. Mi mamá siempre me lo dice. No eran verdaderos robos, oh, no digas eso, Elizabeth, porque regalaba todas las cosas enseguida. Es como... bueno, lo mismo que hacia Robin Hood, que robaba a los ricos y se lo daba a los pobres, ¡y ya ves, hasta han hecho una película sobre él!

—Oh, sí, fue una película estupenda. Sobre todo, al final, cuando saca la espada y empieza a luchar con el traidor y... ¡Oh, no me vengas con cuentos! —se interrumpió Elizabeth de repente—. Lo tuyo no es igual. En absoluto. Tú no tienes ni pizca de Robin Hood. Robabas y bien lo sabes. ¿Cómo puedes soportar ser tan malvado y deshonesto, Martin? ¡Yo me moriría de vergüenza!

—Bueno, creo que sí me estoy muriendo de vergüenza desde que ayer me llamaste malo y ladrón —confesó Martin con voz temblorosa—. ¡Oh, estoy desesperado, no sé qué hacer!

—Sólo puedes hacer una cosa, una cosa que un cobardica como tú no hará jamás —replicó Elizabeth—. Puedes ponerte en pie en la próxima asamblea y declarar que tú fuiste el ladrón y que quisiste echarle las culpas a Julian. ¡Esto es lo que deberías hacer!

Un partido en el colegio... y otras cosas

El colegio continuó el curso felizmente. Se jugó un partido de lacrosse. Fue disputado en Whyteleaf, por lo que todos los alumnos pudieron presenciarlo. Elizabeth estaba muy excitada.

Julian jugaba en el equipo con Elizabeth y Robert. Julian era muy hábil en todos los juegos. Podía correr sin cansarse y sabía recoger muy bien la pelota.

—Hoy podemos quedar vencedores —exclamó Eileen, cuando llevó al equipo al terreno de juego—. Este curso tenemos unos jugadores muy buenos. Elizabeth, no pierdas la cabeza, pasa cuando puedas y, por favor, no te subas a las paredes si algún contrario te da una patada en el tobillo. Julian, mantente cerca de Elizabeth siempre que te sea posible para que te pase la pelota. Tú recoges mejor que nadie.

Fue un partido emocionante. El otro colegio había presentado un equipo muy bueno, por lo que ambos bandos estaban muy igualados. Elizabeth recibió un raquetazo en la mano, que le causó un gran dolor, hasta el extremo de estar a punto de abandonar su puesto.



Julian observó su cara llorosa.

—¡Mala suerte! —le gritó—. ¡Pero lo haces muy bien! ¡Continúa así! ¡Pronto marcaremos un gol!

Elizabeth sonrió. El dolor le fue pasando y volvió a jugar bien. El otro equipo marcó tres goles, y el de Whyteleafe otros tres. Todos los espectadores estaban nerviosos y consultaban los relojes: ¡sólo faltaba un minuto para terminar!

De repente, Elizabeth se hizo con la pelota y corrió hacia la portería contraria.

—¡Pasa, pasa! —le chilló Julian—. ¡Te están persiguiendo!

Elizabeth le arrojó diestramente la pelota y Julian la recogió. Pero tenía a otro contrario a su alcance, tratando de quitarle la pelota de la raqueta. Julian, entonces, la devolvió rápidamente a Elizabeth. La joven vio que otro contrario corría hacia ella y, desesperada, la lanzó con potencia a la portería.

Fue un tiro salvaje, ¡pero de todos modos llegó a su destino! Botó sobre el césped y esquivó la raqueta del portero. Luego rodó hacia un rincón y se coló en la portería.

Los del colegio Whyteleafe se volvieron locos de alegría. En aquel instante sonó el silbato indicando el final y los dos equipos salieron en tropel del campo. Julian le dio una amistosa palmada en la espalda a Elizabeth, que estuvo a punto de ahogarse.

—¡Bravo, Elizabeth! —le gritó resplandeciente—. ¡Justo a tiempo! ¡Bravo!

—Bueno, en realidad fue chiripa —confesó la niña honradamente—. No veía adonde tiraba. Me limité a tirar a la buena de Dios y ha entrado la pelota en la portería por pura chiripa.



Los de primer grado la rodeaban, vitoreándola y palmeándole la espalda. Fue muy agradable. Luego los dos equipos se reunieron y disfrutaron de un té especial.

Todo resultó muy divertido.

—¡Creo que deberías volver a ser monitora! —exclamó Rosemary—. Nunca me he sentido tan excitada y orgullosa como cuando has marcado el último gol, Elizabeth. Y en aquel momento han tocado el silbato. ¡Casi me olvidé de respirar!

Elizabeth se echó a reír.

—Vaya, si a las personas hubiera que nombrarlas monitores por los goles marcados, qué fácil sería.

A nadie le gustó tener que hacer los deberes aquella noche. Julian deseaba imitar ruidos. Los otros le miraban, incitándole a ello. El señor Leslie era quien vigilaba los estudios, por lo que

resultaría agradable un poco de distracción.

Julian quería complacer a los otros y se preguntó qué podía hacer. ¿Imitar una máquina de coser? ¿O el zumbido de una colmena?

Bajó la vista hacia el libro. Todavía no había empezado a estudiar la lección de francés. Se acordaba de su promesa, formulada de modo tan solemne en la iglesia unos días atrás. No, no lo olvidaría nunca más.

Se llevó las manos a las orejas y empezó a estudiar. Tal vez le quedarían unos minutos antes de concluir la hora de los deberes para divertirse, ¡pero antes debía estudiar!

El estudio le resultaba muy fácil a Julian. Tenía una mente muy rápida y despejada y una memoria fuera de lo corriente. Había leído mucho y sabía muchas cosas. Si lo intentaba, podría adelantar a todos los demás en poco tiempo. Pero no resultaba tan sencillo al principio, después de haber dejado el cerebro en descanso tanto tiempo.

Pero al final de una semana de trabajo, Julian pasó a ser el primero de la clase. Le llevaba un punto de ventaja a Elizabeth, que apretaba de firme. Todos se asombraron, especialmente la señorita Ranger.

—Julian, por lo visto o tienes que ser el primero o el último —sonrió la profesora cuando leyó las notas—. La semana pasada eras el último, tan atrasado que incluso me sorprendió que tuvieras algún punto. Y esta semana adelantas a Elizabeth por un punto, a pesar de que ella ha estudiado mucho. Bien, estoy orgullosa de ambos.

Elizabeth se sonrojó de placer. A Julian parecía como si aquellas alabanzas no le importaran, pero la señorita Ranger comprendió que sólo era una pose. Algo había cambiado en él y ahora sí le importaba ser el primero: quería emplear su cerebro en cosas útiles no sólo en bromas e imitaciones.

«Supongo que la enfermedad de su madre ha influido en esto —se dijo la señorita Ranger—. Bien, espero que este cambio dure. Julian es una joya cuando quiere estudiar. Ojalá no vuelva a ser el último de clase la próxima semana».

Pero Julian ya no volvió a ser el último. Pensaba mantener su promesa toda la vida. No quería desperdiciar más sus buenas cualidades.

Sólo Martin se comportó mal aquella semana y estudió muy poco, ¡aún menos que Arabella que solía ser siempre la menos aplicada! Fue el último de la clase y la señorita Ranger le amonestó severamente.

—Puedes mejorar mucho, Martin. Jamás habías sido el último. Esta semana no sé qué te pasa pero pareces dormido.

Martin no estaba dormido sino preocupado. Deseaba no haber dicho nada a Elizabeth. La niña le había espetado palabras muy duras, cosas que no podía olvidar. ¡Y no le había ayudado en absoluto!

La señorita Ranger también tuvo unas palabras para Arabella.

—Arabella, estoy harta de que estudies tan poco. Eres una chica inteligente cuando quieres; en realidad, lo eres mucho. Y creo que si prestases un poco más de atención a tu labor y un poco menos a la perfección de tu pelo o a si llevas el cuello bien puesto o las uñas bien arregladas,

podrías adelantar mucho en el estudio.

Arabella también se sonrojó. Y pensó que la señorita Ranger era muy poco amable.

—Me habla con más dureza a mí que a los demás de la clase —se quejó a Rosemary.

Lo cual era cierto, pero la señorita Ranger sabía que sólo de aquella manera conseguiría perforar la piel, muy gruesa al parecer, de la sensibilidad de la niña. A ésta, en su vanidad, no le gustaba verse humillada y rebajada delante de los demás. El colegio Whyteleafe le convenía mucho. Porque en él las cosas se decían a la cara.

Arabella decidió no ser la última de clase a la semana siguiente. Dejó, por tanto, de ocuparse tanto de su cabellera como de su atavío, al menos, en clase.

—Pronto serás un poco soportable, Arabella —se rió Robert, que no tragaba a aquella vanidosa—. En todo el día no te he oído preguntarle a Rosemary si llevabas el pelo bien sujeto. ¡Esto es sencillamente un milagro!

Y por una vez en su vida, Arabella se echó a reír ante aquella burla, en lugar de sulfurarse como de costumbre. Sí, empezaba a hacerse soportable en algunos sentidos.

Y llegó la asamblea siguiente.

—No durará mucho —le confió Elizabeth a Julian—. No hay apenas asuntos que tratar. Bien, así podremos ir antes a la sala común. Tengo un nuevo rompecabezas muy difícil.

—De acuerdo —asintió Julian.

Pero en la Junta hubo más cuestiones que tratar de lo que creía Elizabeth, y aquella noche no tuvieron tiempo de dedicarse al rompecabezas. Todo fue muy inesperado, y la más sorprendida de todos fue la propia Elizabeth.

La Junta empezó como de costumbre. Había muy poco dinero para la hucha, aunque algunos niños habían recibido giros. Luego, se repartieron los dos chelines.

—¿Alguna petición?

—Por favor, William —se levantó un niño pequeño llamado Quentin—, ayer se me cayó la jaula donde tengo mi conejillo de Indias y se rompió por un lado. ¿No podrías concederme el dinero para comprar otra?

—Bueno, eso costará caro —rezongó el juez—. Y ahora no hay mucho dinero en la hucha. ¿No podrías repararla?

—Lo he intentado, pero no sé —confesó Quentin—. Creí que lo había hecho bien, pero el conejillo se escapó. Y por estar buscándolo llegué tarde a clase. Ahora lo tengo con el conejillo de Martin, pero los dos se pelean constantemente.

—Yo arreglaré la jaula, Quentin —se ofreció Julian una vez más, levantándose y quitándose las manos de los bolsillos—. No me costará mucho.

—Gracias, Julian —dijo William—. Verdaderamente queda muy poco dinero en la hucha en estos momentos. Aunque tengo entendido que la semana próxima se celebran varios cumpleaños, por lo que seguramente volveremos a llenarla. ¿Alguna otra petición?

Nadie quiso pedir dinero puesto que apenas quedaba.

—¿Alguna queja? —continuó William. Se produjo un silencio total. Bien, no había ninguna.

—Bueno, al parecer hay poco que hacer esta semana, excepto que estoy seguro de que a todo el

colegio le gustará saber que Julian es el primero de su clase, en vez del último —añadió William, con una repentina sonrisa—. ¡Continúa así, Julian!

«Esto es lo mejor de Whyteleafe —pensó Elizabeth—. Te amonestan cuando te portas mal, pero también te alaban cuando te lo mereces, lo cual es muy agradable».

—Podéis iros —dijo William, y todos los niños se pusieron en pie para salir. Pero en medio del alboroto surgió una voz.

—¡Por favor, William! ¡Yo tengo algo que declarar!

—Volved a sentaros —ordenó William. Todos obedecieron sorprendidos. ¿Quién había hablado? Sólo un chico estaba en pie: Martin Follett, muy pálido y tembloroso.

—Veamos qué quieres, Martin —dijo William—. ¡Vamos, habla!

Martin tiene su oportunidad

Elizabeth contempló asombrada a Martin. Con toda seguridad, no iría a delatarse a sí mismo revelando su secreto y reconociendo que era él quien había robado el dinero y luego pretender que fuese acusado Julian.

«Es un chico tan malo, tan horrible y falso —pensó—. Y un verdadero cobarde. ¿Qué iré a decir?»

Martin tragó saliva un par de veces. Parecía tener dificultades en hallar las palabras.

William se dio cuenta de su creciente nerviosismo y se dirigió a él con más benevolencia.

—¿Qué tienes que decirnos, Martin? No temas, habla. Nosotros siempre estamos dispuestos a escucharlo todo en la Junta, como sabes.

—Sí, lo sé —asintió el pobre Martin con voz bastante estridente, como si estuviese haciendo acopio de todo su valor—, lo sé. Bueno, yo fui quien cogió el dinero y todo lo demás. Y metí el chelín en el bolsillo de Julian y también el caramelo para que nadie sospechase de mí y pensasen que Julian era el ladrón.

Calló de repente pero no se sentó. Nadie dejó escapar el más leve murmullo. Martin, repentinamente, reanudó su confesión.

—Sé que es terrible. Y casi me atrevo a decir que jamás lo habría confesado, a no ser por dos motivos. No pude contenerme cuando la madre de Julian se puso tan enferma. Quiero decir que pensé que era jugarle una mala pasada a un niño tan desgraciado. Y el otro motivo que me ha impulsado a hablar es... es que era un cobarde y ya no lo soy.

—Ciertamente, no lo eres —aprobó Rita—. Hay que ser muy valiente para hacer lo que haces: levantarte y confesar tus culpas. ¿Pero por qué robaste, Martin?

—Verdaderamente, no lo sé —declaró Martin—. Sé que no tengo excusa.

Elizabeth estaba escuchando con el mayor de los asombros. ¡Conque Martin tenía bastante valor para delatarse delante de todos! Y ahora Julian quedaba completamente libre de toda sospecha. Miró otra vez a Martin y de pronto se apiadó de él.

«Deseaba tanto que alguien le quisiera, y nadie le apreciaba —pensó—, y ahora está confesando algo que hará que todos le desprecien más aún. Bien, para eso se necesita mucho valor».

William y Rita susurraban entre sí. Lo mismo que los monitores. ¿Qué había que hacer con Martin? ¿Cómo había que castigarle? De pronto, Elizabeth se acordó de lo que había leído en el Gran Libro la noche anterior y se puso de pie.

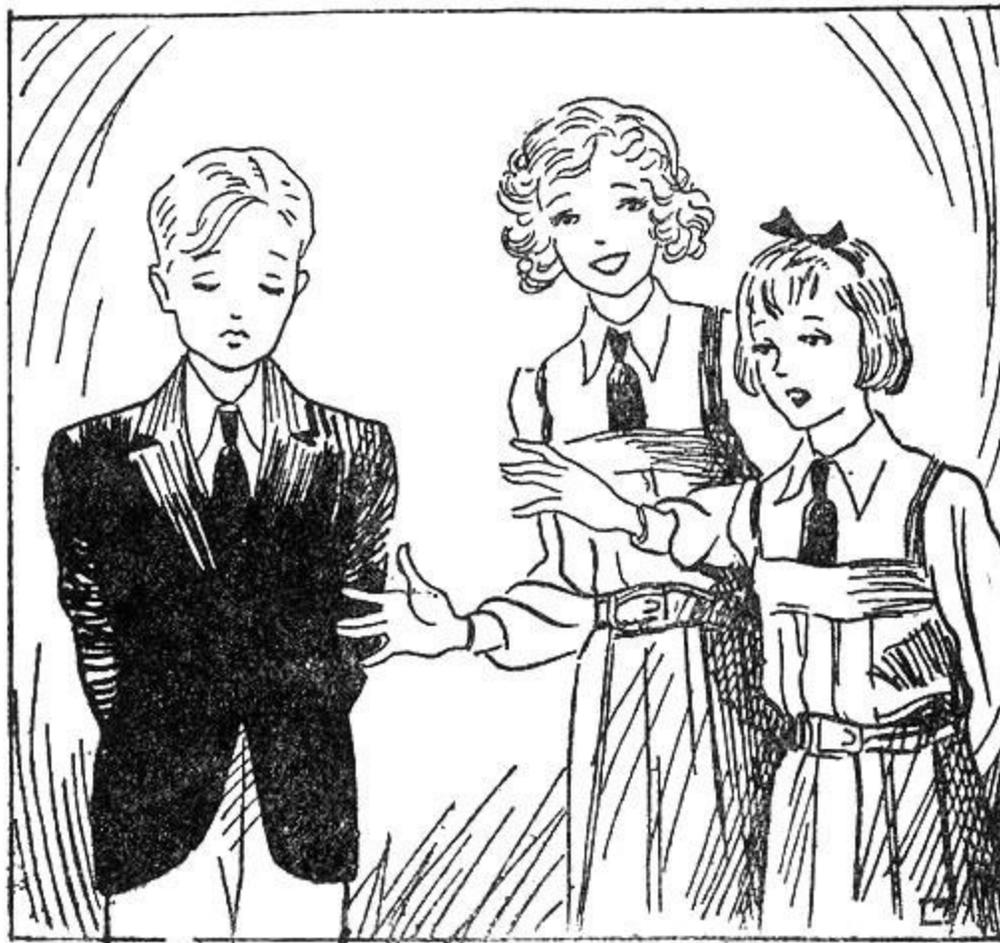
—¡William! ¡Rita! ¡Yo comprendo bien a Martin! No tiene excusa por lo que ha hecho, pero

existe un motivo real, no se trata sólo de maldad. No es un vulgar ratero.

—¿A qué te refieres, Elizabeth? —interrogó William, muy sorprendido—. Robar siempre es robar.

—Sí, lo sé —concedió la niña—, pero Martin es un chico raro: sólo coge las cosas de los demás a fin de poder regalarlas. Nunca se guarda nada para sí.

—Sí, eso es verdad —corroboró Rosemary, muy asombrada de perder su timidez y yendo a situarse al lado de Elizabeth—. Cuando perdí o me quitaron el dinero, él me ofreció el suyo. Y siempre estaba regalando caramelos. Nunca se quedaba ninguno.



—William, hay un caso muy parecido en nuestro Gran Libro, el que se halla en el cajón de la mesa —continuó Elizabeth con apremio—. No podía dejar de pensar en los motivos que tenía Martin para... para apoderarse de las cosas de los demás, y me preguntaba una y otra vez por qué era a la par tan malo y tan generoso. Bueno, en realidad, parecen dos características antagónicas, hasta que leí un caso relativo a una chica en el Gran Libro, un caso muy parecido.

—¿Dónde? —preguntó William abriendo el libro.

Elizabeth fue hacia el estrado y se inclinó sobre el enorme mamotreto.

—¡Aquí! —señaló con el dedo.

—¿Y cómo sabes que un caso igual consta aquí? —se maravilló Rita.

—Pues... porque Martin me contó lo que había hecho y me sentí asqueada —explicó Elizabeth—, pero también me intrigó su comportamiento. De modo que me pregunté si no habría algún caso similar en el Libro, así que lo hojeé y encontré esto.

William leyó el párrafo y luego le pasó el libro a Rita. Después volvieron a murmurar. Elizabeth volvió a su sitio. Martin parecía muy desdichado, lamentando haber hablado. Sabía que todas las miradas estaban fijas en él, lo cual no era una sensación muy agradable.

Mientras tanto, todos permanecían en silencio.

William volvió a hacer uso de la palabra y todos se dispusieron a escuchar con atención.

—Robar siempre es algo malo. Siempre. La gente lo hace por muchas razones: por avaricia, por envidia, por maldad. Todos estos motivos son malos y retorcidos. Pero Martin lo hizo por una razón diferente. Lo hizo porque deseaba tener amigos. Lo hizo porque quería comprar la amistad y la admiración de los demás.

William hizo una pausa.

—Cogía las cosas a fin de poder regalárselas a otros. Tal vez pensaba que, puesto que es bueno dar, no podía ser malo quitar para dar después lo robado. Pero no hay que tener en cuenta sus obsequios. Sea como sea, robaba.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Martin y cayó al suelo.

—¡Quiero irme de Whyteleafe! —gimió, derrumbándose sobre el banco—. ¡No puedo continuar aquí! ¡Jamás haré nada de provecho! ¡Nadie me quiere en este colegio!

—No puedes irte de este modo —le atajó William—. ¿De qué serviría huir de ti mismo? Tú tienes valor, de lo contrario no te habrías levantado para acusarte cómo has hecho. Todos cometemos errores tontos, todos tenemos defectos y faltas, pero lo que realmente importa es esto: ¿somos bastante honrados para tratar de enmendarnos? Tú tuviste una razón para hacer lo que hiciste, una razón tonta. Ahora lo comprendes y sabes que lo que hiciste estuvo mal hecho. De acuerdo. Ya se ha terminado.

—¿Cómo, que ya se ha terminado? —exclamó Martin, en el colmo de la estupefacción.

—El fin de tu costumbre de coger lo que no te pertenece para comprar la amistad —le explicó William—. Sabes de sobra que la amistad es algo que no se compra. La gente te quiere tal como eres, por lo que eres, no por lo que se les da. Bien, si la razón para ese mal hábito ha desaparecido, el hábito también. Ya no tienes por qué volver a robar.

—Bueno, creo que nunca volveré a coger nada —afirmó Martin, sentándose un poco más erguido—. Me siento tan culpable y avergonzado. Aceptaré otra oportunidad.

—¡Bravo! —aprobó William—. Ven a verme esta noche y acabaremos de solucionar este asunto. Pero opino que cada semana debes devolver parte del dinero que quitaste a tus compañeros y comprar caramelos para dárselos a quienes, en alguna ocasión, se los robaste. Esto es justo.

—Sí, así lo haré.

—Y nosotros te concederemos una oportunidad y te brindaremos nuestra amistad —exclamó de repente Elizabeth, deseosa de intervenir en tan buen final.

¡Oh, cómo le había repugnado Martin! Pero ahora quería ayudarlo. ¿Qué pasaba en el colegio Whyteleafe para que las cosas cambiasen tan de pronto? Era algo muy raro.

—A mí me parece —intervino Rita con su voz grave— que Elizabeth es mucho más prudente cuando no es monitora que cuando lo es.

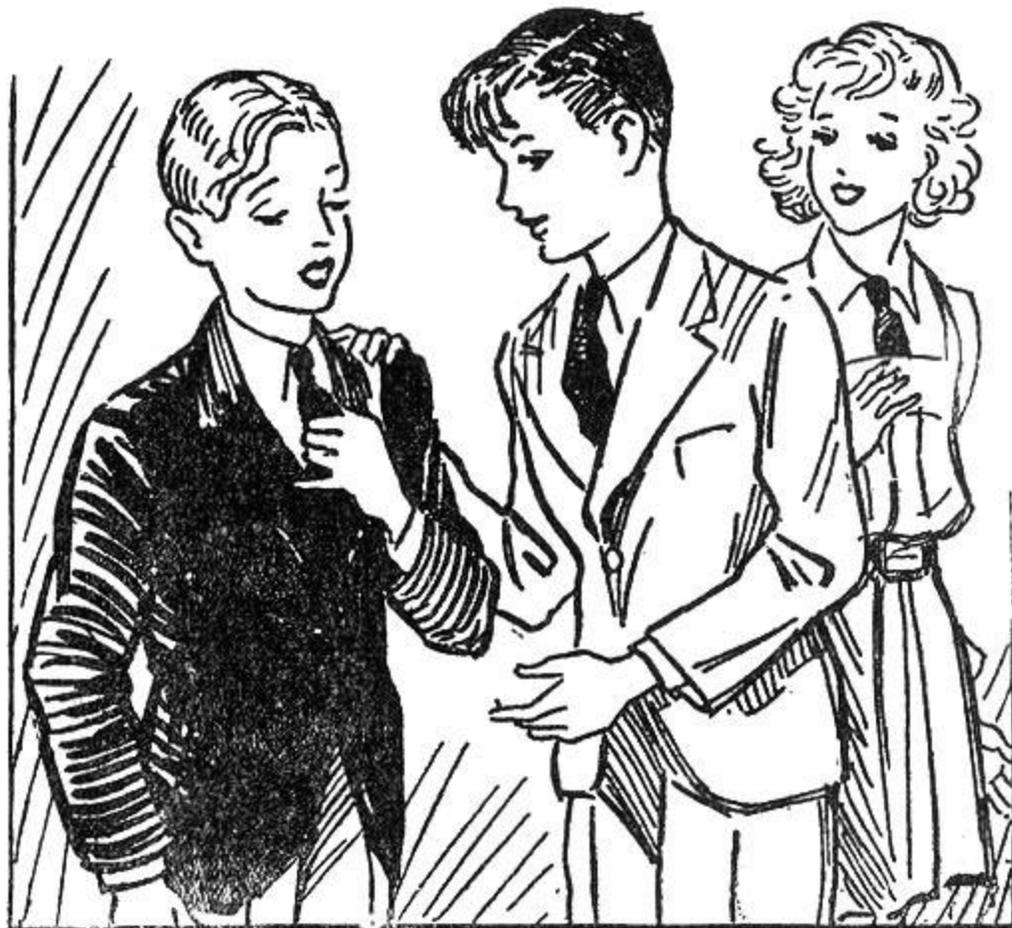
Todos los presentes se rieron a carcajadas, y Elizabeth también sonrió.

«Rita está en lo cierto —pensó sorprendida—. Parezco mucho más prudente cuando no soy monitora que cuando lo soy. ¡Oh, qué necia soy!»

Por fin concluyó la Junta. Martin se acercó a Julian.

—Lo... lo siento mucho, Julian —tartamudeó sin mirarle a la cara.

—Mírame —le ordenó Julian—. No cojas la costumbre de no mirar a la gente cuando le hablas, Martin. Mírame y dime que lo sientes mucho, como es debido.



—Lo... lo siento mucho. Fui un estúpido. He aprendido una lección y jamás volveré a ser hipócrita —exclamó, mirando fijamente a Julian a los ojos.

—De acuerdo. Ahora me gustas más que antes, si te sirve de consuelo. Mira, William te espera.

Martin desapareció detrás del juez. Nadie supo de qué hablaron ambos, pero Rosemary, que más tarde le vio salir del despacho, afirmó que Martin parecía mucho más contento.

—Creo que voy a ser una buena amiga suya —exclamó—. Necesita una amiga. Y nunca pensé que fuese malo. Al contrario, siempre me pareció buen chico. Y seguiré pensando lo mismo.

Elizabeth pareció asombrada al ver a la tímida Rosemary hablar de aquella manera. ¡Santo cielo! ¡Otra persona que cambiaba! ¿Quién habría dicho que Rosemary, que siempre estaba de acuerdo con todo el mundo, decidiría hacerse amiga de un chico como Martin?

«Jamás se conoce a la gente —se dijo—. Porque una chica sea tímida crees que siempre lo será, o si es malvada, que lo seguirá siendo toda su vida. Pero la gente puede cambiar rápidamente si se la trata como es debido. Vaya, si hasta Arabella está cambiando, olvidándose de su vanidad y

su altanería. Bueno, aunque eso es sumamente difícil».

No había tiempo ya para solucionar el rompecabezas, sino sólo para guardar todas las cosas, libros y juguetes, cenar y acostarse.

—Aquí ocurren muchas cosas, ¿eh? —rió Julian—. Bajemos a cenar.

En la cena, la señorita Ranger se vio continuamente molestanda por el zumbido de un moscardón.

—¿Dónde está ese bicho? Si no es tiempo de moscardones. Que lo mate alguien. De lo contrario, es capaz de poner huevecillos en la carne y...

El moscardón seguía zumbando violentamente, y el señor Leslie, que estaba en la mesa contigua, levantó la mirada. Realmente, era un fastidio.

De repente, Elizabeth miró a Julian. Éste sonrió y agachó la cabeza.

«Oh, es una de las imitaciones de Julian», pensó.

Después, estalló en una carcajada y todos lo comprendieron y se echaron a reír, hasta la señorita Ranger.

—He pensado que era una buena ocasión para gastar una broma —se disculpó Julian, cuando le dio las buenas noches a Elizabeth—. La Junta ha sido demasiado seria. Buenas noches, Elizabeth.

Una aventura para Elizabeth

Los días transcurrieron rápidamente, entre estudios y juegos, cabalgadas y trabajo en el jardín, cuidando a los animalitos enjaulados o saliendo de paseo. Era extraordinario con qué premura discurrían las semanas.

—Una vez ha concluido la primera mitad del trimestre, empieza a vislumbrarse el final —exclamó Elizabeth—. Ningún trimestre parece tener semanas intermedias.

—Demos un paseo esta tarde —propuso Julian—. Tenemos una hora y media libre. No hace falta que trabajemos en el jardín, ya que John tiene ahora dos jóvenes ayudantes. Iremos por la montaña y bajaremos hasta el lago.

—Oh, sí —asintió Elizabeth, asomada a la ventana y contemplando el brillante sol de abril—. Se estará muy bien en el monte y podremos coger primulas.

Por la tarde se marcharon juntos. Llevaban unas cajitas de hojalata para meter en ellas algunas cosas para la clase de historia natural.

—Atraparemos ranas y renacuajos —propuso Julian—. Seguro que ahora hay muchos en el lago.

Juntos subieron a una montaña.

—Tenemos que estar de regreso a la hora del té —observó Elizabeth—. Es la regla, a menos que tengas permiso para llegar más tarde. Mi reloj marca la hora exacta. No quiero meterme en ningún otro lío. Llevo un par de semanas muy buenas.

Julian sonrió. Pensaba que de todos los alumnos de la clase, Elizabeth, probablemente era la que procuraba ser más juiciosa y, sin embargo, tropezaba con enredos y conflictos más que ningún otro.

«Parece como si ella provocara los sucesos —pensó Julian—. Es tan impulsiva, tan buena y sincera. Bien, los dos hemos tenido nuestros altibajos en este curso. A ver si hacia el final gozamos de un poco de paz».

Corretearon por la montaña, cogiendo las primulas que crecían ufanas en los sitios más recónditos. El sol lucía con fuerza, por lo que Elizabeth se quitó la chaqueta del uniforme y la llevó al brazo.

—¡Qué bien se está aquí! —exclamó la niña—. ¡Oh!, mira, Julian, cómo centellea el lago. ¿Verdad que es precioso?

Lo era. Tan suave y liso como un césped al sol de abril. No había nadie por los alrededores. Los niños se alegraron al pensar que la Naturaleza era para ellos solos.

Y empezaron a buscar ranas. No encontraron ninguna, pero sí renacuajos. Atraparon varios y

los metieron en las cajitas.

—Uf, estoy cansada —se quejó Elizabeth—. Sentémonos.

—Pues yo subiré otra vez a la montaña —decidió Julian—. Quiero buscar un determinado tipo de musgo. Tú siéntate aquí y aguárdame.

—Sí, te esperaré sentada.

Julian desapareció. Poco después, a Elizabeth le pareció oír rumor de pasos, pero no era Julian, sino un niño de unos seis años, muy aseado, con unos ojos azules muy grandes y mejillas muy rubicundas. Jadeaba como si hubiese estado corriendo.

Elizabeth se mostró sorprendida al verlo solo. Parecía demasiado pequeño para estar tan cerca del lago. Bueno, eso no era asunto suyo. Se tumbó sobre la hierba y cerró los ojos, dejando que el sol se abatiese sobre ella.

Escuchó cómo jugaba el niño, después un chapoteo. En el mismo instante oyó un penetrante chillido que la obligó a incorporarse velozmente.

El niño había desaparecido. Pero había unas ondas en el lago, que explicaban la tragedia. Casi al momento apareció una manita.

—¡Dios mío! ¡Ese niño se ha caído al agua! —gritó Elizabeth, aturdida—. Debe de haber resbalado en alguna roca húmeda y ha perdido pie. Seguramente no habrá venido solo.

Y como respondiendo a su pregunta, apareció una joven a todo correr.

—¿Dónde está Michael? ¿No ha chillado? —preguntó ansiosa—. Se me escapó. ¿No ha visto a un niño por aquí?

—Se ha caído al agua —contestó Elizabeth—. ¿Sabe nadar?

—¡No, oh, no! —exclamó la niñera—. ¡Se ahogará! ¡Oh, hay que socorrerle rápidamente!

No había, nadie por allí, de modo que Elizabeth se desató los zapatos.

—Vadearé a ver si logro cogerle. Si el agua es muy profunda, nadaré.

Fue vadeando por el agua, tanteando la arena del fondo bajo sus pies aún cubiertos por las medias. De repente el fondo cedió y Elizabeth se precipitó al agua. Tenía que nadar.

Era buena nadadora y comenzó a bracear al momento, pero no resultaba fácil con la ropa puesta. Le pesaba como una piedra a las pocas brazadas. Al momento recordó lo que le habían enseñado sobre las técnicas de salvamento.

Asió al niño medio hundido y lo atrajo hacia sí. Al instante la criatura se agarró a sus brazos, dificultando sus movimientos.

—¡Suelta! —le gritó Elizabeth—. ¡Suéltame! Yo te llevaré y no tú a mí.

Pero el niño estaba demasiado asustado para obedecer. Y continuó hundiendo a la pobre Elizabeth.

La niña tragaba agua y se asfixiaba. Sin saber cómo, logró quitar los brazos del niño de su cuello, lo puso de espalda, colocó las manos bajo sus axilas y empezó a nadar hacia la orilla, arrastrando consigo al niño mientras éste pataleaba.

No tardó en sentir el fondo arenoso bajo sus pies y por fin consiguió sostenerse. El niño se le deslizó de las manos y se fue al fondo. Quedó atrapado entre unos hierbajos, lo que le impidió flotar de nuevo. Elizabeth se sintió desesperada. Buceó otra vez,

buscándolo, y al final divisó una pierna. La cogió y tiró con fuerza.

Por fin el niño salió de entre las hierbas. Pero ya no forcejeaba.

«¡Oh, Dios mío, se ha ahogado!» pensó Elizabeth, horrorizada. Y le arrastró a la orilla. El niño estaba inerte y quedó sobre las rocas, inmóvil.



La niñera se inclinó sobre él. Sollozaba aterrada. Elizabeth pensó que era idiota.

—Mire, tenemos que moverle los brazos arriba y abajo, arriba y abajo, de esta forma —le explicó—. Así le entrará aire en los pulmones y volverá a respirar. Fíjese..., arriba y abajo... No, así no. Parece que le quiera crucificar. Arriba y abajo. «Sí, es idiota», pensó, una vez más la niña.

Elizabeth estaba fatigada, por lo que dejó que la nodriza siguiese haciendo la respiración artificial al niño. Luego reanudó ella la tarea. De pronto, el niño lanzó un profundo suspiro y abrió los ojos.

—¡Oh, vive! ¡Vive! —gritó la niñera—. ¡Oh, Michael, Michael! ¿Por qué te soltaste de la mano?

—Será mejor que se lo lleve a casa en cuanto pueda andar —le aconsejó Elizabeth—. Está empapado y cogerá una pulmonía.

La niñera cogió al chiquillo en brazos, sin dejar de llorar y olvidándose de darle las gracias a la niña que lo había salvado.

Elizabeth se quitó la blusa y la escurrió para que se secase un poco. Estaba temblando.

De pronto, Julian descendió de la montaña y contempló asombrado a Elizabeth.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó—. ¡Estás completamente mojada!

—He sacado a un niño del agua —intentó explicarle Elizabeth—. Y para conseguirlo, tuve que mojarme. Espero que el ama no se enfade conmigo. Por suerte, me había quitado la chaqueta un poco antes. Así llevaré algo seco encima.

—Vámonos rápidamente —la urgió Julian, ayudándola a ponerse la chaqueta—. Ya llegamos

tarde y tú aún tienes que cambiarte de ropa. Oh, Elizabeth, ¿es que no puedes salir de paseo sin que te ocurra algo?

—Bueno, no podía permitir que el niño se ahogase, ¿verdad? —se quejó Elizabeth—. Se escapó de la mano de su nodriza y...

Al llegar al colegio jadeantes oyeron el timbre que avisaba para el té.

—Iré a tomar el té —susurró Julian—, y diré que tú bajarás dentro de un momento. Apresúrate.

Elizabeth se apresuró, pero tenía frío y temblaba, además las ropas mojadas no suelen quitarse con facilidad. Las dejó en el radiador, esperando que el ama no reparase en ellas antes de que pudiese quitarlas de allí.

—No sé qué otra cosa hubiera podido hacer —exclamó la chiquilla mientras se secaba con una toalla—. Tenía que sacar a aquel niño del agua. Seguro que se habría ahogado si yo no estoy allí, porque la idiota de la nodriza...

El ama no se fijó en las prendas mojadas. Y Elizabeth pudo quitarlas del radiador sin peligro alguno. Sólo recibió una ligera reprimenda de la señorita Ranger por llegar tarde al té, pero por lo demás todo marchó bien.

—Oh, Julian, me he dejado mi cajita de renacuajos al borde del lago —exclamó compungida, después de tomar el té—. ¿Verdad que soy tonta?

—Bueno, te daré algunos de los míos —la consoló Julian—. Cogí muchos. Supongo que si te dedicas a ir al lago para rescatar a los niños que se ahogan, es lógico que te olvides de algunas cosas.

Elizabeth se echó a reír.

—No se lo cuentes a nadie, por favor —le rogó—. El ama no sabe que tenía la ropa mojada, y los demás se burlarían de mí si supiesen que he nadado vestida.

Julian no dijo nada. No había visto nadar a Elizabeth para salvar al pequeño, ni sabía lo que le había costado llevarlo hasta la orilla, ni de qué modo había tenido que luchar contra la muerte, haciéndole la respiración artificial al chiquillo, debido a la incompetencia de la nodriza. Pensaba que se había limitado a vadear un poco, resbalando y mojándose, para sacar al niño.

Nadie se enteró de su hazaña y la propia Elizabeth la olvidó. En efecto, aquellos días estudiaba con ahínco, tratando de igualar a Julian que, como utilizaba adecuadamente sus condiciones, parecía capaz de ser el primero de clase hasta final de curso.

—Es un fastidio —se quejó Elizabeth mientras le daba un empujón amistoso, que casi le tumba—. Hago cuanto puedo para que te dediques a estudiar de firme, ¿y qué ocurre? Que pierdo el primer puesto de la clase y lo ocupas tú. Esta noche, en la Junta, presentaré una reclamación contra ti, Julian, por daños y perjuicios. Diré que me has robado el primer puesto de la clase, de modo que ten cuidado.

—Esta noche no habrá nada interesante en la Junta, amiguita —replicó Julian—. Nos hemos portado muy bien últimamente.

Pero estaba equivocado. ¡Porque precisamente la Junta fue muy excitante!

Un final feliz

Los niños siempre disfrutaban mucho con las Juntas semanales del colegio, aunque hubiese pocas cuestiones que tratar. Era muy agradable estar todos reunidos, repartirse el dinero, ver a los jueces y los monitores en el estrado, todos muy serios.

—A uno le parece que verdaderamente pertenece al colegio —explicaba Jenny—, que es parte del mismo, y que éste sabe cómo eres. Además participas en todos los sucesos. Es una sensación estupenda.

Sólo faltaban dos semanas para el final de curso. Y nadie tenía dinero para meter en la hucha. Pero se habían dado varios cumpleaños aquellas semanas, por lo que la hucha estaba bien repleta.

Se repartieron los chelines como de ordinario. William le concedió diez chelines más a John para la compra de dos regaderas nuevas.

—Una de las viejas tiene dos agujeros que no pueden arreglarse —explicó John—. El agua sale por ellos y nos moja los pies constantemente. Y la otra es demasiado pequeña. El verano pasado perdimos muchas plantas por falta de riego. Este año, si el tiempo está seco, quiero regar mucho. Así que me gustaría poder comprar dos regaderas.

El jardín estaba encantador aquella primavera. Las margaritas crecían en profusión, así como los dientes de león y los lirios. Los jazmines llenaban el aire con su perfume, al igual que los plátanos que crecían en los bordes de los arriates. John y sus ayudantes habían trabajado mucho y bien. Todo el colegio quería que se comprasen regaderas, carretillas, azadones... todo lo que quisiera John. Todos estaban orgullosos de él y de su labor.

Nadie pidió más dinero. Tampoco hubo quejas. Parecía como si la sesión tuviera que ser muy breve y aburrida. Pero no, ¿qué era aquello? ¡La señorita Belle y la señorita Best avanzaban desde el fondo del salón! Oh, sí, tenían algo que decir, algún asunto que discutir.

Y el señor Johns las acompañaba.

Sorprendidos, William y Rita les cedieron unos asientos, preguntándose qué querrían. El colegio en pleno miraba hacia el estrado, haciéndose la misma pregunta. No podía tratarse de nada malo, porque las dos directoras sonreían.

Las directoras se sentaron, el señor Johns hizo otro tanto. Conversaron un poco entre ellos y por fin la señorita Belle volvió a ponerse en pie.

—Niños, no es frecuente que la señorita Best, el señor Johns y yo vengamos aquí para dirigirnos la palabra en una Junta, a menos, claro, que nos lo pidáis. Pero esta vez tenemos algo que deciros, algo muy agradable que yo deseo exponer delante de todo el colegio.

Todos escucharon ávidamente. ¿Qué podía ser? Nadie tenía la menor idea.

La señorita Belle extrajo una carta de su bolsillo y la abrió.

—Se trata de esta carta —anunció—. La firma el coronel Halston, que vive cerca de aquí. Y esto es lo que dice.

Mientras la señorita Belle leía la carta, todos los presentes escucharon con suma atención.

Querida señorita:

Hace cuatro días mi hijo pequeño, Michael, se escapó de su niñera. Luego cayó al lago que se halla próximo a su colegio. Mi hijo se habría ahogado a no ser por una alumna de Whyteleaf. Dicha muchacha se metió en el agua y nadó hasta donde estaba Michael. Logró agarrarlo y ponerle de espaldas y nadó hacia la orilla, arrastrándole consigo. Pero en un momento dado, mi hijo se le deslizó de las manos, enredándose entre unos hierbajos. Sin duda se habría ahogado entonces, pero la chica buceó entre las hierbas y consiguió sacarle afuera. Cuando le tuvo en la orilla le enseñó a la niñera cómo debía practicarle la respiración artificial y ella misma la ayudó a ello, con el resultado de que mi hijo revivió y ahora se halla en casa, sano y salvo.

Aquel día yo estaba fuera, y no he vuelto hasta hoy, cuando me he enterado de la asombrosa historia. Ignoro de qué niña se trata. Sólo sé que la niñera vio que llevaba una chaqueta de Whyteleaf, porque la dejó sobre las rocas. Bien, me gustaría mucho que me dijese el nombre de la muchacha a fin de poder recompensarla como es debido por su abnegada acción. Salvó la vida de mi pequeño, mi único hijo, y jamás podré agradecerérselo bastante a esa alumna de su internado, sea quien sea.

Sinceramente suyo,

EDWARD HALSTON

Los niños escuchaban absortos. ¿Quién era la chica? Nadie lo sabía. Pero seguramente habría vuelto al colegio con las ropas mojadas. Todos se miraban unos a otros. Julian le dio un codazo a Elizabeth. Sus verdes ojos relampagueaban de orgullo. Elizabeth estaba colorada como un pimiento.

«¡Vaya jaleo por nada!», pensaba.

—Bien —añadió la señorita Belle, doblando la carta—, esta misiva, tan sorprendente, nos ha producido un grato placer a la señorita Best y a mí. Ignoramos cuál es la alumna. Le hemos preguntado al ama si observó algunas ropas mojadas puestas a secar, pero no vio nada. Por tanto, se trata de un verdadero misterio.

Hubo un silencio. Elizabeth no respiraba apenas. Todos aguardaban el desenlace.

—Me gustaría saber quién es —continuó la directora—. Me gustaría poder felicitarla de corazón por su valiente proeza y por haber callado. Todos nosotros nos sentimos orgullosos de ella.

Elizabeth seguía callada. Simplemente, no podía ponerse en pie ni abrir la boca. Por primera

vez en su vida se sentía realmente tímida. No había hecho nada, sólo había sacado a un niño del agua. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué tanto alboroto por nada?

Julian se puso en pie.

—¡Fue Elizabeth! —gritó, pegando casi un alarido—. ¡Claro que fue Elizabeth! ¿Quién, si no, podía ser? En uno de sus incontenibles impulsos, ¿verdad? ¡Fue nuestra Elizabeth!



Los niños alargaron el cuello para mirar a la niña, que estaba sentada muy ruborizada. Julian la palmeó la espalda.

¡Y entonces empezaron los bravos y los vítores! A punto estuvo de venirse abajo el techo. Elizabeth podía ser una revoltosa, demasiado impulsiva y temperamental, hacer mal las cosas. Pero en su interior era amable y dulce, tanto como una manzana, y todos sus compañeros y compañeras lo sabían.

¡Plas, plas, plas! ¡Viva, viva, viva! ¡Hurra, hurra, hurra...!

El alboroto habría continuado años enteros de no levantar la mano la señorita Belle. Sólo entonces se tranquilizó el ambiente.

—Bien, conque fue Elizabeth. Debí adivinarlo. Son las cosas que suelen ocurrirle a Elizabeth. Por favor, niña, sube al estrado.

Elizabeth obedeció con las mejillas ardientes. La señorita Belle, la señorita Best y el señor Johns le estrecharon la mano con gran solemnidad, afirmando que se sentían muy orgullosos de tenerla en el colegio.

—Honras verdaderamente el nombre de Whyteleaf —agregó la señorita Belle, con los ojos muy brillantes—. Y, al propio tiempo, te honras a ti misma. Bien, nos gustaría concederte un premio, Elizabeth. Te lo mereces por tu valentía. ¿Hay algo que desees?

—Bueno... —empezó Elizabeth y calló de pronto—. Bueno... —repitió, atropelladamente,

pensando que era pedir mucho—. Verán... Han instalado una feria en el pueblo vecino y creo que sería muy divertido que nos diesen un día de fiesta a todos para poder ir allá. Hemos hablado mucho de la feria y sé que a todos nos gustaría ir. ¿Creen que es posible?



De nuevo se produjeron los bravos y los pataleos.

—¡Viva Elizabeth! —gritó alguien—. ¡Pide una cosa para todos nosotros y no sólo para ella!

La señorita Belle sonrió y asintió con la cabeza.

—Creo que podemos acceder a la petición de Elizabeth, ¿verdad?

La señorita Best asintió también. Elizabeth sonrió, muy contenta. Tal vez hubiese caído antes en desgracia, y todos sus compañeros habían pensado que era una entrometida y una revoltosa, pero ahora había conseguido para todos un día entero para ir a la feria.

Dio media vuelta dispuesta a bajar del estrado, pero alguien se había puesto de pie y deseaba decir algo. Era Julian.

—¿Qué pasa, Julian? —le interrogó la señorita Belle.

—Quiero hablar en nombre de todo el primer grado. Queremos saber si es posible que nombren otra vez monitora a Elizabeth ahora, esta misma noche. Creemos que merece una buena recompensa. Y deseamos que sea nuestra monitora. Todos confiamos en ella y la apreciamos mucho.

—¡Sí, sí, es verdad! —proclamó Jenny y otras voces se unieron a la suya.

Los ojos de Elizabeth brillaban como estrellas. ¡Qué maravilla! Ser nombrada monitora a petición de toda la clase, algo que ella tanto deseaba.

—Espera, Elizabeth —la contuvo la señorita Belle, extendiendo una mano y atrayendo a la niña hacia sí—. ¿Te gustaría ser de nuevo monitora?

—Oh, sí, mucho —casi gritó Elizabeth, resplandeciente—. Ahora lo haré mejor. Sé que lo haré bien. Déjenme probar. No volveré a portarme mal con nadie. Seré sensata y prudente. Sí, lo seré.

—Sí, creo que lo serás —admitió la señorita Belle—. Bien, esta vez no habrá la votación que solemos hacer. Serás moni-tora desde este mismo instante. Aunque Susan continuará siéndolo también. ¡Por una vez tendremos una monitora extra! ¡Una monitora muy especial!

Y Elizabeth fue ya a sentarse junto a los demás monitores y monitoras, muy contenta y orgullosa. Todos estaban encantados, hasta Arabella. ¿Cómo podía ser de otra forma, cuando Elizabeth había solicitado tan generosamente para todo el colegio un día de feria, cuando podía muy bien haber pedido algo para ella sola?

—Bueno, ha sido una asamblea estupenda, ¿verdad? —alabó Julian cuando todos los niños hubieron salido del salón, excitados entre charlas y risas—. Vaya, este curso ha resultado memorable. Estoy muy contento de haber venido a estudiar a Whyteleaf. ¡Es el mejor colegio del mundo!

—Claro que sí —asintió Elizabeth—. Oh, Julian, soy tan feliz.

—Y tienes motivos para ello —afirmó Julian—. Eres una chica muy valiosa, ¿sabes? ¡La «Valiente Salvaje» del colegio y la mejor chica del mundo! ¡El peor enemigo y la mejor amiga! Bien, seas lo que seas, siempre serás nuestra Elizabeth, ¡y todos nos sentimos orgullosos de ti!